nº 9 HISTORIAS DEL VIEJO MUNDO

Los albores de Grecia

Manuel Bendala



8 413042 778103 00009

historia 16

475 ptas



BBV. La última palabra en banca.

Los albores de Grecia

Manuel Bendala

Catedrático de Arqueología.
Universidad Autónoma, Madrid

Indice



HISTORIAS DEL VIEJO MUNDO

Coordinación: Antonio Blanco Freijeiro,
de la Real Academia de la Historia

PLAN DE LA OBRA

1. **Los primeros españoles.** *Por Antonio Blanco Freijeiro.*
2. **A la sombra de la esfinge.** *Por Francisco J. Presedo.*
3. **El hombre paleolítico.** *Por Alfonso Moure Romanillo.*
4. **El pueblo elegido.** *Por Luis García Iglesias.*
5. **El nacimiento de la civilización.** *Por Federico Lara Peinado.*
6. **Los primeros estados indoeuropeos.** *Por Joaquín Córdoba Zoilo.*
7. **Bajo el palio del gran rey.** *Por Javier Arce.*
8. **Los señores del mar.** *Por Ramón Corzo.*
9. **Los albores de Grecia.** *Por Manuel Bendala.*
10. **El milagro griego.** *Por Víctor Alonso Troncoso.*
11. **El enigma etrusco.** *Por Miguel Angel Elvira.*
12. **La República de Roma.** *Por Antonio Blanco Freijeiro.*
13. **La gloria del Imperio.** *Por Julio Mangas Manjarrés.*
14. **Las antiguas culturas africanas.** *Por José Manuel Gómez-Tabanera.*
15. **El ascenso de los bárbaros.** *Por Guillermo Fatás.*
16. **El mundo de los iberos.** *Por Julio Caro Baroja.*
17. **La India.** *Por Carmen García-Ormaechea.*
18. **China.** *Por Angel Montenegro.*

historia 16

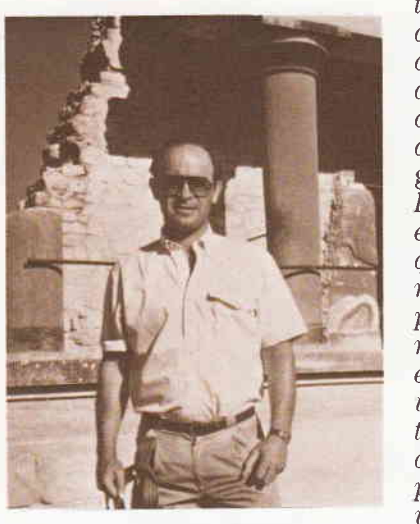
INFORMACION Y REVISTAS, S. A.
PRESIDENTE: Juan Tomás de Salas.
VICEPRESIDENTE: César Pontvianne.
DIRECTOR GENERAL: Alfonso de Salas.
DIRECTOR DE PUBLICACIONES: Pedro J. Ramírez.
DIRECTOR: J. David Solar Cubillas.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel y José M.ª Solé Mariño.
SECRETARIA DE REDACCION: Marie Loup Sougez.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
CARTOGRAFIA: Julio Gil Pecharromán.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Hermanos García Noblejas, 41, 6.º. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
DIRECTOR GERENTE: José Luis Virumbrales Alonso.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03-02.
DIRECTOR DE PUBLICIDAD: Balbino Fraga.
PUBLICIDAD MADRID: Dolores García. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfono 407 27 00.
Cataluña: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08021 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
Zona Norte: Alejandro Vicente. Avenida del Ejército, 11, departamento 54 B. 48014 Bilbao. Teléfono (94) 435 77 86.
IMPRIME: TEMI.
DISTRIBUYE: INREVISA. Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid.
ISBN: 84-7679-100-3, de obra completa.
ISBN: 84-7679-101-1, de volúmenes.
Depósito legal: M. 10.805-1988.

Presentación

EN un recorrido por la milenaria historia de nuestro Viejo Mundo, cuando llegamos al capítulo correspondiente a la civilización griega podemos sentirnos invadidos por una sensación especial, originada, acaso, en dos estimulantes ideas principales: la de que con los griegos empezamos a movernos en un terreno más propio, de forma que todo resulta más familiar y más directamente relacionado con nuestra cultura cotidiana —más, por supuesto, que las brillantes civilizaciones de Mesopotamia o de Egipto—; y la de que en la Grecia antigua se produjo un prodigioso salto cultural —revolucionario, entre otros, en los terrenos de la filosofía, del arte, de la organización ciudadana— del que seguimos sintiéndonos deudores.

La alta estimación de la segunda idea forjó, en la fragua de nuestra historia tradicional, la concepción del milagro griego, una forma de subrayar la excepcionalidad del legado histórico y cultural de la antigua Grecia.

La historia escrita, la que vamos haciendo como recuperación de la historia real, ha convivido largo tiempo con esa idea del milagro, hasta convertirlo en uno de sus tópicos. Y aunque todo tópico encierra una verdad, o al menos una parte de ella, el progreso de las disciplinas históricas va haciendo cada vez menos apropiada y aceptable la imagen tópica del milagro griego. Son muchos los que, como Benjamín Farrington, consideran la idea desafortunada y excesiva. Desafortunada, porque una de las cosas que primeramente enseña la historia es que cada realidad tiene su historia, esto es, su explicación por un proceso lógico, contrario a lo sobrenatural o antinatural que comporta lo milagroso. No es que sea justo —y recordemos en esto lo excesivo del milagro—, sino que es imprescindible contar con las raíces que Grecia hunde en las grandes culturas del Oriente Próximo y de Egipto para comprender los rumbos de su propia civilización.



Manuel Bendala

Pero, además, el progreso científico ha puesto a la luz una larguísima etapa de la historia de los griegos mismos, previa a sus períodos históricos clásicos, que empezó a desvelarse en los últimos años del siglo pasado, y conocemos todavía con bastantes imperfecciones y lagunas. Es, sobre todo, la etapa de los griegos micénicos, apenas reconocible antes en los escritos homéricos, que los más contemplaban como pura elaboración poética.

La estricta consideración histórica de la civilización griega no resta un ápice a su excepcionalidad y brillantez; antes, al contrario, se realzan sus cualidades por contraste y mejor entendimiento del carácter diferencial y la evolución de su propia personalidad. En los primeros tomos de esta colección se trata de las civilizaciones anteriores y próximas a la griega con las que hay que contar para entenderla. En éste se pretende, sucintamente, presentar el cuadro de la civilización griega en las etapas precedentes a las clásicas, incluida la parte que hay que reservar a culturas no estrictamente griegas pero directamente actuantes en su civilización, especialmente la propia de la Creta minoica.

A MODO DE INTRODUCCION

EL poeta griego Hesíodo, adelantándose casi premonitoriamente a la clasificación moderna de las primeras etapas de la historia humana, expuso, en su obra *Los Trabajos y los Días*, el famoso mito de las edades. El, que vivió algo después que Homero —mucho se ha discutido si a fines del siglo VIII a.C. o a comienzos de la centuria siguiente—, se consideraba a sí mismo miembro de la quinta edad o generación, la de los hombres de estirpe de hierro, que presenta con negros tintes: *Nunca durante el día se verán libres de fatigas y miserias, ni dejarán de consumirse durante la noche, y los dioses les procurarán ásperas inquietudes.* Cargada de defectos, esta atribulada raza contrastaba con la más justa y virtuosa que le precedió, la de los héroes o semidioses, aquélla que se encumbró con las más gloriosas hazañas que los tiempos recordaban, sobre todo las que tuvieron por causa a la hermosa Helena y a los muros de Troya por testigos.

Antes de ella, pobló la tierra la estirpe de los hombres de bronce, terribles y vigorosos; eran amantes de las guerras, soberbios e invencibles: *de bronce eran sus armas, de bronce sus casas y con bronce trabajaban; no existía el negro hierro.* La primera y la segunda edades —recordémoslo también— correspondían a las estirpes de oro y de plata.

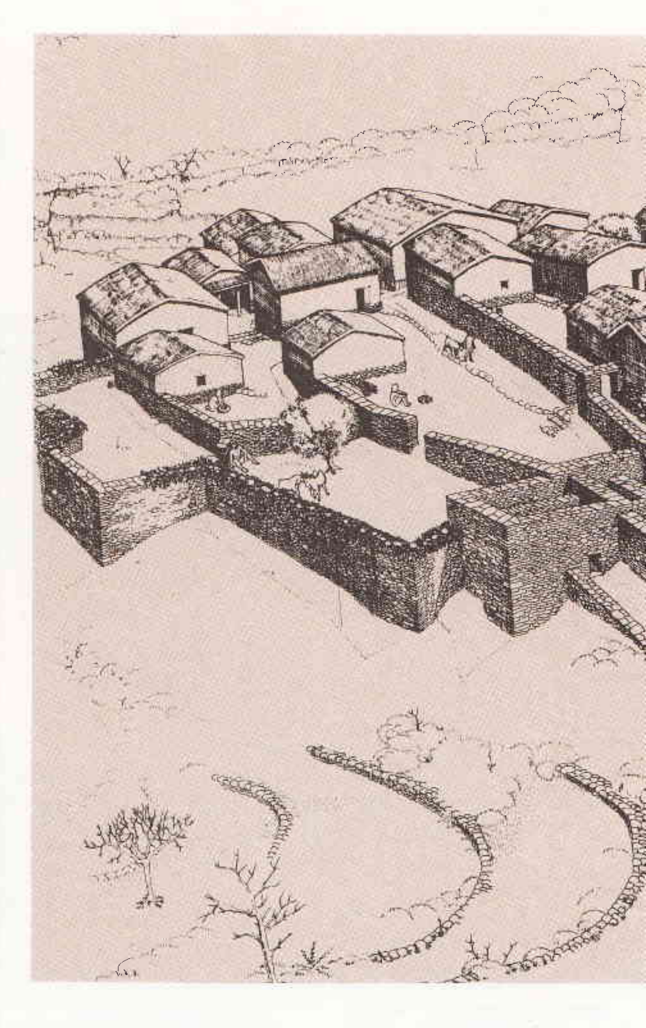
Con el enigmático mito de Hesíodo podemos evocar una época reconocible de alguna manera en el cuadro que, con rara genialidad, el poeta nos ofrece. A su tiempo, los que corresponden de hecho a la que llamamos Edad del



La diversidad geográfica es sin duda la nota más característica del ámbito físico donde discurren las culturas anteriores a la Grecia clásica



Hierro, precedió una Edad del Bronce bastante convulsa; pero también vigorosa y brillante, sobre todo en sus etapas más avanzadas, de forma que se mantiene el paralelismo con los tiempos heroicos de la cuarta edad de Hesíodo. He dicho convulsa, o agitada, no porque despunte en el número de guerras, pues el omnipresente espíritu de Ares hace difícil destacar en esto unas épocas de otras. Lo que quería decir es que se trata de una edad de grandes y graves crisis y mudanzas.

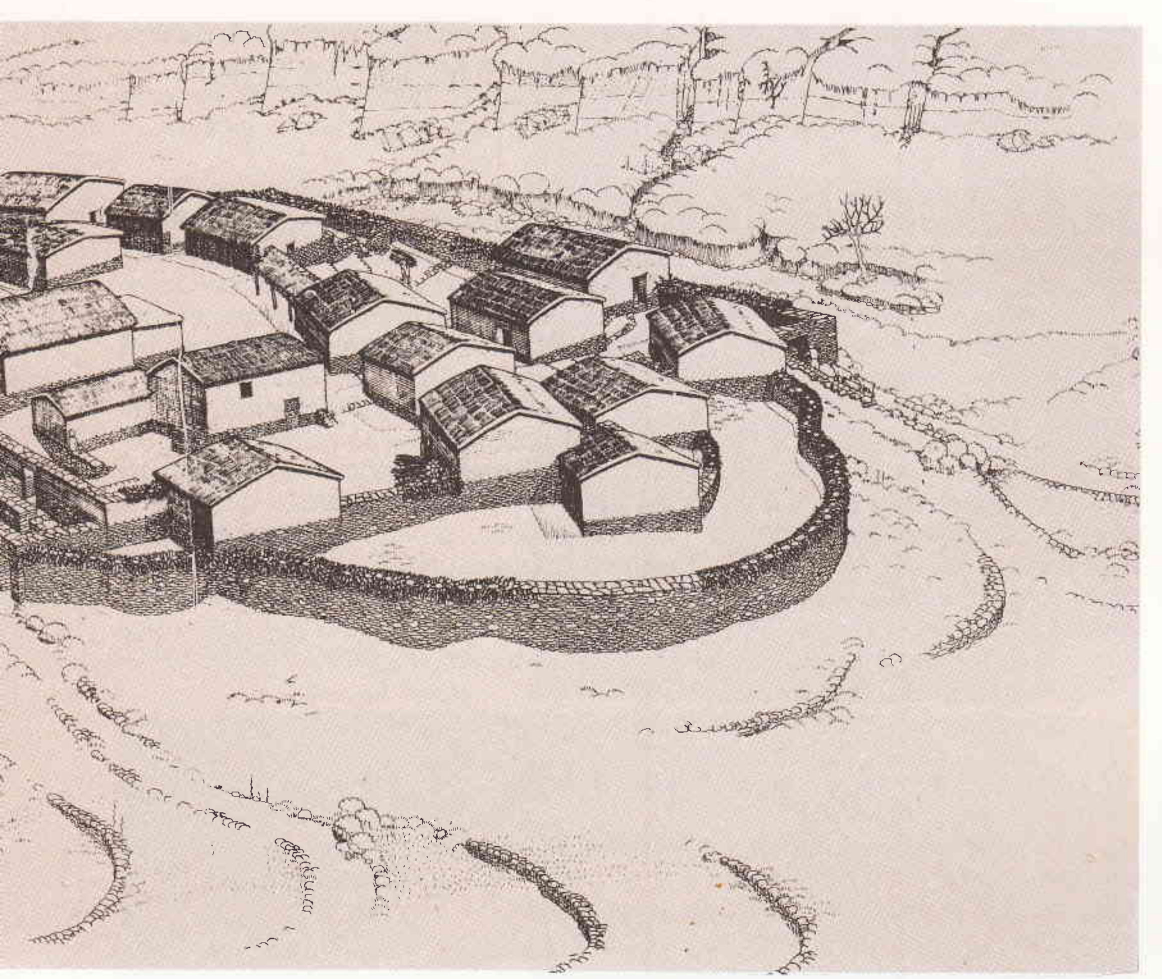


Aparte de Egipto, una columna prácticamente inconmovible en el edificio del Viejo Mundo, el paisaje humano y cultural del entorno se muestra, en los milenios tercero y segundo antes de nuestra Era, en perpetua mutación. El progreso, con el desarrollo de la tecnología de los metales como uno de los principales factores catalizadores, trajo consigo una aceleración del ritmo histórico y, a su compás, la aparición de diferentes civilizaciones que ensayaban formas de ubicarse en la trepidante corriente cultural de entonces. Son ensayos, a menudo, poco duraderos; civilizaciones que, como la Atlántida de Platón, desaparecen bruscamente, aunque, también como ella, dejen algunas el recuerdo de su episódico esplendor en la memoria colectiva y, sobre todo, en las pruebas arqueológicas que valen ahora para reconstruir su existencia.

En el ámbito que ahora nos interesa, el del mundo griego, tenemos ejemplos elocuentes de lo que se acaba de decir con las civilizaciones minoica y micénica; son las más destacadas de la brillante Edad del Bronce que conocieron las tierras bañadas por el Egeo, que comprende también manifestaciones tan importantes como las de la temprana Edad del Bronce en las Cícladas, o las propias de las costas de Asia Menor, donde no puede dejar de mencionarse desde el comienzo a la ilustre Troya.

Una ojeada al Neolítico

Las culturas neolíticas, esto es, las basadas en la ganadería y la agricultura, con la consiguiente sedentarización, empiezan a manifestarse en el ámbito griego a partir del sexto milenio antes de nuestra Era, o acaso desde finales del séptimo; en algunos yacimientos se detecta, incluso, la existencia de horizontes neolíticos muy arcaicos, precerámicos todavía, como sucede también en Chipre.



Reconstrucción hipotética de la necrópolis de Sesklo correspondiente al Neolítico Medio (por M. Korres)

Debe atribuirse esta precocidad, entre otras razones, a la cercanía de los focos innovadores del Próximo Oriente y a la existencia de especies vegetales silvestres apropiadas para la explotacion agrícola, uno de los pilares de las nuevas formas económicas. Con todo, las tierras bañadas por el Egeo fueron uno de los núcleos de irradiación de las corrientes neolitizadoras hacia Europa y la cuenca del Mediterráneo.

Se conocen bien en el norte de Grecia facies neolíticas muy tempranas y creativas, en Macedonia o en los ricos yacimientos de Tesalia, como los famosos de Sesklo y de Dimini, que dan nombre a fases principales del Neolítico griego. Muchas de las estaciones neolíticas están formadas por acumulaciones de estratos de gran potencia, que llegan a formar los característicos *tells* o colinas artificiales, conocidas en Grecia como *magoulas*.

El Neolítico Medio o *cultura de Sesklo*, que corresponde, aproximadamente, al quinto milenio antes de nuestra Era, tiene entre sus rasgos destacados la producción de una hermosa cerámica pintada en rojo o castaño rojizo sobre fondo de engalba blanca. Termina esta etapa con destrucciones e incendios bastante generalizados de difícil explicación, y le sucede un nuevo período, el Neolíti-

co Reciente, que tiene en la *cultura de Dimini* una de sus facies principales. Algunas novedades en los tipos cerámicos, como la presencia de vasos negros, lustrosos, de formas carenadas, han hecho pensar en débitos con las culturas neolíticas balcánicas, supuestamente más dinámicas e influyentes en esta nueva etapa.

Son evidentes, ahora como antes, las afinidades con las culturas neolíticas al norte de Grecia, pero no es fácil determinar la dirección ni el origen de las influencias, como se comprueba en la diversidad de opiniones que los especialistas sobre el particular sustentan. Se comprueban también contactos con Oriente y Anatolia, y con otros ámbitos de Grecia, todo ello proyectado sobre una cultura material cada vez más rica y diversificada, con cerámicas de gran calidad y de diferentes tipos, figurillas votivas y otros elementos característicos.

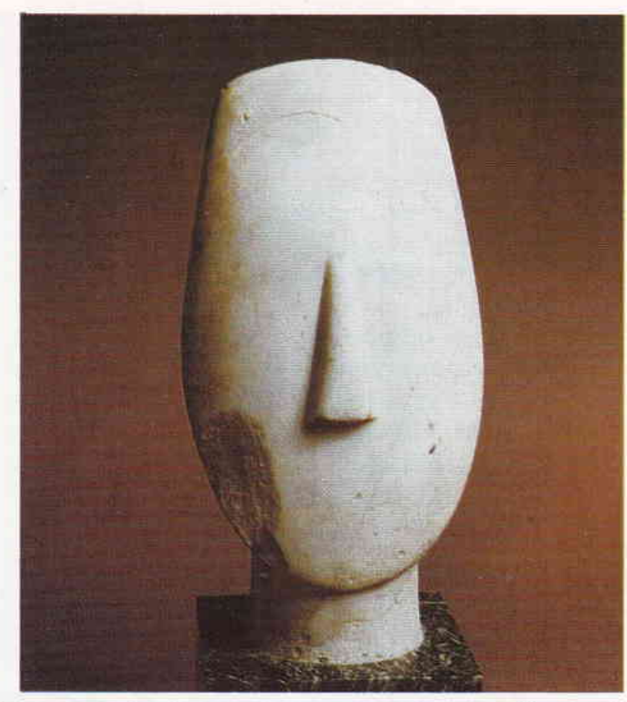
Más que desmenuzar estos componentes de la cultura material, interesa destacar la progresiva complejización social y económica que se refleja en las formas de hábitat. Ya en el Neolítico Medio se constatan aglomeraciones importantes, con casas de planta rectangular bien distribuidas, y muros de defensa como en la misma Sesklo. En el Neolítico Reciente se acentúa la complejidad de los asentamientos y se ofrecen rasgos evidentes de jerarquización social; tanto Dimini como Sesklo en los niveles recientes disponen de acrópolis bien definidas, con muros concéntricos de trazado curvilíneo, presididas por una destacada y amplia construcción que adopta ya la forma del *mégaron*, uno de los tipos definitorios del hábitat griego posterior.

Las formas de vida neolíticas se fueron extendiendo por toda Grecia, aunque no para todas partes se disponga de la información acumulada acerca de las provincias septentrionales. Hubo de ser, a lo que se sabe, una progresión bastante rápida y generalizada, en buena parte por la incidencia de otro factor importante a partir de ahora: la navegación. Su desarrollo en Grecia fue favorecido por la abundancia de islas, y pronto se configuró como uno de los cauces fundamentales de la movilidad cultural y del progreso en todos los órdenes.

En el plano económico, las actividades cada vez más diversificadas incluirán la búsqueda de mercancías cualificadas, entre las que suscitó particular atención durante el Neolítico griego la obsidiana de la isla de Melos (o Milo), muy apreciada por su calidad y su belleza para la fabricación de puntas, cuchillos y otros útiles. Parece, incluso, que su explotación y distribución fuera de la isla comenzó ya en el Mesolítico, como acredita su aparición en niveles de ese período, fechados hacia el 7000 a.C., en una cueva de Franchthi, en la Argólida, al este del Peloponeso. La negra y cristalina roca volcánica de Milo fue, pues, uno de los primeros productos contemplados como mercancía de intercambio en nuestra historia.

Creta, situada privilegiadamente en medio de las rutas marítimas frecuentadas desde ahora, fue escenario del desarrollo de un Neolítico muy antiguo, seguramente por la llegada de gentes de origen anatólico. Aparte de que fue usual el hábitat en cueva, hubo también asentamientos al aire libre, entre los que destaca el que ocupó el lugar donde después se levantó el palacio de Cnosos. Los estratos neolíticos forman un *tell* de unos once metros de altura, con una primera fase, remontable a finales del séptimo milenio, todavía acerámica; le siguen etapas neolíticas que denotan progreso en muchas facetas: aparece la cerámica, que adquiere pronto gran calidad, con superficies bruñidas, y más tarde con decoraciones pintadas y de otros tipos; las casas se hacen más cuidadas y de planta rectangular; figurillas de arcilla e ídolos esquemáticos de piedra sirven de anticipo a las importantes manifestaciones de esta clase en las etapas mi-

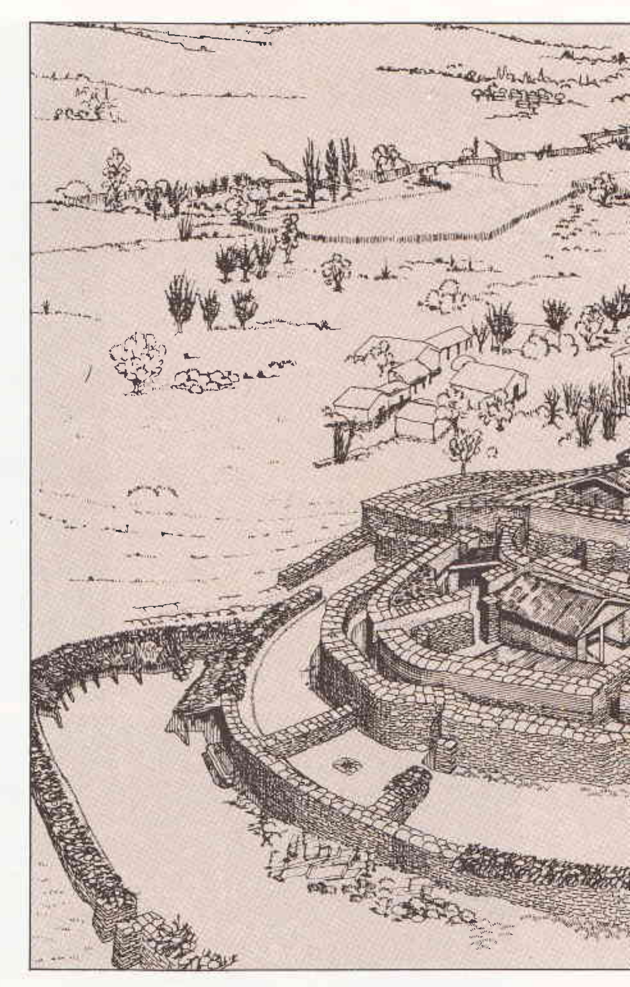
Cabeza de un ídolo cicládico de Amorgos (Museo del Louvre, París)



Anfora polícroma procedente de Dimini (Museo Arqueológico Nacional de Atenas)

noicas posteriores, fruto las más de ellas de una religiosidad centrada en el culto a la Diosa Madre.

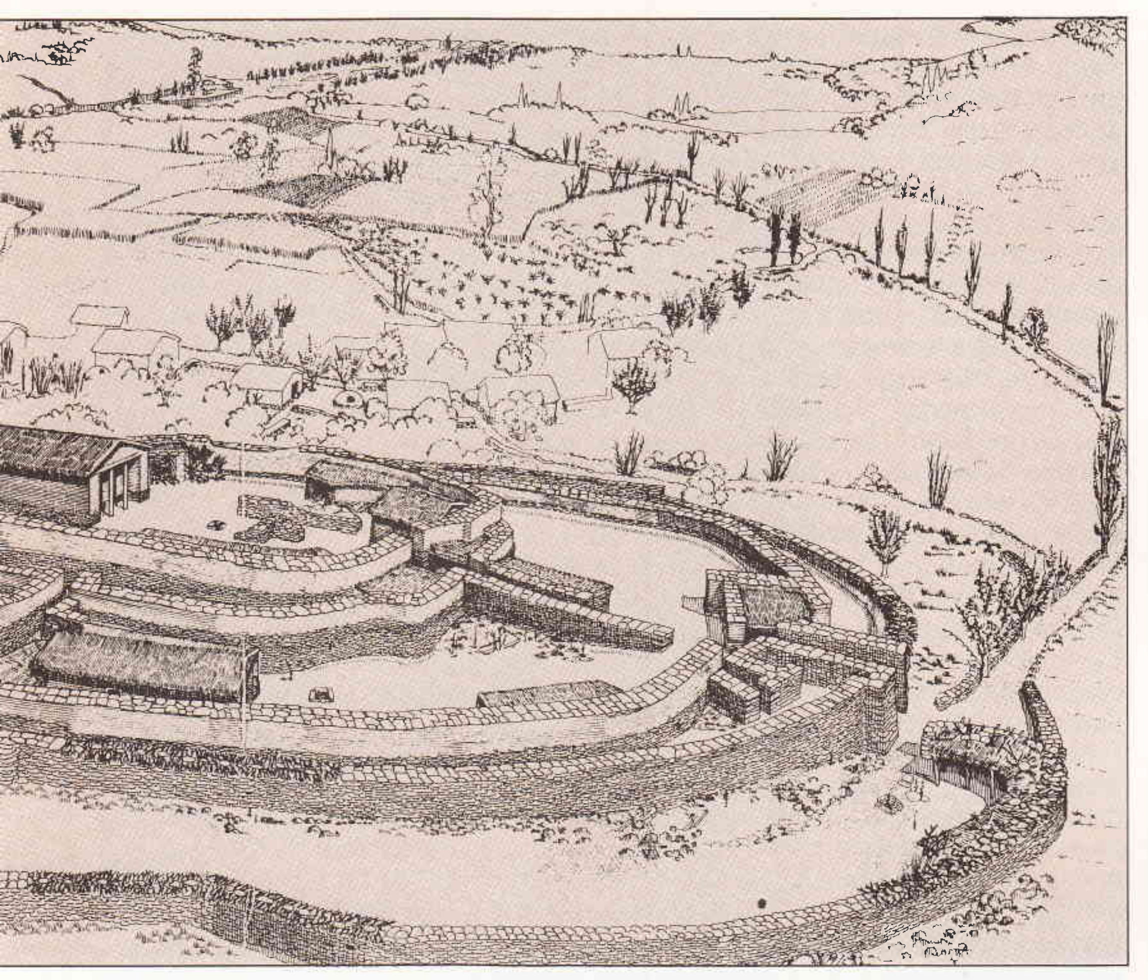
Sobre la base de un Neolítico generalizado y complejo, los últimos siglos del cuarto milenio contemplaron el paso a las primeras culturas del metal, caracterizadas al principio, y sobre todo, por el uso del cobre. La consecución del bronce, por la aleación del cobre con otros metales —especialmente estaño— para mejorar sus cualidades, será un importante adelanto técnico de las etapas maduras de la Edad que genéricamente se denomina del Bronce, aunque suele designarse como Calcolítico la correspondiente a la etapa inicial de dominio exclusivo de la metalurgia del cobre.



El paso a la Edad del Bronce

El paso a la nueva etapa fue un proceso gradual, aunque en algunas partes pudo ser resultado de la llegada de nuevas gentes, como parece que ocurrió en Creta, donde se repitió acaso la llegada de gentes de origen microasiático. En todo caso, comienza para el mundo griego una nueva etapa, que en las sistematizaciones históricas modernas se divide en tres períodos —Bronce Antiguo, Bronce Medio y Bronce Reciente—, susceptibles de divisiones cada uno de ellos. Se aplica este esquema a todos los ámbitos de Grecia, aunque las claras diferencias regionales obligan a distinguir facies distintas, conocidas las más importantes como Bronce Heládico, el propio de la Grecia continental, Bronce Minoico, el de la isla de Creta, y Bronce Cicládico, el del archipiélago de este nombre. El esquema, organizado fundamentalmente a partir de las secuencias cerámicas, es bastante convencional, y oculta las diferencias de ritmo entre unas zonas y otras, aparte de ser algo rígido y ciertamente teórico. Pero tiene las suficientes ventajas como para que siga manteniéndose a pesar de los inconvenientes que todo el mundo le reconoce.

En Creta se forjó la primera civilización merecedora de tal nombre en el área que nos ocupa. Su brillante personalidad se proyectó por toda ella, entre otras razones por el nuevo empuje que a sus contenidos le dio la civilización micénica. Absorbió ésta el legado cultural minoico, dejando atrás un pasado bastante pobre culturalmente, y encumbrándose hasta ejercer un fuerte dominio económico y cultural en todo el ámbito geográfico que desde entonces quedaría definido como griego, y aún extendiendo su influencia a un vasto sector del Medi-



Reconstrucción de cómo pudo ser la acrópolis de Dimini en el Neolítico Reciente (por M. Korres)

terráneo, desde el extremo oriental y Chipre hasta Italia y Sicilia. La cultura micénica, respecto de Creta, dio lugar a un fenómeno paralelo al que mucho después significó el caso de Roma respecto de Grecia.

Pero el predominio de Creta y de Micenas ocupan sobre todo etapas del segundo milenio, en los períodos del Bronce Medio y del Reciente, que serán el meollo central de este volumen. Antes, durante el tercer milenio, en el Bronce Antiguo, brilló con luz propia la cultura de las Cícladas, que pasaría luego a un segundo plano por la imposición de los focos más activos antes citados. Merece la pena decir dos palabras de la cultura cicládica.

El brillo prehistórico de las Cícladas

Los antiguos griegos llamaron islas *Kykladas* al archipiélago situado entre Grecia continental y la punta suroccidental de Asia Menor, pensando que quedaban incluidas en un círculo —*kyklos*—, en el centro del cual se hallaba la sagrada isla de Delos, sede del prestigioso santuario de Apolo y donde, según el

mito, encontró reposo la diosa Leto —rechazada antes de todas partes por designio de Hera— y alumbró a Apolo y Artemis. En torno de la pequeña isla, que jugó un destacadísimo papel en la historia de Grecia, se hallan Mikonos, Tinos, Andros, Siros, Paros y Naxos, y más al sur las islas de Sifnos, Milo, Amorgos y Thera (Santorín), entre otras.

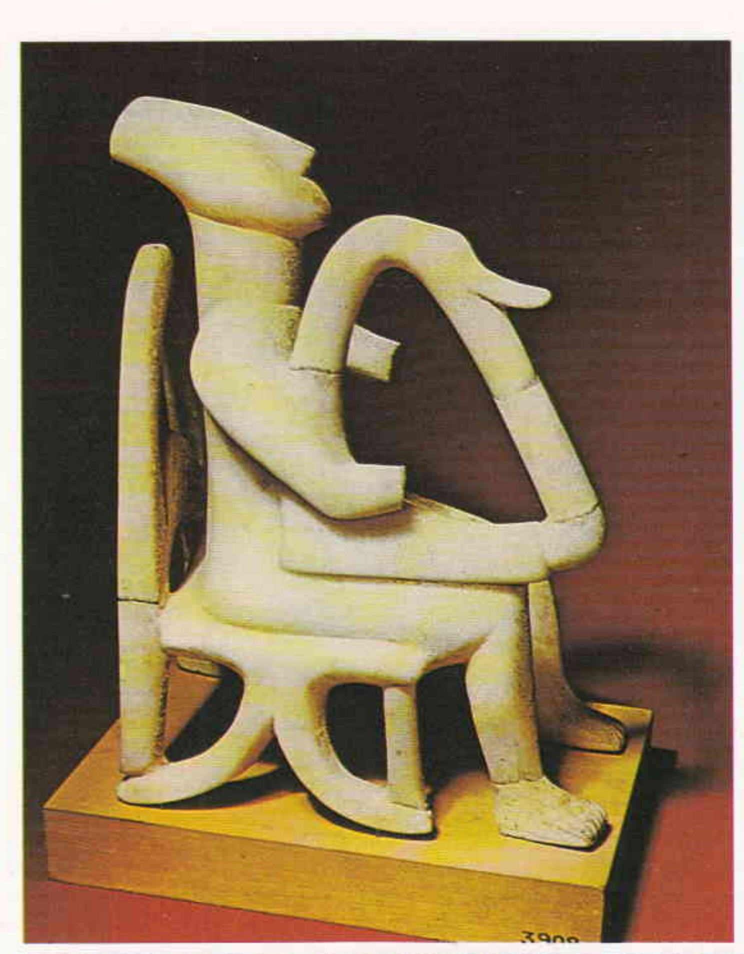
Son en general islas de rocas metamórficas, ricas en mármol —como el célebre de Paros—, salvo algunas de carácter volcánico, como Thera y Milo. La explotación de la obsidiana de esta última, como se vio, dio lugar a muy remotos viajes a las islas, aunque los primeros asentamientos conocidos corresponden al Neolítico, entrado ya el quinto milenio antes de nuestra Era. De este momento es el asentamiento excavado en Saliagos, una pequeña isla junto a la de Antiparos; sus ocupantes tenían en la pesca, sobre todo del atún, un recurso alimenticio principal, y completaban la dieta con cebada, carne de caza o de corral y otros productos menos importantes. Además de tiestos cerámicos, de paredes oscuras decoradas en blanco, hacen su aparición en la cultura de Saliagos idolillos de mármol, alguno con la característica forma de caja de violín, heraldos anunciadores de los ídolos del tercer milenio.

Corresponde a un Neolítico más reciente la necrópolis de Kephala, en Keos, con rasgos culturales relacionados con los de las culturas del Neolítico final del continente, especialmente del Atica y, en menor medida, de Tesalia. También aquí se documentan manifestaciones que preludian otra producción característica de las culturas cicládicas del Bronce, en este caso los vasos tallados en mármol.

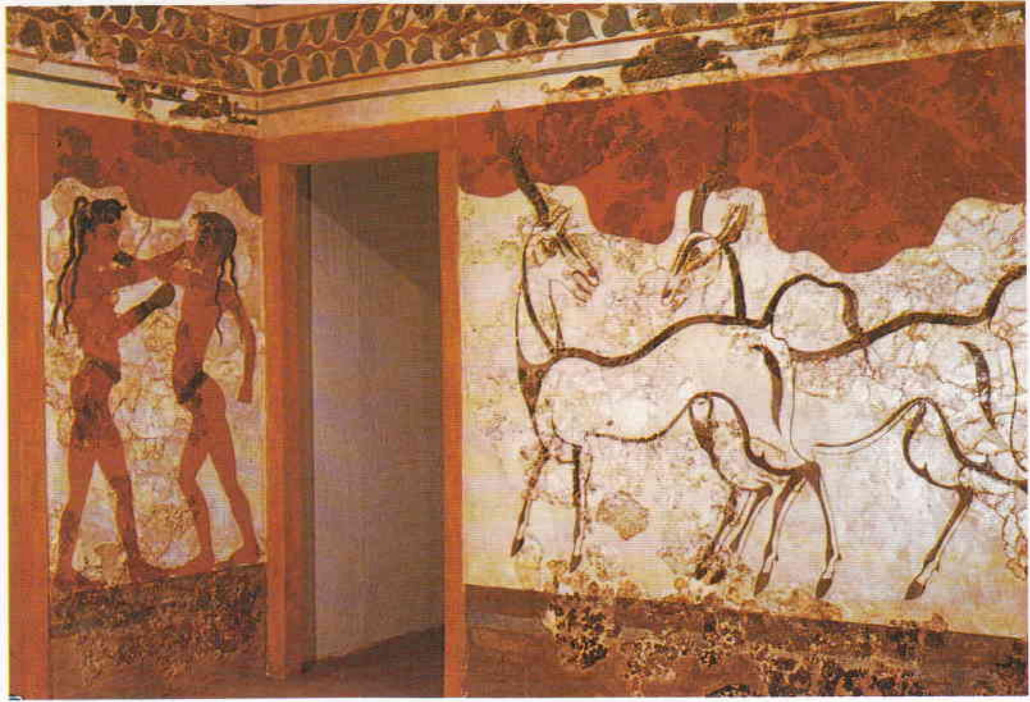
Hacia el 3200 a.C. se entra en la Edad de los Metales, en la cultura cicládica propiamente dicha. Las facies más antiguas, correspondientes a la llamada cultura de Grotta-Pelos, se manifiestan en las islas centrales y septentrionales del archipiélago, especialmente en Naxos y Paros. Sobre el 2700 a.C. comienza la cultura llamada de Keros-Siros, una de las cimas de la Prehistoria del Egeo y de toda la Prehistoria europea. Entre los rasgos más representativos del cambio y del progreso está la aparición de poblados fortificados; sobre los de Panormos y Spedos en Naxos, Daskalio en Keros, y otros, destaca el de Chalandriani en Siros; dispone éste de una recia fortificación, con un muro principal jalonado de torres de frente curvo a tramos regulares, y protegido por una antemuralla.

Las fortificaciones reflejan una sociedad más compleja y jerarquizada, cosa que también se advierte en las tumbas y en los ajuares que contienen: armas más perfectas, joyas en metales preciosos como elementos de prestigio... Aumentó la población, fenómeno paralelo al desarrollo de la agricultura, que comprendía ya el cultivo de la vid y del olivo. Y es importante señalar el gran incremento de la navegación, que puso en contacto a los habitantes de las Cícladas con puntos cada vez más lejanos (Creta, Chipre, Egipto, sur de Italia, etc.). No extrañará que la representación de embarcaciones comience a despuntar ahora entre los temas preferidos en la figuración artística.

Y precisamente en el campo del arte encontramos la manifestación que más fama ha dado a la cultura cicládica del tercer milenio: los ídolos de mármol. Es una producción muy numerosa: el ingenio de los mejor dotados artísticamente se dejó arrastrar por la tentación de dar al mármol forma y sentido, tentación que en las Cícladas debía de ser irresistible por la abundancia de mármoles magníficos y por la bondad de los resultados. Responden los ídolos a una rica tipología, que comprende desde los muy simples y con tendencia a la abstracción —como los de *caja de violín* del tipo de Grotta-Pelos—, a los que imitan más de cerca la apariencia humana; los más característicos de éstos responden al



Una de las esculturas más famosas del arte cicládico representando a un músico que tañe el harpa (Museo Arqueológico Nacional de Atenas)



Pinturas de una casa de Akrotiri, en la isla de Thera



Retrato de Heinrich Schlieman

Heinrich Schliemann

¡Descansa en paz; ya has hecho bastante! *Son las palabras con las que despedía el arqueólogo Wilhelm Dörpfeld a Schliemann —con quien colaboró largo tiempo— a la muerte de éste en Nápoles en 1890. Pocas personas han vivido tan a rajatabla su pasión por algo, y fue la de Schliemann la de descubrir los escenarios de la fantástica epopeya homérica. También son pocas las veces en que, como en su caso, el tesón se ve premiado con tantos éxitos.*

Nacido el 6 de enero de 1822 en Neubukow (Meclenburg-Schwerin, actual Alemania oriental), hijo de un pastor protestante, profesó Schliemann sin titubeos la creencia en la historicidad de los relatos de Homero. He aquí su manifestó: ¡Ojalá esta investigación de pico y pala pueda demostrar más y más que los acontecimientos narrados en la divina poesía homérica no son relatos míticos, sino que descansan en hechos reales, y que esta demostración pueda aumentar y fortalecer el amor de todos hacia el estudio noble de los magníficos clásicos griegos y particularmente de Homero, el sol esplendente de toda la literatura!

Cuenta él mismo que, cuando aún no había cumplido los ocho años, su padre, que sentía y transmitió a su hijo un gran interés por la Antigüedad, le regaló una Historia Universal para los niños, *escrita por G. L. Jerrer; el libro tenía una ilustración con la ciudad de Troya ardiendo que impresionó a Schliemann, y, tras unas consultas a su padre, decidió que si alguna vez existió Troya, con muros como los dibujados en la ilustración, él los excavaría.*

Se enriqueció aún joven gracias al comercio, en lo que demostró una rara inteligencia, y más todavía en su capacidad para aprender idiomas: le bastaban semanas o meses para dominar cada uno. Pudo volcar, pues, su agudeza y su tesón en buscar los lugares homéricos y, aunque con criterios y métodos discutibles, descubrió Troya, excavó en Micenas, Tirinto y otros lugares, y desveló un mundo hasta entonces desconocido.

tipo llamado de Keros-Siros, en el que se incluyen las obras maestras de la serie. Los hay de muchos tamaños, desde piezas muy menudas, a figuras a las que cabe dar entrada en el campo de la escultura mayor, como un ídolo de Amorgos que mide 1,49 m. de alto.

El arqueólogo C. Renfrew concluye un meticuloso estudio de los ídolos con unas reflexiones sobre el origen de los tipos fundamentales; el más característico de los brazos cruzados (designado *FAF = Folded-Arm Figurine)* pudo partir de figurillas anatólicas como la de plata, con complementos de oro, de Hasanoglán; pero tampoco son improbables los débitos con las figuritas de mármol de la cultura de Gumelnitsa, de Bulgaria, fechable en el IV milenio; incluso la de Hasanoglán pudo deberse a influencias búlgaras, probadas en Anatolia a fines del Calcolítico.

El brillante cicládico antiguo se cierra con la cultura de Philakopi I, fechada entre el 2400 y el 2000 a.C. Tras ella, las Cícladas caen bajo la influencia de Creta, primero, y de Micenas, después, centros de formas de poder económico y político más vastas que las desarrolladas en el estrecho marco de las islas. El yacimiento de Akrotiri, la *Pompeya* del Egeo, lo ha documentado con la riqueza de datos que se deriva de su excepcional conservación. Pero a la vez que la dependencia de otros focos de civilización, la arqueología de la isla de Santorín y del resto del archipiélago demuestra la importancia que las Cícladas siguieron teniendo en las etapas históricas posteriores.

Los pioneros de la arqueología creto-micénica

Recordemos por último, en este capítulo introductorio, que el descubrimiento de las culturas prehistóricas de Grecia conforma uno de los episodios más brillantes —y, si se quiere, pintorescos— de la historia de la arqueología. Su protagonista principal fue un personaje novelesco, el alemán Heinrich Schliemann (1822-1890); dotado de una inteligencia poco común, apasionado e infatigable, este admirable *amateur* decidió comprobar que los escritos homéricos tenían una base histórica, que Troya tenía que estar en alguna parte. Con fe y tesón inquebrantables descubrió y excavó Troya, la ilustre *Ilion*, patria de Príamo, en la colina de Hissarlik, bajo las ruinas de la romana *Illium Novum;* y excavó también en Micenas y Tirinto. Su audacia puso al descubierto el panorama extraordinario de una época y una civilización, la micénica, llena de atractivo y de misterios.

Para resolver algunos de los enigmas que los descubrimientos de Schliemann entrañaban, hubo que esperar a que, poco después que la micénica, se descubriera la civilización minoica. El principal responsable de que tal cosa sucediera fue Sir Arthur Evans (1851-1941), arqueólogo inglés de sólida formación, que fue conservador del Ashmolean Museum de Oxford, en cuya Universidad estudió. A partir del año 1900 excavó Cnosos, el centro más importante de la riquísima cultura de la Edad del Bronce de Creta, que empezaba con él a conocerse. Evans la llamó civilización minoica por alusión a Minos, rey legendario de Cnosos, hijo de Zeus y de la joven Europa.

La Creta minoica proporcionaba muchos de los fundamentos, de las explicaciones que faltaban, para el adecuado entendimiento de la civilización micénica, que tuvo en aquélla su mejor y más cercana proveedora de modelos, técnicas y elementos culturales de todo tipo; y también de gentes, que llevaron personal y directamente a Micenas su experiencia y su refinado acervo cultural.

LA CULTURA MINOICA

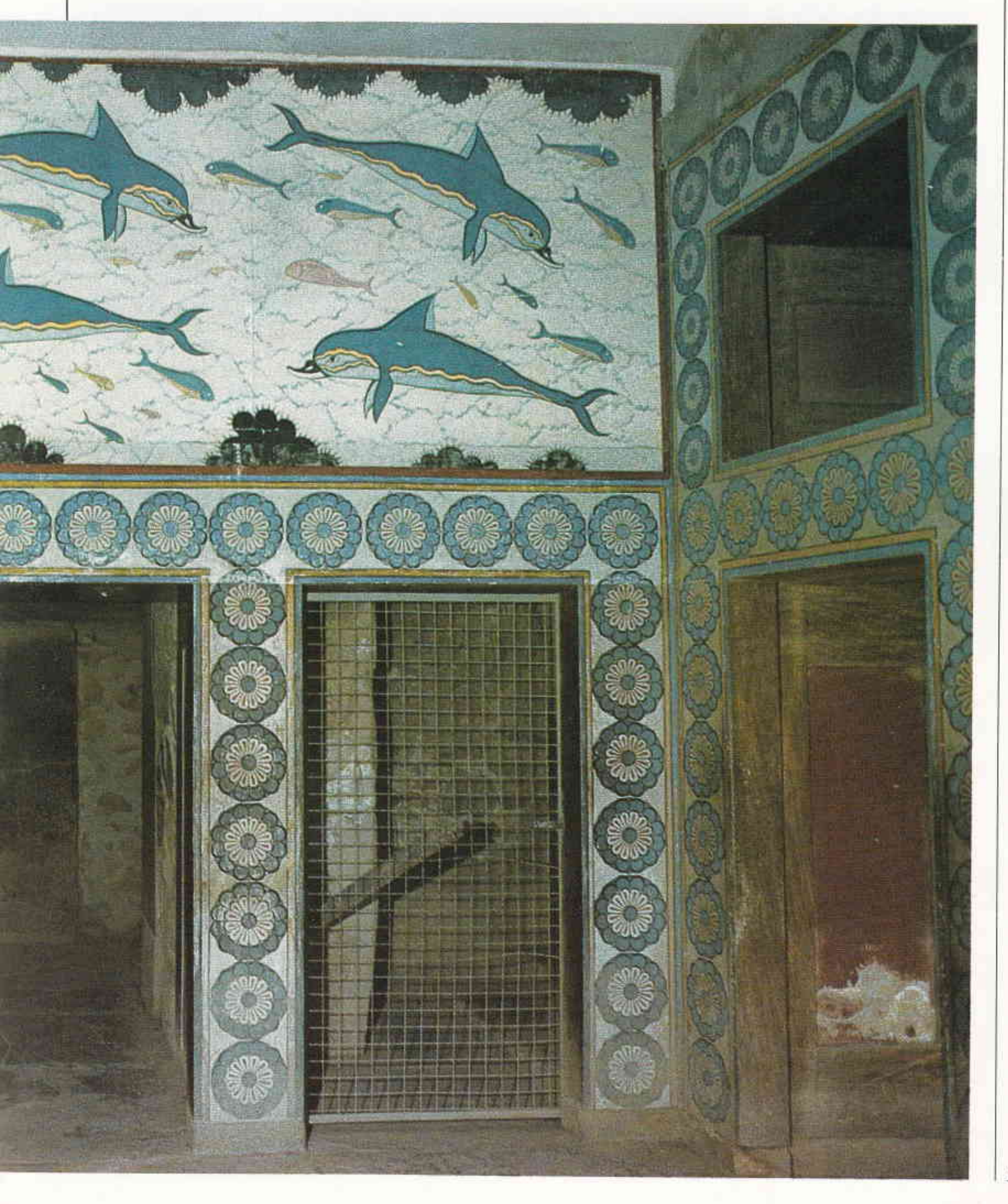
CRETA, por la antigüedad de su historia y por el prestigio de su cultura, se convirtió en uno de los escenarios recurrentes y favoritos del mito griego. En la isla nació nada menos que Zeus, el padre de los dioses, y en una de sus cuevas, en el monte Ida, lo ocultó su madre Rea para librarlo de ser devorado por su padre Cronos; y en la cueva sobrevivió amamantado por la cabra Amaltea. El propio Zeus, protagonista de una larga saga de enamoramientos con los argumentos más curiosos, arrastró en el curso de uno de ellos, hasta la isla de Creta, a la doncella Europa, hija del rey fenicio Agenor, a la que previamente había seducido adoptando la apariencia de un hermoso toro. De su unión nacieron los reyes Minos, Radamanto y Sarpedón.

También hasta Creta hubo de llegarse Heracles para afrontar uno de sus célebres trabajos, el que tuvo por objeto domeñar a un furioso toro que estaba asolando la isla. Heracles —o Hércules, en su denominación latina—, se lo llevó al Peloponeso, a la presencia del rey Euristeo de Tirinto; y el toro, suelto de nuevo, volvió a sus devastadoras acometidas, hasta que en tierras del Atica fue una vez más sometido por la valentía de otro héroe singular: Teseo.

La más célebre aventura de este último tuvo también a Creta por escenario. Había nacido en la isla un monstruo terrible, el Minotauro, mitad toro mitad hombre, de la unión de Pasífae, mujer de Minos, con un toro enviado por Poseidón —¡siempre el toro, entrañado en la historia mítica de Creta!—. Minos encargó a Dédalo, el gran artífi-



El llamado Mégaron de la reina
del Palacio de Cnosos
(foto Lucio Ruiz Pastor)



ce ateniense, una residencia que ocultara al Minotauro a los ojos de todos, y le construyó el Laberinto, un palacio de complicadísimos accesos, en el centro del cual estaban las estancias del monstruo. Hasta allí le eran llevadas sus víctimas, entre ellas los siete adolescentes y las siete doncellas que, cada nueve años, entregaban los atenienses como tributo por una pasada guerra. Teseo se ofreció a su padre, el rey Egeo, para ir como uno de los jóvenes, dispuesto a acabar con la terrible historia del tributo.

Así comenzó su conocida aventura, que tuvo un buen final por el concurso de Ariadna, hija de Minos; ella proporcionó al héroe ateniense el célebre ovillo, con el que volver sin perderse tras penetrar en la intrincada mansión del Minotauro, y una espada mágica con la que pudo darle muerte. Pero contemos el final de la aventura para explicar el origen de un nombre geográfico que estamos usando repetidamente. Liberados los jóvenes, Teseo se reembarcó con todos para regresar a Atenas, llevando consigo también a su ya inseparable Ariadna. Pero supo Teseo en sueños que debía abandonar a su compañera en Naxos, una de las islas Cícladas, porque el Destino la había reservado para el dios Diónysos.

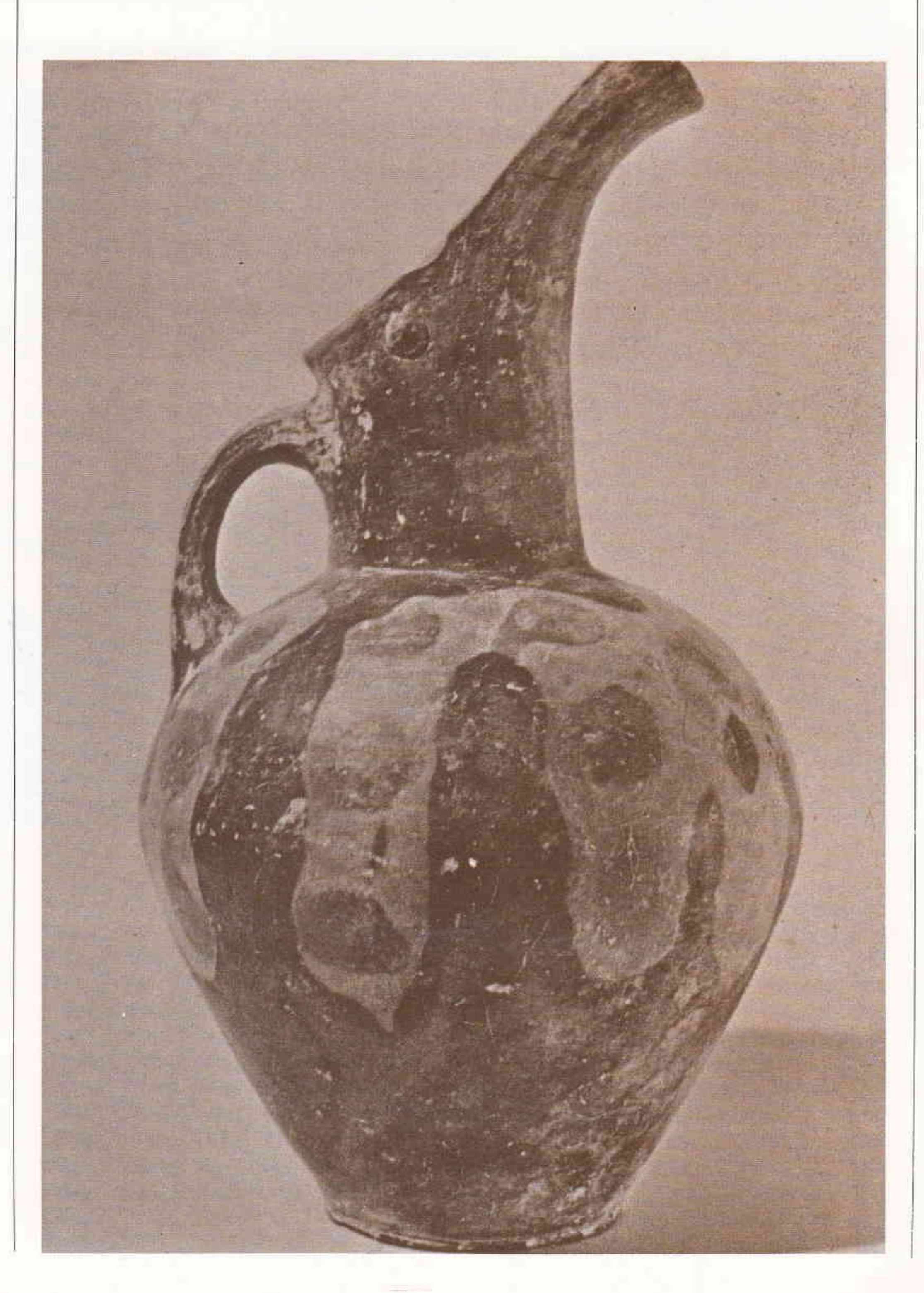
Abatidos por la tristeza, Teseo y sus compañeros olvidaron preparar la señal que habían convenido con el rey Egeo para dar cuenta de su éxito desde que la embarcación pudiera ser avistada por quienes esperaban su retorno en la costa ática: sustituir la vela negra por una blanca. Viendo Egeo, impaciente, desde un promontorio, que el barco regresaba con la vela negra con la que partió, lo tuvo por cumplimiento de sus primeros presagios, que tenían por imposible la proeza de volver con bien de la presencia del Minotauro, y desesperado se arrojó al mar. Por ello, y en recuerdo del personaje y de su triste peripecia, se lo conoce con el nombre de mar Egeo.

Pero, ¿qué podemos encontrar de provecho en éstos y en otros mitos referidos a Creta? Se percibe en ellos, de una manera general, la importancia que tuvo la civilización minoica en las más remotas etapas de la historia griega, o el hecho de que aspectos principales de su cultura hunden sus raíces en aquélla. Sería interminable, por otra parte, dar cuenta de los muchos ensayos que se han hecho para explicar esos mitos como expresión de una realidad que en ellos quedaría transfigurada. Muchas vueltas se ha dado a si el mito de Teseo y el Minotauro traduce lo que pudo ser una dominación efectiva de los minoicos sobre el Atica y la ulterior liberación de ella, idea conectable con la afamada talasocracia, o dominio del mar, de los cretenses; o a la sospecha de si en la concepción del Laberinto subyace un aprovechamiento poético de la complejidad arquitectónica del palacio de Cnosos. Y qué decir del toro, un punto indudable de confluencia entre lo que en los mitos se cuenta y los datos reales dicen; y hago referencia a la repetida presencia del toro en los testimonios de la cultura material, prueba indudable de su importancia, sobre todo en el ámbito de lo religioso.

Creta en la epopeya homérica

En la obra de Homero se alude repetidamente al príncipe cretense Idomeneo, nieto de Minos, que figura entre los ilustres combatientes en la guerra de Troya; pero, además, en la epopeya homérica, como era de esperar, pueden espigarse alusiones a Creta en las que se hacen palpables los puntos de contacto entre la leyenda y la realidad. Se dice en la *Odisea* (19, 172 ss.), por boca de Ulises: *En medio del vasto mar se encuentra el país de Creta, isla hermosa y fecunda; contiene innumerables hombres y noventa ciudades. Están mezcladas en ella diversas lenguas; se encuentran allí los aqueos, los magná-*

Jarra de pico vertedor del período prepalacial, de Vassiliki (Museo de Heraclion)





nimos cretenses autóctonos, los cidonios, los dorios divididos en tres tribus, y los divinos pelasgos. Esperemos que en este mismo texto encuentre el lector alguna respuesta a lo que pueda tener de cierto el complejo pasaje homérico, que no es el caso analizar ahora. Quedémonos, por lo pronto, con la referencia a las ciudades, que son más numerosas en un paso de la *Iliada*, donde se llama a Creta *la de las cien ciudades* (2, 649).

Es lo cierto que los poemas homéricos evocan el prestigio de Creta como escenario de un privilegiado desarrollo urbano —con expresión directa en la existencia de numerosas ciudades—, y pueden ser tomados por testimonio cierto de una precocidad y de una proliferación de la vida ciudadana que los estudios arqueológicos han venido después a confirmar plenamente. Fue una precocidad en buena parte debida a la magnífica ubicación geográfica de la isla, bien situada para contactar fácilmente con Egipto y con el Oriente Próximo, y plataforma ideal para las relaciones por vía marítima con las demás islas y el continente griegos. En los



hermosos parajes de Creta, sus habitantes podían encontrar abundante piedra caliza, fácil de tallar y aprovechable para la arquitectura, y también madera, utilizable para lo mismo y para la construcción de barcos.

Las costas de Creta, bastante escarpadas en el sur, se recortan en el borde septentrional en numerosas ensenadas y bahías, en las que los barcos encontraban cómodo y seguro refugio; en ellas se multiplicarán los asentamientos de gentes dedicadas a las cosas de la mar: la pesca y la navegación con fines comerciales. El estrecho maridaje de los cretenses con las aguas que los circundaban tiene cumplida expresión en el arte minoico, muestrario de una vívida captación de la naturaleza marina; sus motivos, interpretados con colorido y frescura extraordinarios, se proyectan en muy variados soportes, y trasladados a las paredes de las estancias más nobles, les otorgan la apariencia de verdaderos acuarios fosilizados. También la ganadería y la agricultura ocuparon una importante parcela en las ocupaciones cotidianas y en la economía de los antiguos creten-

ses. Las mejores tierras las tenían en la amplia llanura de Mesara, hacia el centro de la isla. En términos generales, con una tradición que se remonta al período neolítico, la agricultura giraba fundamentalmente en torno al cultivo de las especies características de la cuenca mediterránea: cereales, vid y olivo.

Con el inmejorable punto de partida que suponían las favorables condiciones naturales de la isla, los ingeniosos cretenses desarrollaron durante la Edad del Bronce una riquísima civilización, en un proceso que duró, aproximadamente, dos mil años: en números redondos, desde el 3000 hasta el 1100 antes de nuestra Era. Ya se ha dicho que los cambios y novedades culturales —sobre todo el conocimiento de la metalurgia del cobre, el oro, la plata y otros metales—, en los que se reconoce el comienzo de la Edad del Bronce, pudieron deberse a una nueva llegada de gentes procedentes de Asia Menor. Se emprende así una larga época de progreso, con etapas bien diferenciadas, aunque con la suficiente homogeneidad como para que resulte apropiado englobarlas bajo la denominación común de minoicas.

Generalidades arqueológicas e históricas

A. Evans sistematizó los casi dos mil años de cultura minoica en tres períodos básicos, divididos cada uno de ellos en otros tantos subperíodos: Minoico Antiguo (MA) I, II y III; Minoico Medio (MM) I, II y III; y Minoico Reciente (MR) I, II y III. Es una secuencia temporal y cultural basada en los tipos cerámicos, sus cambios y sus evoluciones en el tiempo. Más recientemente, Nicolás Platón ha propuesto una nueva ordenación de la cultura minoica teniendo en cuenta, más que los tipos cerámicos, los niveles de desarrollo urbano y, en general, el proceso seguido por los asentamientos, con los llamados *palacios* como núcleos principales de atención y existentes en los más importantes. Es una sistematización más sencilla, preferible a la de Evans, con la que es, por lo demás, perfectamente compatible, de manera que lo usual y más ventajoso es simultanear ambas.

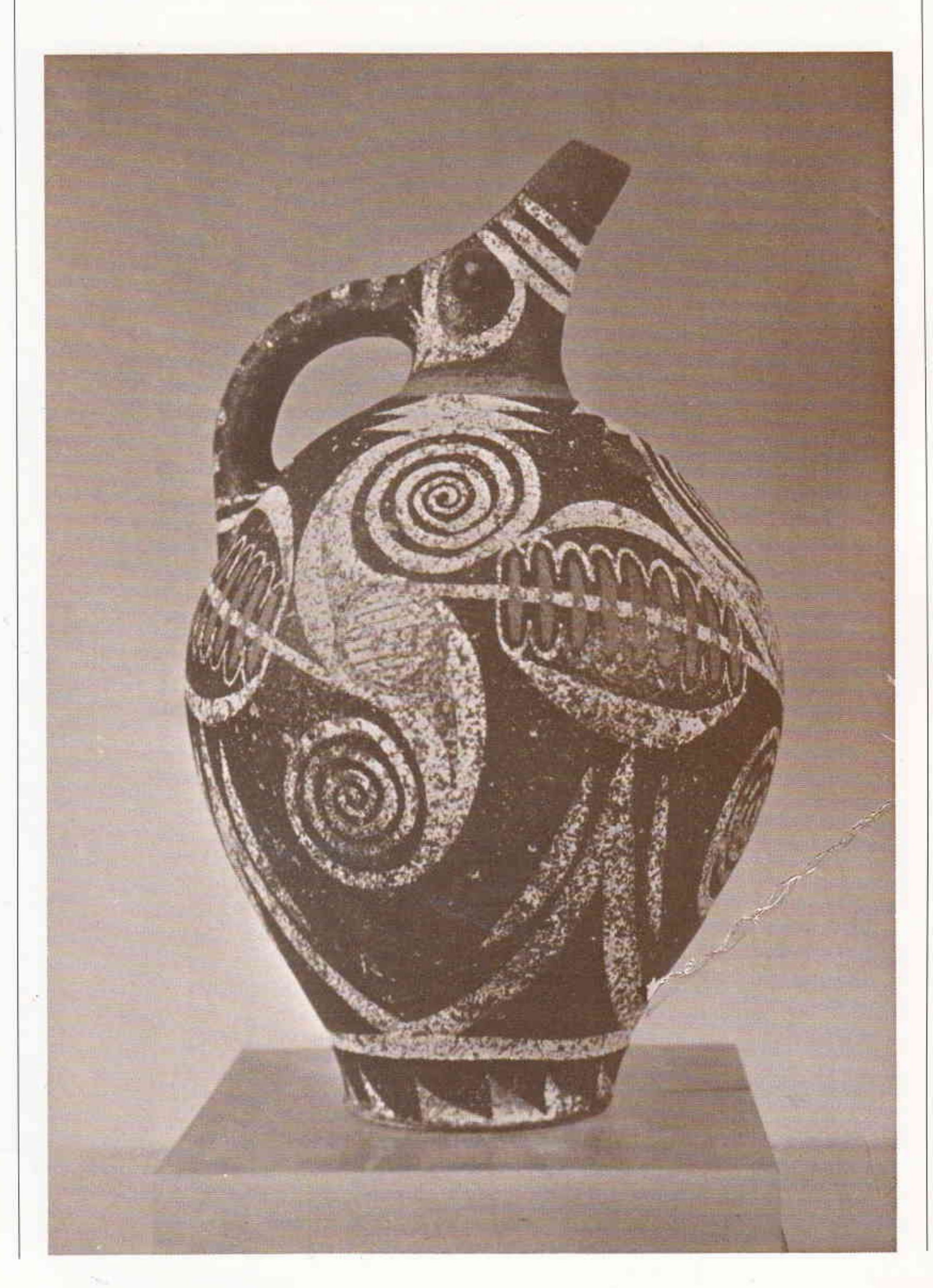
Siguiendo, pues, a Platón, habría que distinguir cuatro etapas: la Prepalacial (correspondiente al MA), entre el 3000 y el 2000 a.C.; la de los Primeros Palacios (MM I y II), entre el 2000 y el 1700 a.C.; la de los Segundos Palacios (MM III y MR I y II), entre el 1700 y el 1400; y, por último, el período Pospalacial (MR III), entre el 1400 y el 1100 a.C.

El período Prepalacial, o del Minoico Antiguo, ofrece ya las señales del cambio y del desarrollo crecientes, que, sobre todo en los últimos siglos, se presentan como indiscutibles precursores de la revolucionaria etapa posterior. Se incrementa el ritmo de concentración de los núcleos de habitación, algunos ya bastante notables desde el Neolítico, como los de Cnosos y Faistos; se suman ahora los de Mallia, Zakros y otros.

La escasez de puntos de agua potable pudo estar entre los factores que contribuyeron a esa concentración, y como zonas preferentes de la isla para el desarrollo de los núcleos de habitación, sobresalen las del este y el área central, con un lugar destacado para la llanura de Mesara. Mejoran las técnicas arquitectónicas, aplicadas a la edificación de casas bastante complejas, de varias estancias; y a la construcción de tumbas, que tienen su versión más monumental en las de cámara circular cubiertas de falsa cúpula —esto es, por aproximación de hiladas—, algunas de ellas de dimensiones considerables. Demuestran, en conjunto, un enriquecimiento de las experiencias constructivas que serán la base de la gran arquitectura puesta en práctica en las etapas palaciales siguientes.

La alfarería, tan expresiva siempre y tan importante desde el punto de vista

Jarro de estilo Camares
procedente de Faistos
(Museo de Heraclion)



arqueológico, ofrece en esta etapa una gran variedad y un gusto por la innovación que la convierten en expresivo paradigma de la capacidad creativa y del dinamismo que caracterizan a la civilización minoica. Tras una fase en la que la producción cerámica muestra claras perduraciones de la neolítica anterior —en lo que llamaríamos tradiciones subneolíticas, con estilos diferentes conocidos como de Pyrgos, de Partira, de Hagios Onouphrios—, se pasa a otra decididamente innovadora, decantada en estilos cerámicos como el denominado de Vassiliki: a la riqueza y perfección de las formas, que incluye características jarras de pico vertedor de gusto metálico y de inspiración seguramente microasiática, se añade una decoración que busca efectos abstractos de manchas de color de tonos rojos y negruzcos, producidas por la aplicación de efectos de oxidaciones y reducciones parciales en el horno. Era fruto de una franca mejora en el dominio de las técnicas de la alfarería, próximas en algo a las de la metalurgia, también en continuo perfeccionamiento, como demuestran las armas y demás útiles metálicos fabricados por entonces. El ascendente nivel artesano tuvo también una refinada manifestación en la joyería, realizada ya con las complejas técnicas del granulado y la filigrana.

Pero quizá los recipientes más hermosos de esta época prepalacial no salieron de las manos de los alfareros, sino de los artesanos de la piedra. A imitación de Egipto, y por su influencia, los cretenses fabricaron magníficos vasos de piedra, algunos con ornamentación figurada; en general, para añadir a las formas otros valores estéticos, las calizas coloreadas y veteadas de la isla proporcionaban una materia prima llena de posibilidades, como puede comprobarse en los numerosos y magníficos ejemplares procedentes de Mochlos. También en piedras semipreciosas, como la esteatita y otras, empezaron a tallar los cretenses de esta época sellos y adornos en una producción de la que llegarán a ser consumados maestros.

En todo se observa un considerable incremento de las relaciones con el exterior. Son abundantes los testimonios de los contactos con Egipto, Chipre o el Próximo Oriente; indudables los mantenidos con las Cícladas, que vivían entonces, como hemos dicho, su época de mayor esplendor. Parece que hubo incluso verdaderas colonias de cicládicos establecidos en las costas del nordeste, en las cercanías de Cnosos y otros puntos, todo lo cual ha permitido hablar de una verdadera *provincia cicládica* existente en Creta. Una de sus manifestaciones más elocuentes estaría en el hecho de que tuviera Creta su propia producción de ídolos *cicládicos*, en los que han señalado investigadores como C. Renfrew y K. Branigan el mismo interés miniaturista que manifiestan los sellos o los amuletos. Conviene mencionar, una vez más, la zona de Mesara, ahora porque debió de ser el centro básico de la producción de estos ídolos, desde donde se exportarían al resto de la isla. Por otra parte, el estudio de los idolillos parece apuntar a que pudieron tener los cretenses de la época relaciones con el Calcolítico del ámbito italiano, por las semejanzas que se advierte en aquéllos con algunas figurillas de Cerdeña.

Tiempos de esplendor

El paso al Minoico Medio, a la etapa de los Primeros Palacios, significa la entrada en una época de esplendor, en la que se definen los elementos básicos de la civilización minoica. Bastaría analizar la cerámica propia de este período para adquirir plena conciencia de su madurez y de su alto nivel cultural. Es la cerámica que se conoce como de estilo de Camares, por el nombre de la gruta



NAVIDADES en Turquía y Grecia

DE SOLIMAN A MINOTAURO

Del exotismo de las mezquitas otomanas a la legendaria patria del minotauro en un itinerario con escalas de indudable interés artístico. Doce días para visitar Estambul, las antiguas ciudades griegas de Asia Menor, Creta y Atenas, acompañados por un auténtico especialista, Miguel Angel Elvira, profesor de Historia del Arte Antiguo en la Universidad Complutense de Madrid.

ITINERARIO

26-12-88. MADRID. Salida de Barajas, vuelo regular, a las 12.50, con dirección a ATENAS. Llegada a las 17.15, cena y alojamiento. **27-12-88.** ATENAS. Desayuno y visita a la Acrópolis. A las 14.55 salida en avión hacia ESMIRNA. Llegada y traslado a KUSADASI, cena y alojamiento. **28-12-88.** KUSADASI. Desayuno y excursión de día completo a DIDIMA y EFESO. Regreso al hotel, cena y alojamiento. **29-12-88.** KUSADASI. Desayuno, salida en autocar hasta ESMIRNA, visita al Museo Arqueológico. Continuación a PERGAMO, almuerzo y visita a la Acrópolis y santuario de Esculapio. Traslado al aeropuerto de ESMIRNA, salida a las 20.40 hacia ESTAMBUL. Llegada a las 21.35, traslado al hotel, cena y alojamiento. **30-12-88.** ESTAMBUL. Desayuno y visita a la ciudad: Mezquita Azul, Santa Sofía, Mezquita de Solimán el Magnífico, Hipódromo, Basílica Cisterna, Palacio Topkapi (almuerzo). Tarde en el Gran Bazar. Alojamiento en el hotel. **31-12-88.** ESTAMBUL. Estancia en régimen de alojamiento y desayuno. Por la mañana continúa la visita a la ciudad: Museo Arqueológico y templos de San Sergio y San Baco. Tarde libre. **1-1-89.** ESTAMBUL. Estancia en régimen de alojamiento y desayuno. Día libre, posibilidad de realizar visitas facultativas. **2-1-89.** ESTAMBUL. Desayuno y traslado al aeropuerto. Salida a las 09.25 hacia ATENAS y conexión inmediata hacia CRETA. Llegada a las 13.20, traslado al hotel y almuerzo. Por la tarde visita al Palacio de Knossos. **3-1-89.** CRETA. Desayuno y visita al Museo Arqueológico de Heraclión, continuación a PHAESTOS-GORTIS y MATALA, almuerzo. Por la tarde, traslado al aeropuerto y salida a las 18.45 hacia ATENAS, traslado al hotel, alojamiento. **4-1-89.** ATENAS. Desayuno, visita panorámica de la ciudad y Museo Arqueológico. Tarde libre, alojamiento. **5-1-89.** ATENAS. Desayuno, traslado al aeropuerto y salida en vuelo regular, a las 12.30, con destino MADRID. Llegada a las 15.10 y fin del viaje.

PRECIO POR PERSONA: 170.000 pesetas.

INCLUYE: Viajes en avión, vuelo regular. Traslados desde los aeropuertos a los hoteles y viceversa. Recorridos en autocares con aire acondicionado. Estancia en hoteles de primera clase y turista superior, en habitaciones dobles con baño o ducha, y en régimen alimenticio especificado en el itinerario. Entradas en todos los monumentos y museos indicados con acompañamiento de guías locales. Asesoramiento y explicaciones del profesor don Miguel Angel Elvira durante todo el viaje.

ORGANIZA: VIAJES GALILEO (calle Sagasta, 32, tel. 593 04 15, 28004 Madrid; calle Galileo, 44, tels. 448 20 49 - 445 92 98, 28015 Madrid).

del monte Ida donde se encontró por vez primera. Fabricada ya con torno de alfarero, ofrece un riquísimo repertorio formal, y en la evidente relación entre forma y función, y en la multitud de prestaciones solicitadas a los tiestos, se percibe el refinamiento de la época, sobre todo de los ambientes cortesanos en los que estas cerámicas se prodigaban. El deseo de los alfareros de ennoblecer sus productos dándoles apariencia metálica —un afán recurrente entre ceramistas y motor indiscutible del progreso de su oficio— dio por resultado vasos de Camares de paredes tan sutiles que se conocen como de *cáscara de huevo*.

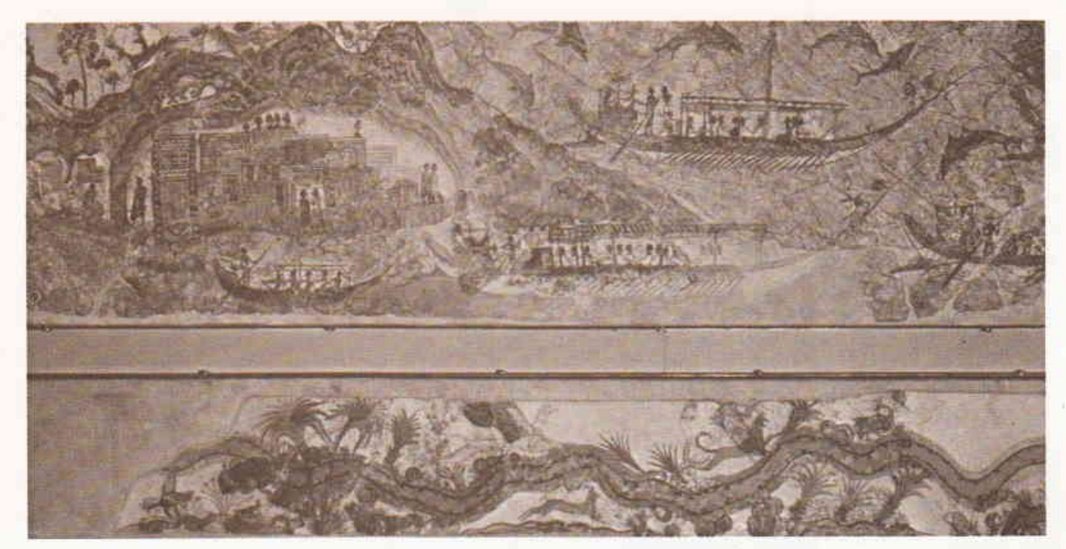
Pero lo más característico de la cerámica de Camares es su decoración, realizada en policromía de colores, fundamentalmente blanco y rojo, sobre las paredes cubiertas de negro de los vasos. Los temas, imaginativos y de magníficos efectos decorativos, muestran un dibujo firme, abstracto en esencia, aunque no faltan referencias a la naturaleza, las más de las veces irreconocibles en los elaborados diseños. Son excepción algunos dibujos francamente naturalistas, como un vaso de Cnosos con palmeras, o el procedente de Faistos con peces, que se anticipan, por su abandono de la abstracción y por la elección de los motivos, a los estilos cerámicos de las etapas posteriores. Se advierte en el estilo de Camares un gusto por los temas ondulantes, o que sugieren giro y movimiento, en el que parece plasmarse la personalidad de la civilización minoica, el dinamismo de su espíritu. Se condensa esta idea en la preferencia por la espiral como tema decorativo repetido mil veces, hasta el punto de ser un auténtico emblema de la cultura minoica.

La aparición de vasos del inconfundible estilo de Camares en el Oriente Próximo, en Egipto, Chipre, todo el mundo griego, e incluso en Sicilia y lugares próximos, demuestran la amplitud del radio de acción en que empezó a desenvolverse el comercio cretense. Su cultura comienza a teñir con fuerza a las de los pueblos con los que entraba en contacto, configurándose Creta como un foco de vanguardia creadora de trascendentales consecuencias para el progreso de la Hélade.

El progreso social y económico tiene su mejor parámetro en la aparición de la vida plenamente urbana. El proceso de aglutinación de individuos, y de coordinación de sus actividades, que se había puesto en marcha en las etapas históricas anteriores, cuaja ahora en los altos niveles de cultura que entendemos por ciudadanos. No es, como se sabe, simple cuestión de número, sino de la aplicación de fórmulas de organización superiores que cubren aspectos muy diversos. En lo económico se acentúan la división del trabajo y la consiguiente especialización, revulsivo de un galopante progreso técnico. En lo social, la división del trabajo, cada uno con su importancia específica, traerá consigo la aparición de estamentos o clases y su jerarquización; y la imprescindible coordinación de una sociedad cada vez más diversificada y compleja sólo será posible con la consolidación de formas de poder que abocarán a las monarquías, del signo que fueren.

La ciudad se configura como escenario adecuado a la nueva sociedad, y es a la vez fruto y materialización de ella. La jerarquización interna tiene su mejor manifestación en la presencia de los llamados *palacios*, grandes residencias señoriales que presiden la vida de la ciudad y se convierten en centros de principal atención arquitectónica y urbanística. Pero la vida urbana implica formas de organización que sobrepasan los límites físicos de las ciudades mismas; supone sistemas de relación y jerarquización territoriales que conectan a centros de diferente nivel con la ciudad principal, y a unas ciudades con otras.

Esta realidad de la ciudad entendida no como organismo aislado, sino como vértice de un territorio amplio estructurado a partir de ella, explica la atención que el triunfo de la vida urbana hace conceder a los caminos, garantía de los



Pintura mural representando una expedición marítima (Casa Oeste de Akrotiri, isla de Thera)

contactos estables entre entidades diversas, imprescindibles en las nuevas concepciones económicas y políticas. La civilización minoica verá, por tanto, incrementar la atención a los caminos o carreteras, progresivamente mejor enlosadas, a partir de la consolidación de la vida urbana en esta etapa de los Primeros Palacios. La jerarquización territorial o externa apunta, además, a la configuración de uno o más centros principales, a modo de verdaderas capitales, a los que se subordinan los demás. La preeminencia de Cnosos parece fruto de esa tendencia a una más acusada jerarquización.

La fase de los Primeros Palacios termina hacia el 1700 a.C. con un violento terremoto que afectó a la generalidad de los centros cretenses. Estaban en pleno apogeo económico y cultural, y la mejor prueba de ello es que se aprestaron a restituir los daños con asombrosa celeridad y, aún más, a aprovechar la catástrofe para reconstruir los palacios; con el cúmulo de experiencias adquiridas, los cretenses convirtieron el desastre en ocasión apropiada para rehacer con mayor monumentalidad sus edificios principales.

Expansión marítima y comercial

Comienza así la etapa de los Segundos Palacios, la de mayor esplendor y riqueza de la civilización minoica. Sus aristocracias urbanas o sus monarcas alcanzaron un considerable poder, sobre todo en lo que se refiere al control mercantil de un vasto sector de los mares del entorno, con el establecimiento de colonias de comerciantes y artesanos en numerosos lugares. Es lo que con mayor o menor fidelidad recordaban los griegos de la época clásica, reflejado en la idea de la talasocracia minoica, tal como, por ejemplo, la describe el historiador Tucídides: *Minos es el más antiguo soberano que conocemos que poseyó una flota y controló la mayor parte de lo que hoy consideramos aguas griegas. Gobernó sobre las Cícladas y fue el primer colonizador de muchas de ellas, instalando a sus propios hijos como gobernadores. Con toda probabilidad limpió sus mares de piratas para asegurar sus dominios.*

Mil años median entre Tucídides y la época de la presunta talasocracia minoica, y puede suponerse cuánto se ha ocupado la investigación moderna de comprobar la fiabilidad del texto. Al margen de la historicidad de Minos —del que se ha pensado que fuera un nombre genérico, al estilo de *faraón*, o atribuible a una dinastía— la cuestión de la talasocracia aparece como una realidad cierta, si por tal no se entiende un imperio con todas sus connotaciones. Hubo de ser, eso sí, una irradiación comercial fuera de Creta, apoyada en algunos enclaves de carácter colonial, o en representaciones mercantiles en los lugares oportunos, y ejercida con indudable autoridad y con afanes expansionistas. No faltan, incluso, las pruebas arqueológicas.

Son evidentes en la isla de Thera, donde la ciudad de Akrotiri se presenta como un centro minoico; las magníficas pinturas de la llamada *Casa Oeste* incluyen una ya célebre representación de embarcaciones, dispuestas como una flota bien organizada y protegida, que es un valiosísimo testimonio gráfico de la potencia marítima de los cretenses. Por otra parte, restos de asentamientos minoicos se han descubierto también en la isla de Rodas, o en la de Citera —entre Creta y el Peloponeso— y huellas de su probable presencia pueden encontrarse en muchos otros lugares (Mileto, Iasos, Milo, etc.), sin olvidar una influencia generalizada en el ámbito egeo, de la que será beneficiaria principal la cultura micénica. Se ha supuesto alguna vez que la existencia en el Mediterráneo, desde Palestina a Sicilia, de una decena de puertos o promontorios con el nombre *Minoa* guarda relación con esta expansión marítima y comercial de los cretenses, aunque no existen pruebas de una implantación colonial tan amplia, ni parece probable que se diera; muchos de esos nombres son más tardíos y de explicación incierta. Parece, no obstante, que con los cretenses de la Edad del Bronce se emprendió un camino que habrían de consolidar más tarde los micénicos, los fenicios o los griegos de época clásica.

Está bien documentado, por lo demás, el incremento del comercio exterior de los cretenses, entre otros sitios con Egipto, importantísimo mercado abierto desde hacía tiempo. Como se sabe, el continuo intercambio de mercancías con el país del Nilo, y la consiguiente aparición de objetos cretenses en Egipto y egipcios en Creta, ha permitido aplicar fechas absolutas al proceso arqueológico e histórico de la cultura minoica por el establecimiento de correlaciones con la cronología egipcia.

En sus textos, denominan los egipcios a Creta *el país de Keftiu*, y representan a sus gentes en los relieves como individuos de cuerpo grácil, de hombros fuertes y cintura estrecha, y un rostro de ojos grandes y expresivos, con perfil a menudo recto; el pelo, negro, largo y ensortijado. Proporcionan, por tanto, una imagen parecida a la que los cretenses dan de sí mismos en sus propias creaciones artísticas. Entre otras cosas, suministraba Creta a Egipto piedras preciosas, metales, plantas y productos aromáticos y farmacéuticos, metales, cerámicas y otros derivados artesanales.

La riqueza y la prosperidad de la época tienen su mejor expresión en los magníficos palacios, de los que más adelante nos ocuparemos; pero también en los demás componentes de la cultura material. Si de nuevo nos remitimos a la cerámica, vemos manifestarse una vez más el afán por la renovación en el abandono del estilo de Camares y su sustitución por otros nuevos, más sobrios, con la nota común de que ahora los vasos quedan con el color natural del barro cocido en horno oxidante, y por tanto en tonos ocres de variado matiz, sobre el que se aplica una decoración monócroma en color rojizo, castaño o negruzco.

Persisten los motivos abstractos o geométricos, entre ellos la consabida espiral, representada a menudo en composiciones enlazadas capaces de cubrir

El disco de Faistos, siglo XVII a. C. (Museo de Heraklión)

Vista general de las ruinas de Faistos



Sacerdotisa con ofrendas
(pintura mural de Akrotiri, Thera)

Akrotiri

Durante siete años —desde 1967 hasta su muerte accidental en 1974— excavó Spyridon Marinatos el excepcional yacimiento de la Edad del Bronce situado junto a Akrotiri, en la isla de Santorín (Thera). La explosión del volcán hundió buena parte de la isla y cubrió con una espesa capa de polvo volcánico la ciudad puesta ahora a la luz, conservada como una nueva Pompeya.

Lo descubierto es un barrio de calles tortuosas, con ensanchamientos a modo de plazas, y casas de dos o más pisos: el bajo destinado a tiendas o almacenes, y arriba los dormitorios y habitaciones de estar. En estos últimos se ha hallado el mejor botín arqueológico del yacimiento: las pinturas murales. Todas son de interés, pero destacan sobre las demás las correspondientes a una expedición naval, o una parada ceremonial con barcos; es un precioso documento sobre las embarcaciones del mundo egeo hacia la mitad del segundo milenio, sobre las ciudades, representadas igualmente con bastante esmero, y sobre muchos más detalles.

En todo se advierte una gran influencia minoica, aunque no deba, quizá, hablarse de una colonia de Creta. No pocos datos, en efecto, resaltan las diferencias con lo estrictamente minoico: faltan las típicas columnas cretenses, la jerarquización urbana en función del palacio... *Puede percibirse una sociedad más igualitaria, de navieros enriquecidos por el comercio marítimo.*

cualquier superficie; también las representaciones simbólicas. Pero lo más característico es la preferencia por temas tomados del natural, vegetales o peces, pulpos y otras criaturas del mar, que dan lugar a los dos estilos más característicos —el floral y el marino— del Minoico Reciente. Persiste en ellos el gusto por el movimiento, y no es casualidad la repetida representación del octópodo, otro de los emblemas minoicos, paradigma de movilidad y de ondulación, con frecuencia protagonista único de la decoración de vasos, a los que cubre y parece atrapar con sus tentáculos.

Final de la cultura minoica

El período Pospalacial representa una última etapa de la cultura minoica, que siguió a una nueva destrucción de los centros y los palacios de Creta. Ocurrió hacia el 1450 a. C. y está asociada, tal vez, con la catastrófica erupción del volcán de Thera, en el curso de la cual se hundió la mayor parte de la isla, que quedó tras el desastre con la forma de creciente que ahora tiene. Es una hipótesis propuesta por un notable especialista, el arqueólogo griego Spiridon Marinatos, quien para confirmarla emprendió las excavaciones en la isla que condujeron al magnífico descubrimiento de Akrotiri, donde habría de encontrar la muerte por un accidente durante la excavación. Movimientos sísmicos acompañantes de la erupción y otras consecuencias del mismo —maremotos, nube de azufre y cenizas, etc.— debieron de traer también graves consecuencias para la cercana isla de Creta.

En realidad, sería poco menos que imposible tratar de explicar aquí, con la concisión a que obliga esta obra, el final de la cultura minoica, sus causas, su ritmo temporal exacto. Todo ello compone una cuestión polémica, largamente debatida por los especialistas, que no ha llegado a término y que refleja en su propia complejidad la del fenómeno a que se refiere. La hipótesis de Marinatos, con ser sencilla y parecer plausible, presenta muchos flancos débiles. Entre ellos la discutible sincronía entre la erupción del volcán de Thera y la destrucción de los establecimientos cretenses, que parece algo posterior. Pudieron intervenir desastres naturales, abundantes en una región tan inestable geológicamente y sometida a repetidos movimientos sísmicos; pero no faltan razones para pensar que problemas internos, entre las diferentes ciudades, provocaran luchas intestinas que pudieron llegar a ser tan graves como las que en tiempos históricos enfrentaron a las *poleis* griegas, enzarzadas en guerras como la del Peloponeso. Los conflictos pudieron provocar emigraciones de cretenses, que tal vez quedaron envueltos en el complicado asunto que representan los movimientos de los llamados *Pueblos del Mar*, si, como parece, hay que identificar con ellos a los filisteos, a los desplazados procedentes de Caftor o Creta, según se recoge en la *Biblia*. Es, en resumidas cuentas, una intrincada cuestión que habremos de tratar de nuevo al analizar la decadencia de la civilización micénica.

El caso es que los palacios quedaron abandonados, a excepción del de Cnosos, que se restauró y mantuvo en pie hasta, al menos, el 1380 aproximadamente, aunque hay quien sostiene que la vida del palacio habría que alargarla hasta el 1200 a. C., con el final generalizado de la civilización cretomicénica. No significa que la población desapareciera de todos los demás centros; la vida siguió, como puede verse en Faistos, Hagia Triada, Gournia y tantos otros lugares; incluso con una actividad más que notable. Pero la gran época de la cultura cretense había quedado atrás, y perduraba ahora, pero bajo la imposición de los nuevos señores del Egeo, los micénicos. Ellos debieron de ejercer su dominio



Entrada norte del palacio de Cnosos

desde el centro principal de Cnosos, con el que cubrió el palacio una última etapa de verdadero esplendor; el testimonio indudable de la presencia aquea lo tenemos en la aparición de tablillas escritas en griego en la vieja ciudad cretense, o en la imposición en el palacio de una cerámica característica; es la correspondiente al llamado *estilo de palacio*, derivado de los anteriores, pero sometidos sus motivos florales y marinos a una clara esquematización, hasta el punto de quedar convertidos en formas casi abstractas; las composiciones vasculares adquieren, además, una visible rigidez, con una decidida preferencia por las de tipo simétrico.

En el nuevo aire que se respira con las cerámicas, o con otras manifestaciones artísticas y de la cultura material, alientan la mentalidad y el carácter de los nuevos señores aqueos, vástagos de la raza indoeuropea, e impulsores de una civilización opuesta a la minoica en bastantes aspectos, como tendremos ocasión de comprobar.

Ciudades y palacios

El mito de la princesa Europa, con su estación en Creta, proporciona una hermosa referencia literaria, sugestiva y útil para poner de relieve, con un introito prestigiado por la mitología griega, que con la cultura minoica empezó la andadura de la civilización europea, esto es, la progresiva implantación de un modelo de cultura basado en la ciudad, y una ciudad de determinada manera,



Vista parcial del patio del palacio de Cnosos

con estas y aquellas referencias. Un gran conocedor de la civilización minoica, Paul Faure, comienza su interesante libro *La vie quotidienne en Crete au temps de Minos* (del que existe traducción española), con un capítulo introductorio que titula *El despertar de la joven Europa,* una de tantas muestras de la caída en una tentación a la que, como se ve, no es fácil sustraerse.

Hemos visto también que Homero proporciona un portillo inestimable por el que franquear el muro que separa el terreno de la leyenda del de la realidad histórica; y en su obra se pinta una Creta moteada por noventa o por cien ciudades. La indagación arqueológica ha venido a confirmar esa imagen literaria, enriqueciéndola con los perfiles de una realidad cada vez mejor conocida y contrastada.

En principio, la alta densidad urbana es privativa de la mitad oriental de la isla, mientras en la occidental se comprueba una ocupación de menor nivel, con predominio de pequeñas comunidades de pescadores en la costa, o de pastores y agricultores en el interior. Las excavaciones han puesto a la luz en aquella mitad oriental multitud de centros, entre los que destacan el principal de Cnosos, cerca de la costa norte, en las inmediaciones de la ciudad actual de Heraclion (o Candía); cerca, al oeste, se halla Tilisos, y al este, junto a la costa, otro asentamiento principal en Mallia; hacia la costa meridional, y en el ámbito de la planicie de Mesara, se hallan Faistos y la villa cercana de Hagia Triada; al este de la isla se encuentra Gournia, al fondo del golfo de Mirabello, y, más al extremo, Zacro y Palaicastro.

Esta constelación de ciudades hemos visto que empieza a estructurarse a par-

tir del Minoico Medio, aunque hundan algunas sus raíces en etapas históricas anteriores. La designación del Minoico Medio como etapa de los Primeros Palacios advierte que, desde entonces, la ciudad se configura con los elementos esenciales que habrán de definirla para siempre, sobre todo la presencia del palacio en las más importantes. La apariencia de las ciudades durante esta primera fase no es fácil de fijar, debido a las fuertes remodelaciones que aquéllas experimentaron por la convulsa historia que se ha sintetizado más arriba. Pero los restos mejor aislables en algunos sitios, como en el palacio de Faistos, por ejemplo, permiten deducir que las ideas directrices del urbanismo minoico en general, y de los palacios en particular, estaban definidas en lo esencial desde estos primeros tiempos.

Llamemos también la atención sobre el hecho de que las ciudades minoicas dan lugar a aglomeraciones pequeñas. El núcleo urbano de Palaicastro, por ejemplo, tenía unas 15 hectáreas, y la población debió de rondar el millar de habitantes. Mallia, por su parte, tenía unas diez hectáreas; y dimensiones de parecido nivel tuvieron la generalidad de las hoy conocidas. Evans atribuyó a Cnosos medidas desmesuradas, superior en superficie a las 100 hectáreas, y con una población de unos 12.000 habitantes para el núcleo principal, y 80.000 para todo el conjunto urbano. En realidad, Cnosos, aunque mayor, no se aparta del patrón de las demás ciudades minoicas, y su población no debió de superar los 10.000 habitantes. Debe, sin embargo, concebirse la ciudad como una entidad no restringida a su núcleo urbano principal, sino como un territorio que puede incluir varios centros encabezados por aquél, de forma parecida a la posterior *polis* griega. Cnosos, pongamos por caso, disponía de dos puertos, uno en la desembocadura del Catsamba, junto a Heraclion, y otro más al este, en Amnisos; y acaso de un tercero en Nirou-Jani. La relación entre un centro principal y otro menor, aunque también importante, tiene un magnífico ejemplo en Faistos y Hagia Triada. Y no olvidemos la proliferación, a partir sobre todo de la época de los Segundos Palacios, de centros menores, como cortijos, con fines agropecuarios y dependientes de ciudades o centros de mayor rango.

Aparición de la escritura

Repitamos, además, que no todo es cuestión de tamaño y número de habitantes, sino que deben destacarse los fenómenos de complejidad organizativa, económica y política, que caracterizan propiamente a la ciudad. La jerarquización de la sociedad minoica dio lugar a la aparición de formas de poder unipersonales, príncipes o reyes de las diferentes ciudades, de los que queda el recuerdo mitificado de Minos, Radamanto, Sarpedón o el homérico Idomeneo. Los palacios y residencias señoriales son la materialización arquitectónica y urbanística de esos poderes, y en la preeminencia de Cnosos se ha querido ver el testimonio de un predominio sobre las demás ciudades, no carente de fundamento para las etapas avanzadas, aunque esta cuestión, o la caracterización última de los príncipes cretenses, hay que añadirla a las muchas que mantienen facetas oscuras en la civilización minoica.

En los palacios surge, por otra parte, una característica manifestación de las sociedades urbanas, fruto de la compleja organización que ellas suponen: la escritura. Fue una innovación más del Minoico Medio. Puestos a dotarse de escritura, los cretenses dieron en ello una señalada muestra de independencia de criterio, puesto que no adoptaron ninguno de los sistemas de notación en uso en el Oriente Próximo o en Egipto. Crearon primero formas de escritura de carác-



El llamado sello o anillo de Minos procedente de Cnosos

ter jeroglífico o pictográfico, a los que corresponde el curioso ejemplo del disco de Faistos, con inscripciones en espiral realizadas mediante la impresión en la arcilla de caracteres móviles. De estas primeras escrituras deriva en parte otra de signos silábicos conocida como escritura *lineal A*, que se usó en los palacios hasta el Minoico Reciente. Son escrituras muy complejas, que permanecen sin descifrar pese al esfuerzo de los filólogos. En su estudio se han dado pasos importantes, pero aún se discute, incluso, sobre la lengua que reproducen.

Se ha pensado que en el lineal A se contiene una lengua semítica, o una lengua de tipo indoeuropeo emparentada con el luvita, el hitita o alguna otra del Asia Menor, o una lengua de raigambre fundamentalmente egea, que algunos llaman *pelásgica* —de las islas—, acaso perteneciente también al tronco lingüístico indoeuropeo. La escritura lineal A dará lugar a una forma derivada de ella, también silábica, con el añadido de signos nuevos, que es la llamada *lineal B*. Aparece en tablillas de Cnosos de la época Pospalacial y en las ciudades micénicas, y —ésta sí— pudo descifrarse gracias al ingenio que a tal efecto puso a contribución el joven arquitecto y lingüista inglés Michael Ventris. Tras un paciente trabajo, comprobó en 1952 que el lineal B transcribía una lengua griega arcaica, un descubrimiento revolucionario para el conocimiento moderno de la civilización griega. Su aparición en Cnosos se convirtió desde entonces en la mejor prueba del dominio de los aqueos sobre la isla.

La posesión de escritura es un logro cultural cuya trascendencia parece innecesario ponderar. Habría de convertirse en un instrumento importantísimo de fijación, consolidación y transmisión de la cultura, aunque en sus comienzos latieran preocupaciones bastante prosaicas: servir a la contabilidad del palacio, controlar los tributos, inventariar los bienes, estar al servicio, en suma, de las



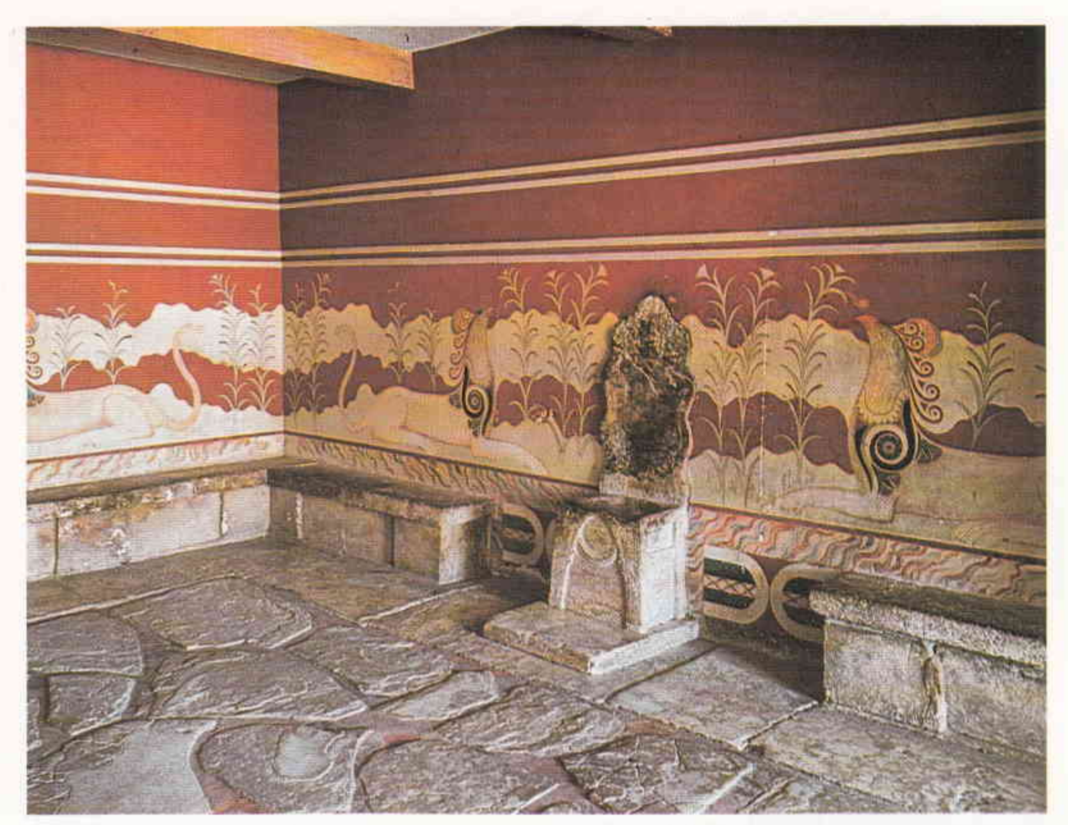
Uno de los grandes almacenes del palacio de Cnosos

emergentes formas de poder de entonces. También se advierte en testimonios más raros, como el disco de Faistos, la función de la escritura como medio de fijación de himnos o ceremonias religiosas, que cumplían un destacado papel de cohesión social. En todo caso, la gran mayoría de los testimonios de las primeras escrituras cretomicénicas están vinculadas a operaciones económicas y políticas, de las que debía quedar constancia con un registro más firme que el confiable a la memoria. Eran las complejas operaciones que constituían el ajetreo cotidiano de la vida en la ciudad.

Aspectos urbanísticos y arquitectónicos

Se ubican las ciudades minoicas, por lo general, en lomas o laderas de escasa elevación, en lugares bien comunicados con zonas de tierras cultivables y, sobre todo, con el mar. El aspecto que ofrecían debía de ser próximo al de tantos pueblos y ciudades pequeñas de la misma Creta actual y de los ambientes mediterráneos en general: casas de uno o dos pisos, agrupadas en manzanas más o menos regulares, con calles adaptadas a la topografía del terreno, no muy anchas o francamente estrechas.

El clima benigno propiciaba las viviendas de cubierta plana, con terrazas o azoteas seguramente visitables y para múltiples usos, como puede verse en unas interesantes reproducciones de casas, sobre placas de arcilla, halladas en Cno-



El llamado Salón del Trono *de Cnosos*

sos; formaban parte de la decoración de un mueble, y componían una especie de mosaico de tema paisajístico, a juzgar por las piezas recuperadas. De la observación de estas plaquitas puede deducirse un uso abundante de la madera para fabricar el armazón de las casas y delimitar los vanos de puertas y ventanas; la escasez de estas últimas en las fachadas se explica por la bien probada preferencia por los patios y huecos de luz interiores.

Son aspectos de la urbanística y la arquitectura doméstica que, además de esas y otras valiosas reproducciones antiguas, pueden comprobarse en los vestigios directos de las casas halladas en Cnosos, Mallia, Zacro y tantos otros lugares. Uno de los que permite conocer mejor estas facetas es el de Gurnia, un centro modesto que excavó a comienzos de siglo, con encomiable tesón, la arqueóloga americana Mrs. Harriet Boyd. Ofrece Gurnia una trama urbana bastante irregular, con calles pavimentadas, pero estrechas y tortuosas, adaptadas a los accidentes topográficos del suelo y, a menudo, con escalones. El tono general de las casas es muy modesto, empezando por la construcción, a base de zócalo de piedras y alzado de adobes. Tienen con frecuencia dos pisos: el inferior con un patinillo —donde estaba el fogón para cocinar— y estancias destinadas comúnmente a almacenes; el piso alto, de varias piezas, con los dormitorios, era accesible por una escalera de piedra o, las más de las veces, de madera; podía también tener entrada propia, directamente a la calle, en las zonas de mucha pendiente.

Incluso una ciudad tan modesta como esta de Gurnia dispone, hacia el cen-

tro, de una construcción principal, muy destacada de las demás, con un patio, almacenes y estancias de bastante amplitud, reconocible como un pequeño palacio. Es decir, se subraya la aplicación de un modelo de ciudad que tiene por centro un edificio monumental que se conoce como palacio, y que constituye la nota más destacada y expresiva de la urbanística y la arquitectura minoicas. Se han excavado varios de estos conjuntos monumentales, entre los que destacan el de Cnosos, el mayor de todos, y los de Mallia, Faistos y Zacro, y restos de otros se conocen en varios lugares más (Monastiraqui, Epano Arjanes, etcétera).

La compleja estructura de los palacios, en especial el de Cnosos, de planta con apariencia laberíntica, ha dado pábulo a la idea de que la arquitectura minoica era poco menos que caótica, imagen alentada también por la popularización del mito de Teseo y el Minotauro. Pero aunque esta imagen tenga cierta justificación, la realidad es bien distinta. El palacio minoico es un organismo arquitectónico que obedece a criterios compositivos bastante estrictos. Se organiza de dentro a afuera a partir de un elemento aglutinante principal, un patio rectangular de dimensiones casi canónicas (50 × 25 metros en Cnosos, 50 × 22 en Mallia y Faistos, y es bastante más pequeño en el modesto palacio de Zacro: 30 × 12 metros), en torno al cual se disponen los diferentes cuarteles o estancias —zonas de representación y de residencia, talleres, almacenes, etc.— con trazado independiente. Todas ellas se proyectan hacia el patio con fachada diferenciada, de forma que aquél no presenta un aspecto unificado, sino una sucesión rítmica de organizaciones distintas, que expresan en los lados del patio la función y estructura particulares de cada zona del palacio.

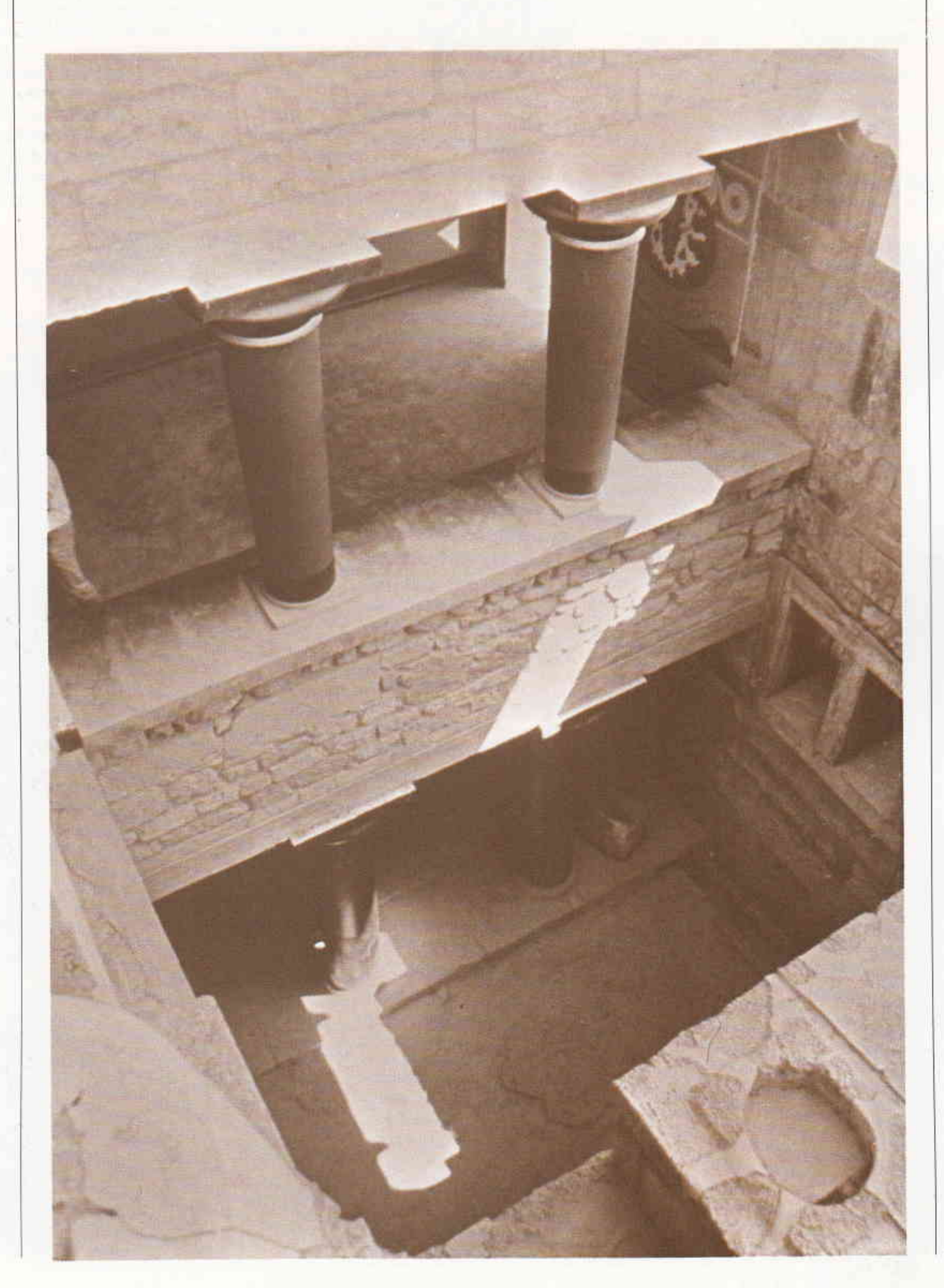
Se advierte, no obstante, una preocupación generalizada por obtener secuencias bien ritmadas, con unificaciones parciales, que dan por resultado ricas composiciones arquitectónicas por la alternancia y la combinación de entrantes y salientes, macizos y vanos, alturas diferentes, columnas y pilares de distinto módulo, que en conjunto proporcionan a la arquitectura minoica un sabor peculiar. Hacia el exterior, los palacios presentan los propileos de sus diferentes entradas y las partes traseras de un edificio de concepción centrípeta; no existe, pues, a diferencia de los palacios modernos —con los que los minoicos tienen muy poco o nada en común— preocupación por la fachada exterior.

En el interior, las diferentes piezas o estancias se articulan fluidamente, con abundante recurso a las transiciones mediante vanos múltiples que combinan pilares y columnas. Las alturas de dos o más pisos se comunican con escaleras que adquieren, muchas veces, una notable monumentalidad. La adaptación al terreno y la proliferación de vanos y de logias producen una íntima conexión entre el interior y el exterior de los palacios, entre arquitectura y paisaje, que se acentúa por la ausencia de un límite preciso en el conjunto de los organismos palaciegos.

Técnicamente se advierten soluciones imaginativas y avanzadas, por ejemplo para la recogida de las aguas pluviales, o para la iluminación de los interiores mediante pozos de luz. Se hace abundante uso de la piedra, con frecuencia tallada en sillares regulares, sobre todo para los pilares y partes sustentantes del esqueleto arquitectónico. La madera es también material constructivo principal, entre otras razones por su buen comportamiento mecánico en los movimientos sísmicos. De madera era el fuste de la característica columna minoica: liso, de contractura invertida respecto de la columna clásica, remata en un voluminoso capitel, compuesto de un grueso elemento convexo y una pieza prismática a modo de ábaco.

Parte esencial de la apariencia de los palacios la proporcionaban el colorido de los elementos arquitectónicos y la riquísima decoración pictórica mural que

Escaleras de un patio interior del palacio de Cnosos



PEUGEOT 405.

COCHE DEL AÑO 1988 PEUGEOT 405

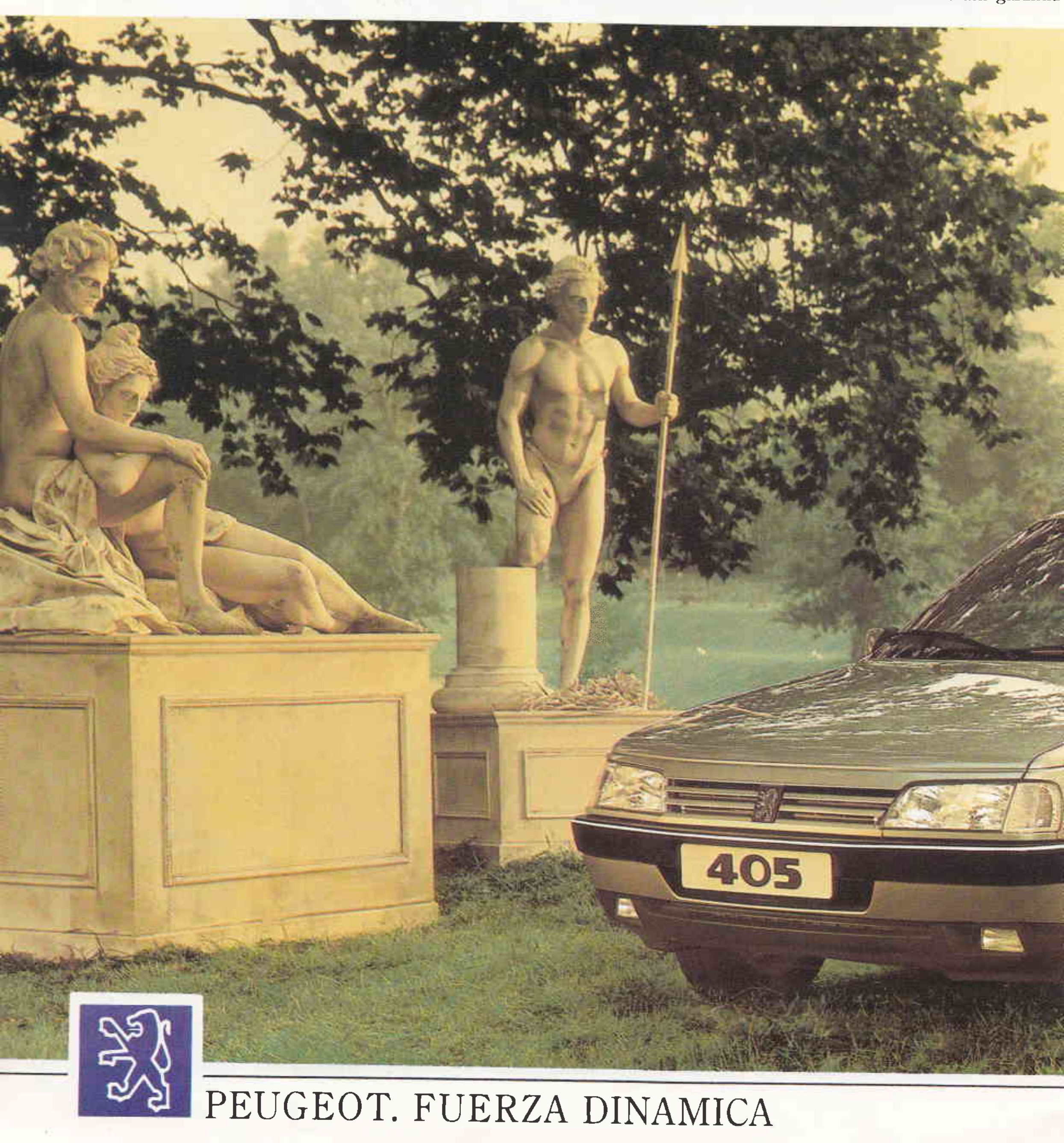
Cuando el talento se expresa provoca la admiración.

El Peugeot 405 es la última expresión del talento de Peugeot. Una admirable síntesis de renovación y avance tecnológico. De talento.

Una gama de automóviles con motores que alcanzan hasta los 160 CV. de potencia y los últimos aportes tecnológicos, electrónicos y mecánicos. Logrando el óptimo rendimiento termodinámico a fuerza de talento.

Motores de aleación ligera, con 16 válvulas, todo un avance en prestaciones. Ajuste hidráulico de taqués para reducir al mínimo el mantenimiento. Toda una garantía

HDM



PEUGEOT. FUERZA DINAMICA

EXPRESION DE TALENTO.

le permanente puesta a punto. Con el sistema Motronic, que controla la inyección de combustible y el encendido, ganando en suavidad de marcha y prestaciones. Con máxima rapidez de respuesta, ahorrando energía.

El interior del Peugeot 405 es una admirable combinación de formas, diseño y espacio.

Toda una expresión de talento. Asientos con regulación lumbar. Tapicería, si así se desea, en cuero, en un interior que reúne todos los dispositivos electrónicos que convierten la conducción en un auténtico placer.

El diseño del Peugeot 405 es por sí sólo toda una admirable expresión de talento, con un coeficiente de penetración aerodinámica de sólo 0,30 CX, para ganar en prestaciones y reducir el consumo. Con una línea activa, silenciosa y segura. Cristales enrasados, paragolpes integrados, spoiler, todo lo necesario para un automóvil atractivo y eficaz en su forma.

Así es el Peugeot 405, reflejo del talento de Peugeot para la satisfacción de hombres con talento.

PEUGEOT 405



CEPSA Lubricantes recomendados Esso

recibían. Las pinturas de Cnosos, aparte de su valor ilustrativo, transmiten una sensación de vida sosegada, animada por el bienestar espiritual y económico, al tiempo que con sus temas naturalistas —plantas, pájaros, delfines de hermoso colorido— subrayan la integración entre arquitectura y entorno paisajístico que en la misma concepción arquitectónica se advierte.

¿Palacios o santuarios?

En general, los palacios minoicos suelen ser considerados como las residencias de los príncipes de las ciudades minoicas, expresión, a la vez, de su poder y del ambiente refinado de que gustaban rodearse. Los grandes almacenes, y testimonios tan expresivos como la procesión de oferentes pintada en uno de los corredores de acceso del palacio de Cnosos, constituyen pruebas del pago de tributos y del poder materializado en grandes posesiones de bienes. Disponían también los palacios de talleres, que en el de Cnosos ocupaban buena parte del ala oriental: había tejedores, ceramistas, toréutas, fabricantes de jarrones de piedra, grabadores de sellos, orfebres..., una verdadera legión de artesanos que trabajaban para los señores del palacio. En Cnosos se ha querido reconocer —y como tales han sido divulgados— un *salón del trono* y una residencia o *mégaron de la reina*, aunque tanto las hipótesis relativas a la función, como las restauraciones de que han sido objeto, sean más que discutibles. Y, de añadidura, una de sus pinturas representa supuestamente a un *príncipe* entre lirios.

Todo, en fin, contribuía a ver en los palacios las residencias de los príncipes que los textos recordaban. A nadie escaparon nunca los muchos elementos de significado religioso o de carácter ritual que había en los palacios; de ello se percató ya A. Evans al excavar y estudiar el palacio de Cnosos, hasta el punto de que le parecía lógico, dado el ambiente que se respiraba en su *palacio de Minos*, que su ocupante fuera un rey sacerdote. No había que sorprenderse de esa íntima unión entre el poder secular y el religioso, habida cuenta de lo común del caso en la Antigüedad, con ejemplos incontables en Egipto o en el Oriente Próximo.

Pero la acumulación de elementos religiosos en los palacios minoicos es francamente inusual y, al mismo tiempo, escasísimas las manifestaciones de un poder que pudiéramos llamar temporal, y no digamos militar o guerrero. El *salón del trono* de Cnosos es más bien una capilla, y su trono, como otros del palacio, quizá estuvo siempre vacío, para servir de sede a la divinidad invisible. Los elementos y signos religiosos lo inundan todo: desde las favisas o pozos votivos situados en el exterior, en la explanada oeste —y sigo refiriéndome al palacio de Cnosos—, hasta el patio interior, que era quizá el lugar reservado para los juegos de toro, de indudable significación religiosa, y de los que había en el palacio unas muy famosas pinturas.

La constancia en las medidas de los patios puede explicarse bien como resultado del seguimiento de determinadas prescripciones rituales. Y tan importante o más que ello es la orientación que siempre presentan, con la longitud máxima de norte a sur, y todos desviados ligeramente al nordeste, como si se hubiera respetado una determinada dirección astronómica en relación seguramente con el sol. Precisamente en el lado del patio que mira al sol naciente, el oeste, tienen los palacios algunas de las más importantes estancias de carácter cultual. En el de Cnosos, por ejemplo, se hallan en ese lado el llamado *salón del trono,* cerca de él una estancia con cistas subterráneas de rico contenido religioso, con las interesantes figurillas de las diosas de las serpientes, y, junto a la esquina sur, un conjunto de característica fachada tripartita, bien documentada como una fórmula arquitectó-

nica propia de templos o edificios sagrados. En el mismo lugar tenía el palacio de Mallia una pequeña estancia con un gran *kernos* circular, una especie de mesa con oquedades en el borde y en el centro, destinada seguramente a realizar ofrendas, quizá los primeros frutos de las cosechas. Sería interminable, por lo demás, hacer referencia a los altares, cuernos de consagración, signos grabados en las paredes (como el *labrys,* o doble hacha, en Cnosos), pinturas de carácter religioso, vasos rituales, etc., hallados en los palacios.

Es también significativo el hecho de que, arruinados los palacios, las ocupaciones o utilizaciones parciales posteriores tuvieran generalmente finalidad religiosa. Recordemos como ejemplo que una de las últimas cosas que se hizo en el de Cnosos fue preparar, ya en el siglo XIII a.C., en época micénica avanzada, la llamada capilla de las dobles hachas, un pequeño recinto sagrado situado en el sector suroriental del palacio, donde eran veneradas dos hachas dobles situadas sobre sendos altares de cuernos.

Son éstas las razones que han llevado a algunos autores a sostener el carácter esencialmente religioso de los supuestos palacios, y a que P. Faure proponga, con rotundidad, que deben dejar de ser considerados como tales para ser interpretados como verdaderos santuarios o monasterios. Según este estudioso francés, la residencia del soberano hay que buscarla en otro lugar, seguramente en los edificios de notable porte, pero más modestos que los *palacios,* que también existen en la generalidad de las ciudades minoicas conocidas. Serían la villa de Hagia Triada, junto a Faistos; el llamado *Pequeño Palacio,* en las inmediaciones de Cnosos; la gran casa de la colina del Profeta Elías, junto al palacio de Mallia; y la *casa A,* en la loma de San Antonio, en Zacro.

Si los *palacios* son en realidad santuarios, habría que concluir que, en la sociedad minoica, las cuestiones y preocupaciones religiosas ocupaban un lugar principal, con mayores repercusiones urbanísticas que ninguna otra. Y el clero, o el estamento vinculado al *palacio/santuario,* tendría una importancia capital desde el punto de vista económico, tanto en lo que hace a la producción de bienes, como a la tesaurización de los mismos. Son, por tanto, cuestiones principales para penetrar adecuadamente en la particular idiosincrasia de la sociedad minoica y en sus sistemas de organización.

Las creencias y el arte

Terminar la breve semblanza de la civilización minoica que aquí se ofrece, sin asomarnos, siquiera sea de pasada, al mundo de las creencias, sería en este caso una incuestionable mutilación de la imagen global que se pretende transmitir. Porque en la cultura minoica la religiosidad está presente en todo, lo cual, si es bien cierto que se repite a menudo en las civilizaciones antiguas, en la Creta de Minos alcanza extremos poco comunes. Acabamos de ver, por ejemplo, que el palacio podría tratarse, en realidad, de un santuario, y razones no faltan para pensarlo.

Por otra parte, la carencia de textos de la época, al margen de tradiciones posteriores que conserven con mayor o menor frescura el recuerdo de los tiempos minoicos, hace que las ideas haya que reconstruirlas fundamentalmente a partir de los testimonios artísticos, de temática fundamentalmente religiosa, y con ayuda de otros datos: arqueológicos, filológicos y cuantos pudieran coadyuvar a aquel propósito. A la hora de ponerse a ello, el gran investigador de la religión griega Martin P. Nilsson, tras subrayar la abundancia de ilustraciones que aportan los monumentos minoicos, anticipaba las dificultades que podían



Diosas de las serpientes *de Cnosos, relevante muestra de la escasa plástica minoica*

toparse, mediante el recurso al expresivo símil de que es como si nos hubiera llegado un libro de imágenes sin texto, y rehacer éste a través de aquéllas no es tarea sencilla.

Una religión naturalista

Tras un recorrido por las manifestaciones conocidas, puede proponerse un cuadro de la religiosidad minoica definido por su carácter profundamente naturalista, heredero directo de las tradiciones elaboradas durante el Neolítico. Aunque sea a riesgo de simplificar demasiado las cosas, y de echar mano de hipótesis difíciles de contrastar, puede decirse que la religión minoica tiene como centro principal de atención el culto a una divinidad femenina, identificada seguramente con la Tierra, madre universal, y señora de amplio espectro, que extiende sus poderes sobre la vida y sobre la muerte. Junto a este principio divino, que se concreta en una o quizá en más diosas, existe el complementario, masculino, tal vez encarnación del espíritu de la vegetación, que muere y resucita cada año: sería el dios hijo y, a la vez, esposo de la Diosa Madre. Es un esquema religioso que encaja bien con las creencias ancestrales de las sociedades agrarias, y que se perpetúa en muy diferentes formas de culto en época clásica, en especial en el importante conjunto de religiones mistéricas: cultos dionisíacos, misterios de Eleusis, religiones de Cibeles y Attis, de Isis y Osiris, etcétera.



Pintura del salto del toro procedente de Cnosos

Las llamadas *Diosas de las serpientes* de Cnosos son posibles representaciones de aquella divinidad principal, aparte de ser muestras relevantes de la escasa plástica minoica. Se trata de dos figuras de barro vidriado, que formaban parte de los depósitos hallados en las cistas del santuario central del ala oeste del *palacio*, con materiales en conjunto del Minoico Medio III. Visten el característico vestido minoico, de falda con volantes y un ceñido corpiño que deja los senos desnudos, quizá para destacar el carácter nutricio y maternal de la diosa. La nota más relevante la ponen las serpientes que rodean el cuerpo y los brazos de una, y sujeta en las manos la otra, animales que son directa expresión de sus poderes, o les sirven de atributo. El carácter ctónico o terrestre de los ofidios, y su conocida significación funeraria, han hecho pensar, entre otros a Evans, que estas diosas representaban a la Diosa Madre en su acepción de señora de la muerte.

Nilsson, en cambio, cree más bien que las serpientes hacen en este caso alusión al ámbito doméstico, al que están asociadas como protectoras de la casa, tradición muy arraigada en la cultura griega. Según esta idea, serían diosas de la casa, o del palacio, y, en cuanto tales, precedentes de una diosa tan importante como Atenea, asociada también a la serpiente y revestida de carácter guerrero por influencia micénica. Recordemos la vinculación de Atenea a los árboles —el olivo— y a los pájaros —la lechuza—, asociación habitual también en las divinidades minoicas.

En efecto, los pájaros aparecen a menudo en las representaciones minoicas de carácter religioso, quizá como atributo de algunas divinidades, pero es posi-

ble que tengan la significación más general de indicar la presencia divina, la epifanía de los dioses; es la misma concepción, que tantas veces se repite en la poesía homérica, cuando se dice, por ejemplo, que *Atenea y Apolo, el dios cuyo arco es de plata, vienen a posarse, en forma de dos buitres, sobre la copa del haya del gran Zeus, que tiene la égida...* Por su lado, la asociación a los árboles es una faceta más del carácter naturalista de la religión minoica. De hecho, ciertos parajes o accidentes naturales fueron elegidos como lugares favoritos de culto: grutas y cuevas como las de Camares y otras en el monte Ida, las de Psijro, Amnisos, Arcalojori, etc., en las que se han recuperado multitud de exvotos y vestigios de actividades culturales y funerarias; montañas como la misma de Ida o el monte de Juktas, situado al sur de Cnosos, que tenía la cima rodeada de un tosco muro con el interior relleno de cenizas, entre las que se hallaron figurillas, exvotos diversos, cerámicas y otros restos procedentes de ceremonias sacrificiales. También las fuentes y manantiales, los bosques, podían ser objeto de culto, o definir ámbitos apropiados para el mismo.

Las diminutas representaciones grabadas en los sellos ofrecen numerosas escenas de contenido religioso e interpretación problemática. La diosa minoica aparece a menudo asociada a los árboles, o a una montaña, o es flanqueada por leones y otras fieras como *Potnia Therón* o señora de los animales, o se muestra vinculada a signos astrales, que aluden a otra dimensión importante de la religión minoica, por identificación de sus seres divinos con los astros, en particular con el Sol y la Luna. Aparece, asimismo, la diosa asociada a construcciones religiosas, a templos que incluyen árboles, cuernos de consagración y otros elementos habituales, y que con frecuencia sugieren que la divinidad podía ser venerada en representaciones anicónicas, esto es, en piedras, columnas o betilos.

Los sellos ilustran también sobre la ritualidad. Sorprenden por su expresividad ciertas escenas en las que uno o más individuos tocan, arrancan o agitan árboles, escenas en las que se adivinan ritos de alto contenido mágico, tal vez de impregnación o apropiación de las fuerzas vitales de aquéllos, o relacionados con el ciclo vital de muerte y resurrección de la naturaleza. En un sello, una figura femenina desnuda, que danza y zarandea un árbol en un ambiente sagrado, parece participar en una ceremonia orgiástica, como las ménades de los cultos dionisíacos.

La fuerza mágica del toro

No faltan en el repertorio de escenas de los sellos los juegos de toro, quizá el rito más popular en la Creta minoica; pudo haberse convertido ya entonces en un juego, aún sin perder su sustancia religiosa, como opinaba el historiador de las religiones Angel Alvarez de Miranda.

Tal como se pinta en el célebre cuadrito de Cnosos, consistía el rito —y el juego— en saltar sobre el lomo del toro, tras afrontar su embestida y apoyarse en los cuernos para caer por detrás de la bestia. El salto, en el que participaban jóvenes de ambos sexos, tiene su origen, seguramente, en ritos mágicos de contacto surgidos a partir de la idea de que era el toro el animal genésico por antonomasia, el más claro depósito de fuerza viril y generadora. Tocarlo y burlarlo podía ser una forma figurada de apropiarse de sus cualificados poderes genéticos y asegurar la vida y la continuidad individual o del grupo.

P. Faure cree, no sé si con acierto, que era un ritual de investidura real, en recuerdo de que Androgeo, Heracles y Teseo debieron domar al toro de Creta para ser reconocidos como hijos de reyes. La idea de la absorción mágica de la fuerza vital del toro me parece más acertada, lo que explicaría, entre otras co-

sas, la proyección funeraria de estos juegos, que podían aplicarse también a garantizar la vida de los difuntos en el más allá. Así se explica la aparición de vasos rituales en forma de toro, con acróbatas sujetos a los cuernos, como parte de los ajuares funerarios. Según Ch. R. Long, en las pinturas del sarcófago de Hagia Triada se representa una escena de ofrenda al muerto, en la que dos individuos le entregan sendos vasos rituales en forma de toros a la carrera, quizá con figurillas humanas en los cuernos, como testimonio material de que en honor suyo se habían celebrado dos juegos rituales para garantizar su supervivencia. En el mismo sarcófago se pintó a un toro listo para el sacrificio funerario.

Ya se ha dicho que el patio de los *palacios* pudo ser el coso principal de estos juegos, lo que enlaza con la hipótesis expuesta más arriba de que no se trataba de palacios, sino de auténticos santuarios. Serían, por tanto, la mejor prueba de que, además del culto en los parajes naturales, la religión minoica tenía ámbitos de celebración privilegiados en el corazón de las ciudades mismas. Había también construcciones templarias de otros tipos, conocidas algunas por testimonios indirectos. Es el caso de un hermoso ritón tallado en piedra hallado en el palacio de Zacro, que reproduce, en relieve y con bastante detalle, un santuario de montaña, con cabras de grandes cuernas como atributo de la divinidad; el templo propiamente dicho, al fondo de un recinto al aire libre donde estaban el altar y otros elementos, se conforma con la característica estructura tripartita, formada por un cuerpo central mayor y más alto y dos laterales de menor tamaño.

Pero volviendo al ámbito de las ciudades, muy cerca de Cnosos y de Arjanes, en el lugar de Anemospilia, se descubrió no hace mucho —en 1979— la ruina de un templo que conmocionó al mundo. Y no por las características del edificio, una modesta construcción rectangular, con tres cámaras precedidas de un pórtico común, en las que se hallaron ofrendas y, al fondo de la cámara central, los pies de barro de una estatua de culto, completada quizá en madera. Lo sorprendente fue el hallazgo de restos de varios seres humanos, dos de ellos un hombre y una mujer, junto a un adolescente, tendido en una especie de mesa, que parecía recién sacrificado con un cuchillo de bronce; sobre ellos y otros dos más se derrumbó el techo, por un seísmo, que sorprendió a todos mientras se hallaban en el curso de lo que, a todas luces, se trataba de una macabra ceremonia de inmolación humana. El derrumbamiento tuvo lugar en el Minoico Medio, hacia la primera mitad del siglo XVII a.C.

El testimonio de Anemospilia manchaba con un enorme borrón la imagen que el mundo moderno se había forjado de la civilización minoica; una imagen dulce, que rozaba lo almibarado, alentada por las pinturas de sus *palacios* y por la idea de un mundo en paz, que parecía haber optado por la flor de lis y por las ciudades abiertas, en contraste con el de aquellos que sujetaron más a gusto la espada y levantaron poderosas murallas. La civilización micénica se ofrecía como un antagónico cercano. Sin duda, la imagen tradicional de la cultura minoica, bastante justificada, se levanta en buena medida sobre la carencia de datos acerca de bastantes cosas. El templo de Anemospilia descubre una faceta nueva, explicable sin embargo en los parámetros de la mentalidad antigua.

En situaciones excepcionales, para calmar la cólera de los dioses, o para remediar grandes males, no era extraño acudir a decisiones drásticas como las adoptadas en el templo en cuestión, en medio del pavor de los temblores de tierra, que habrían de acabar con todos, sacrificado y sacrificadores. Recuérdense, a título de ejemplos, el sacrificio de Isaac de la Biblia, o el de Ifigenia, la hija de Agamenón, forzado para obtener los vientos favorables que permitieran a los griegos navegar hacia Troya.

LA CIVILIZACION MICENICA

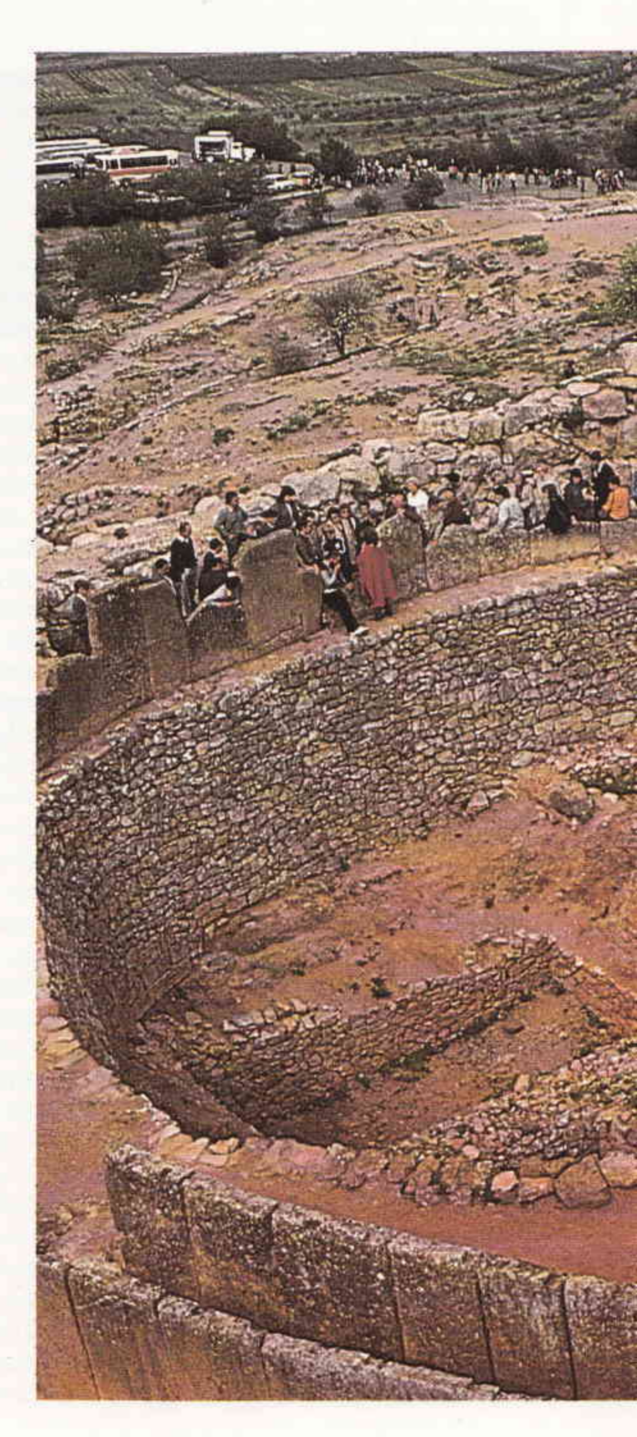
PAUSANIAS, un erudito griego del siglo segundo de nuestra Era, escribió una *Descripción de Grecia (Periégesis tes Hellády)*, un libro valiosísimo que constituye la más antigua guía de monumentos, historias y curiosidades de aquel país. Llegado a Micenas, en su época un conjunto de venerables ruinas, escribe:

Quedan trozos de muralla y la puerta, sobre la que hay unos leones. Todo esto se dice que es obra de los Cíclopes, que también construyeron para Preto la muralla de Tirinto.

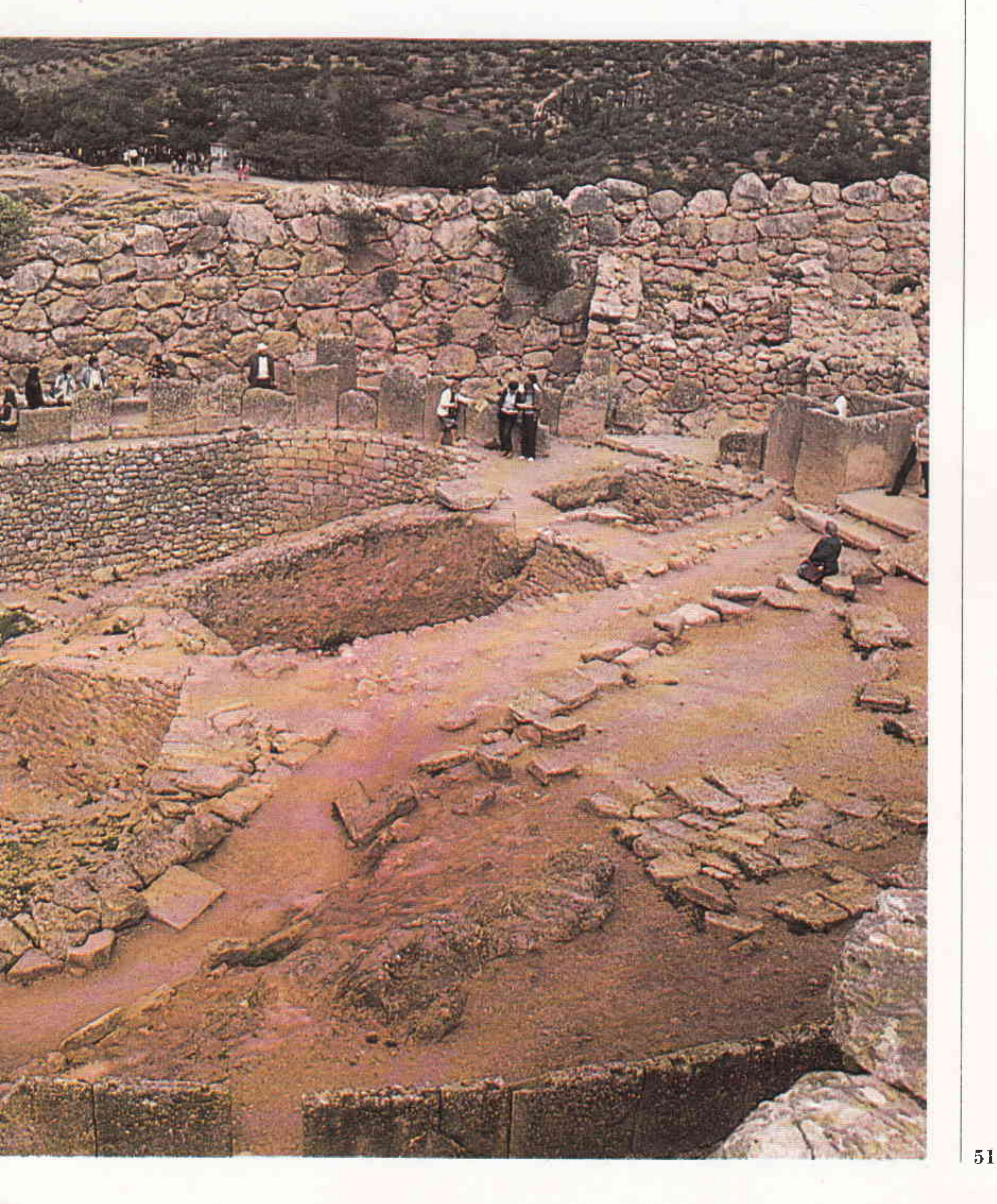
También hay en las ruinas de Micenas una fuente llamada Persea —Perseo era el fundador mítico de la ciudad— *y las construcciones subterráneas de Atreo y otras de los que al regreso de Ilion fueron muertos por Egisto después del banquete... Hay otra de Agamenón, otra de Aurimedón, su auriga, otra de Telédamo y Pélope, hijos gemelos de Casandra, a quienes mató de niños Egisto, junto con sus padres, y de Electra, casada por Orestes con Pílades...*

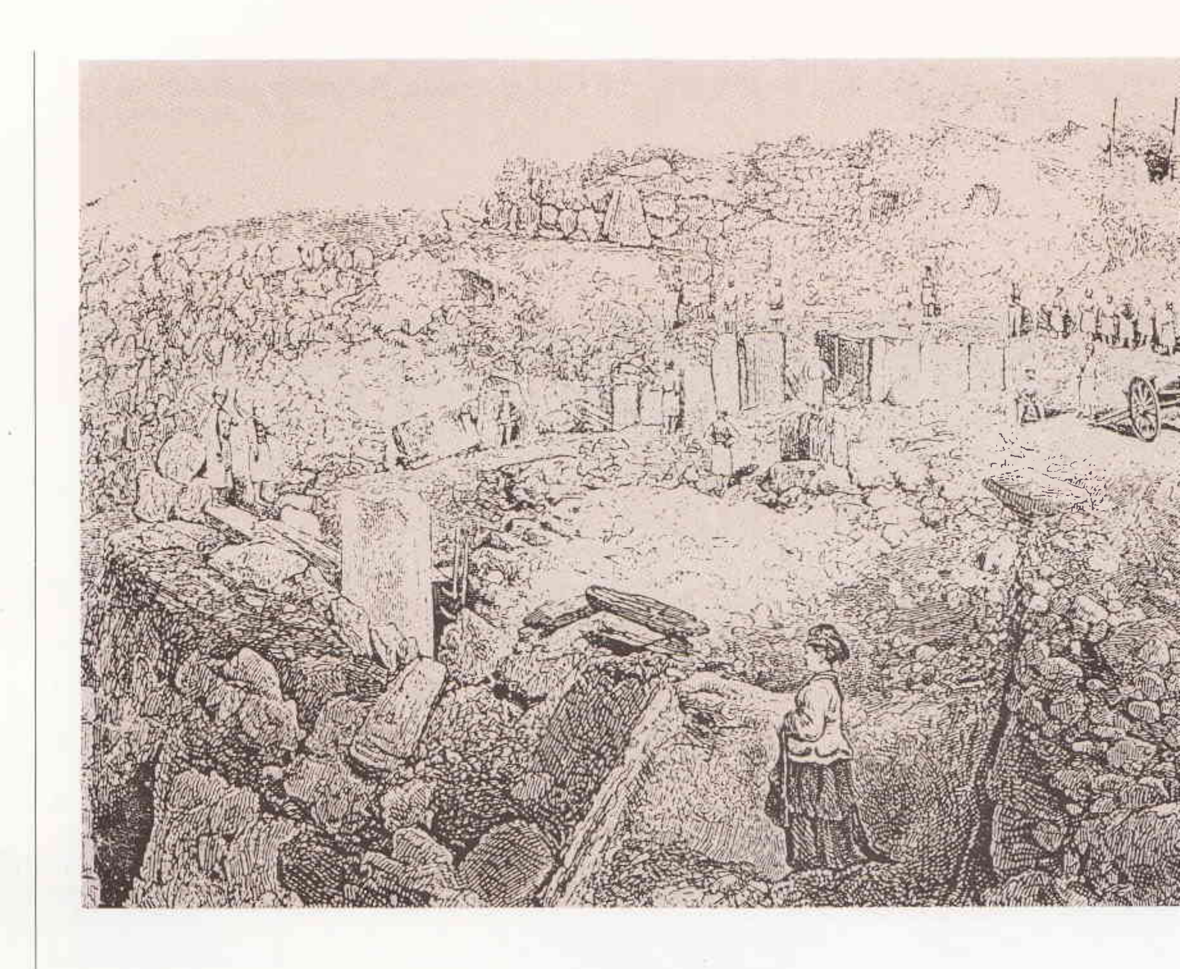
Clitemnestra y Egisto están sepultados un poco apartados de la muralla, pues no se creyó que merecieran serlo dentro, donde yacen Agamenón y los que con él fueron muertos.

Así eran recordados, en su escenario propio, la historia y los protagonistas de uno de los episodios más dramáticos de la leyenda griega: la vuelta de Agamenón, rey de Micenas, de la guerra de Troya, y su muerte a manos de su esposa Clitemnestra en complicidad con Egisto. Un gran filón temático para la literatura y el arte que, tal



Micenas: Estado actual del círculo A *de tumbas, descubierto por Schliemann en el verano de 1876*

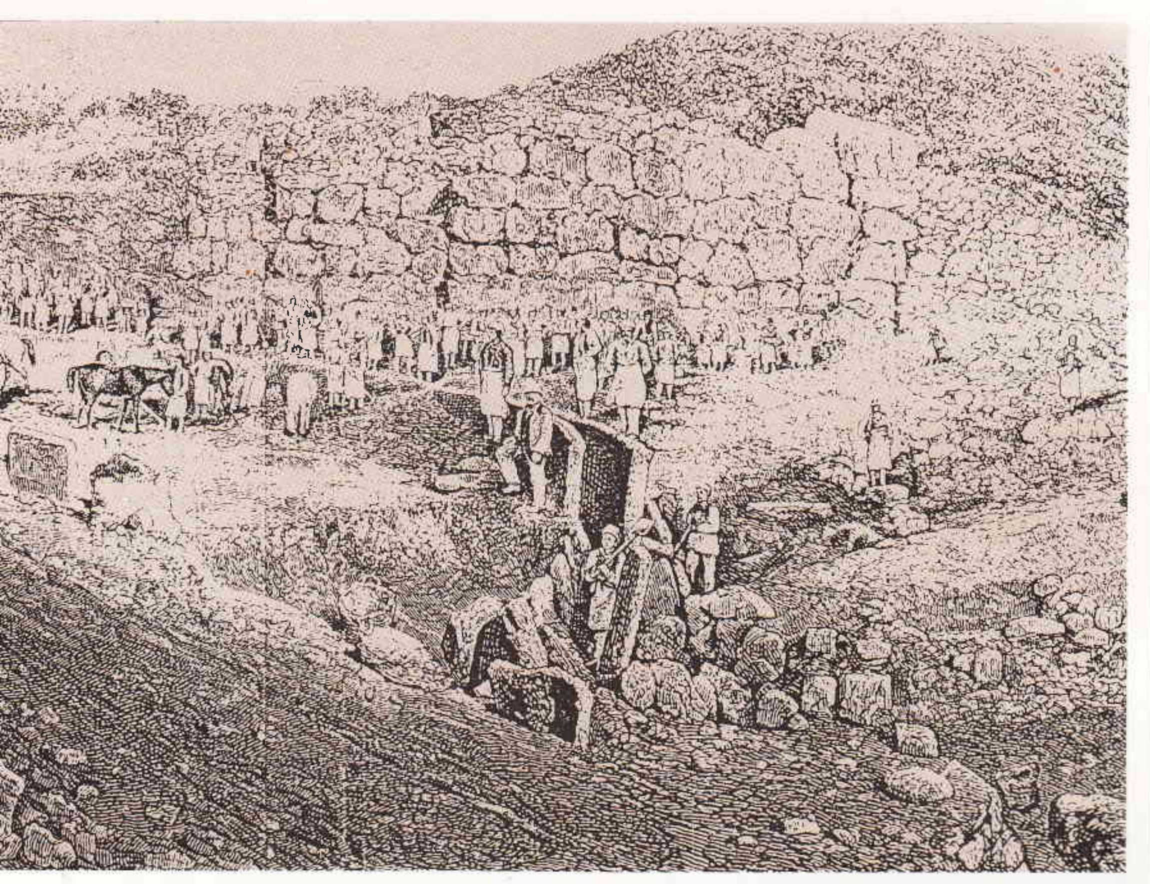




como lo recuerda Pausanias, permitió a H. Schliemann apuntarse uno de los grandes éxitos de su vida. Con su fe habitual en la literalidad de los textos antiguos, Schliemann tuvo por seguro que las tumbas de Agamenón y de sus compañeros debían estar dentro de la ciudadela, y que no eran los magníficos mausoleos de cúpula conservados fuera de las murallas, como todos creían, dando por cierto que no podía seguirse al pie de la letra el texto de Pausanias.

El apasionado investigador alemán puso manos a la obra y empezó a excavar dentro de la muralla, junto a la *Puerta de los Leones*. Corría el verano de 1876. Al cabo de unos días descubrió el recinto circular de tumbas que se conoce como *círculo A* y excavó, para asombro suyo y del mundo entero, cinco de las seis tumbas de fosa allí existentes, con los preciosos ajuares que daban refrendo material al apelativo de *áurea* con que Homero calificaba frecuentemente a Micenas. Dagas de bronce con empuñaduras de oro y ricos damasquinados, vasos de oro y de plata finamente labrados, máscaras de oro que cubrían el rostro de los difuntos, y un sinfín de joyas de gran valor, brotaban de la tierra como certificados de autenticidad de la poderosa corte de Micenas, encabezada por Agamenón, que la fantasía literaria pintaba con tintas que parecían tener, por fin, justa réplica en la realidad.

En la quinta tumba que excavó Schliemann, ayudado siempre por Sofía, su esposa, encontró tres cuerpos de varón, rodeados de las ricas preseas de sus



Dibujo de la época de Schliemann, de las excavaciones en el círculo A

ajuares, y con los rostros cubiertos por máscaras de oro. Los restos orgánicos se deshacían inmediatamente que se removían las máscaras, pero al levantar la tercera, Schliemann pudo ver —según cuenta— las facciones excepcionalmente bien conservadas de un hombre que, por análisis posteriores de los dientes, debió de morir a la edad de unos treinta y cinco años. Emocionado, telegrafió al rey de Grecia: *He contemplado el rostro de Agamenón.*

Un rosario de éxitos

Hoy estamos lejos de aceptar una correlación tan puntual entre literatura y realidad arqueológica, pero no cabe regatear a Schliemann el mérito de haber revelado, con su personal forma de proceder, páginas enteras y fundamentales de la historia verdadera de Grecia y de sus gentes, se hubieran llamado Agamenón o de cualquier otra manera. Su obra demostraba que la epopeya homérica tenía un fondo real, y desde entonces vienen experimentando los historiadores una especie de síndrome de Schliemann, es decir, la inclinación a alumbrar los rincones oscuros de la Grecia micénica con ayuda de los textos homéricos, a sabiendas del peligro que las traspolaciones entrañan. Anida en todos la idea de que es un recurso útil y que, al fin y al cabo, no deja de resultar legítimo con las debidas cautelas.

Pero la obra de Schliemann, que había excavado también en Troya y lo hará después en Tirinto, fue sólo el comienzo. Estimulados por los éxitos obtenidos, los estudios y las exploraciones arqueológicas se multiplicaron. Ya con metodología moderna excavó Carl Blegen la interesante acrópolis micénica de Pilos, patria del legendario Néstor, otro hito importante para los estudios micenológicos con su publicación en los años sesenta. Y ni antes ni después han cesado las excavaciones, hasta dar en nuestros días con un panorama muy vasto de estudios, que constituyen una atractiva especialidad de la arqueología clásica.

Al hilo del incremento de las excavaciones se ha ido enriqueciendo el preciado botín de las tablillas escritas en *lineal B.* Tras el éxito del desciframiento por Ventris, comentado páginas más arriba, quedaba demostrado que no era la micénica una civilización prehelénica, sino plenamente griega. Al meritorio trabajo de los filólogos se debe un nuevo caudal de datos para el conocimiento del mundo micénico, bastante más menguado de lo que todos esperaban, habida cuenta de que se trata, en general, de apuntes repetitivos de la contabilidad oficial, y poco más. Se conocen unas cuatro mil tablillas procedentes de Cnosos, más de mil se hallaron en Pilos, unas cien en Micenas, cerca de cincuenta en Tebas, y una serie de inscripciones sobre vasos han sido recuperadas en diversos lugares, sobre todo de la Grecia central (Eléusis, Orcómenos y otros).

Una legión de filólogos se afana por sacar partido a una documentación de muy limitada calidad: textos breves y fragmentarios, de difícil interpretación, y de temática muy reducida, como se decía. Pese a todo, los resultados pueden ser, a veces, espectaculares, como se constata con los estudios del conjunto más interesante, el hallado en Pilos; las tablillas fueron recogidas aquí cuidadosamente, y un análisis de las mismas, desde muy diferentes puntos de vista, ha proporcionado una información riquísima sobre la ciudad y sobre la cultura micénica en general. Puede comprobarlo el lector, por ejemplo, en los magníficos estudios de John Chadwick, asequibles en bastantes libros de divulgación en castellano.

La formación de la cultura micénica

Tradicionalmente, el armazón del proceso histórico de la cultura griega se consideraba determinado por una serie de emigraciones de *griegos* procedentes del norte, que entraron en la que había de ser su patria en una serie sucesiva de oleadas: los jonios, los eolios, los aqueos, la última la de los dorios, causantes directos de la ruina de la Grecia de los aqueos y del paso de la Edad de Bronce a la Edad de Hierro. Así era, a grandes rasgos, el cuadro que se había logrado bosquejar a partir de las fuentes literarias antiguas y del estudio de los dialectos griegos y su distribución geográfica, que constituían el más firme apoyo a esta visión antigua de la historia griega. Los estudios arqueológicos, filológicos e históricos de los tiempos recientes han dado por resultado un panorama nuevo, bastante firme en algunos aspectos, aunque el crecimiento extraordinario y rapidísimo de la información lleva también consigo el planteamiento de múltiples problemas, muchos de ellos a la espera de solución satisfactoria.

La exploración arqueológica, con el establecimiento de secuencias detalladas de la cultura material, ha proporcionado el esqueleto del nuevo cuerpo histórico, el punto de partida para cualquier elaboración teórica de fundamento. Una primera conclusión a considerar es que la cultura griega se forja en Grecia, verdad casi de Perogrullo que la visión tradicional sustituía por las sucesivas penetraciones de griegos con su acervo cultural prácticamente formado. No quiere ello decir que no hubiera oleadas de pueblos, pues las hubo, pero fue una apor-


GRECIA MICENICA (SIGLOS XV-XIII a.C.)
IMBROS
LEMNOS
Troya
CORCIRA (CORFU)
EPIRO
TESALIA
Petra
Iolco
Fera
MAR
LESBOS
Pteleon
ESCIROS
ETOLIA
EUBEA
Agios Ilias
Crisa
Orcomeno
Calcis
Lefcandi
Gla
Medeon
Tebas
QUIOS
Teichos Dymaion
ACAYA
BEOCIA
Tanagra
EGEO
Maratón
Eleusis
Atenas
Corinto
Perdicaria
Micenas
Olimpia
Dendra
Colona
Torico
ZACINTO (ZANTE)
Argos
Tirinto
ARCADIA
Asine
Lerna
ISLAS
Malthi
MESENIA
Pylos
NAXOS
Vafio
Cocunara
LACONIA
CICLADAS
Epidauro
MAR
MELOS
THERA
CITERA
Castri
MAR
DE CRETA
Principales palacios
Otros centros fortificados
Otros asentamientos
Expansión de los aqueos
Primer asentamiento de los aqueos
Primer asentamiento de los jonios
Expansión de aqueos y jonios
Heteocreteneses
CRETA
Cnosos
Palaicastro
Festos
MEDITERRANEO
G. LLORENTE

tación de gentes, lógicamente con su lengua, que desarrollaron en el suelo griego una nueva cultura, fruto de la amalgama de viejas tradiciones prehistóricas, de los contenidos que ellos mismos aportaron, y de las novedades que trajo consigo la apertura a las potentes culturas bullentes en el Egeo, con Creta como referencia principal. Pero veamos todo ello con los pasos debidos.

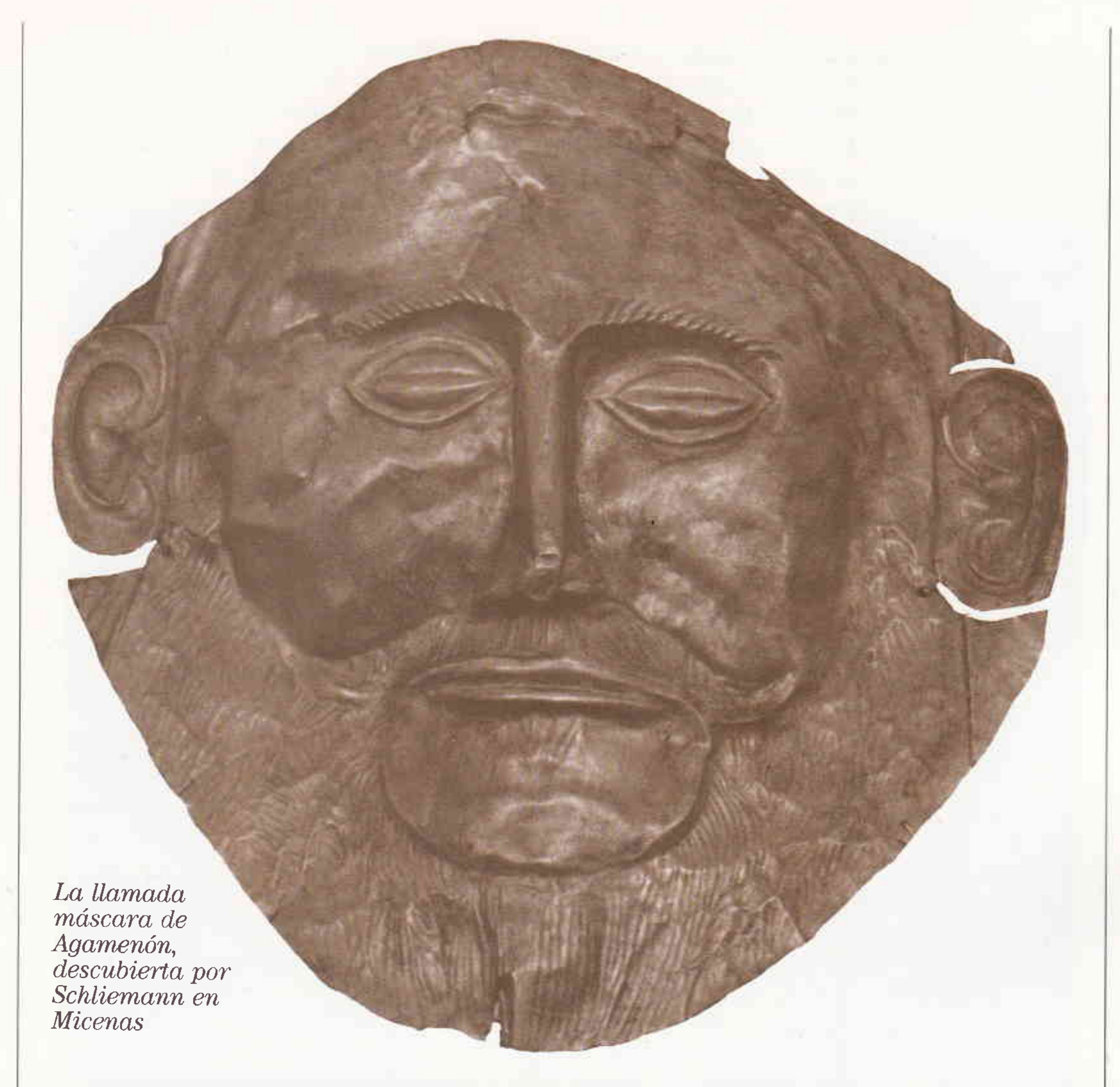
Del Heládico Antiguo al Heládico Medio

Para enlazar con lo que se decía en la introducción, en la Grecia continental se desarrollaron ricas facies del Bronce Antiguo, o Heládico Antiguo —tercer milenio en términos generales— como continuación del activo Neolítico anterior. Se acentúan las comunicaciones con el exterior, y no sorprenderá que la diversidad geográfica del mundo griego, vinculadas unas zonas al corazón de la Europa continental, abiertas otras al mar, tuviera por resultado una notable diversidad cultural. No obstante, los contactos son generalizados, con la Tróade y el conjunto de Asia Menor, con las culturas balcánicas, con el ámbito mediterráneo.

Uno de los ejemplos más destacados de la riqueza que algunas zonas alcanzaron lo proporcionan las excavaciones de Lerna. Se ha descubierto aquí un importante asentamiento del Heládico Antiguo, protegido por una fuerte muralla con torres de frente curvo; en el interior había un gran edificio, como un palacio de planta rectangular (25 × 12 m.), con varias piezas y dos pisos; recibió el nombre de *casa de las tejas* por las que se emplearon para la cubierta. Fue completamente destruido hacia el 2100 a.C. Asentamientos importantes, algunos fortificados, se han hallado también en Eutrosis en Beocia, Egina y otros lugares.

Las últimas fases del Heládico Antiguo y el Heládico Medio definen una etapa de recesión, un período oscuro y difícil, pero fundamental para conocer los pasos que precedieron y condujeron a la formación de la cultura micénica. Arqueológicamente se caracteriza por una fase inicial de destrucciones y abandonos de antiguos asentamientos, la documentación de costumbres funerarias distintas y la aparición de utillaje, cerámicas y animales domésticos nuevos. Todos estos fenómenos se asocian a una penetración de pueblos del norte, indoeuropeos, que serían los antecesores, desde el punto de vista étnico, de los griegos históricos. Pudieron penetrar en dos oleadas durante las fases finales del Heládico Antiguo, aproximadamente entre el 2200 y el 2000 a.C.

Se entra así en el oscuro Heládico Medio (2000-1550 a.C.), que ofrece en síntesis los rasgos culturales siguientes. Se vive en poblados, en ocasiones tan grandes que merecerían el nombre de ciudades, pero no parecen tener el grado de organización propio de aquéllas. No son habituales las fortificaciones, y grandes muros, que parecen de carácter defensivo en algunos casos, deben de ser más bien obras de aterrazamiento. En las casas, construidas modestamente —zócalo de piedras, paredes de adobes y estructura de madera—, se configura como centro principal una estancia rectangular que perpetúa la tradición del *mégaron.* Son normales los enterramientos en los poblados mismos, bajo las casas o alrededor de ellas, aunque se constata la tendencia a desplazar las necrópolis fuera de los poblados, como se hace evidente en las fases últimas. Las tumbas suelen consistir en simples fosas en el suelo, o se trata de cistas realizadas con piedras, adobes o talladas en la roca; los niños eran depositados en recipientes de cerámica. Se sigue el rito de la inhumación, y se coloca el cadáver en posición encogida por lo general, o en otras sin mayor significación aparente. Algunas tumbas, pocas, ofrecen un modesto ajuar: cuchillos, cerámica, una que otra joya, huesos de animales. Se conocen también enterramientos bajo túmulo, par-



La llamada máscara de Agamenón, descubierta por Schliemann en Micenas

ticularmente en el occidente griego, en Mesenia, concentrados sobre todo en torno a Pilos. Antes de acabar el Heládico Medio aparecen en Mesenia los primeros *tholoi*, o tumbas de cámara circular.

Evolución de la cerámica

Este es el cuadro de conjunto de la cultura material de esta época —tal como lo propone el investigador O. T. P. K. Dickinson—, que tiene en las cerámicas, según es habitual, un punto de referencia principal para extraer conclusiones más detalladas. La nueva alfarería del Heládico Medio se conoce como cerámica *miniana*, fabricada con pasta gris o amarilla; no tiene precedentes en Grecia en las etapas anteriores, convive con otros tipos menos significativos, aunque interesantes también, y se asocia con seguridad a la mencionada penetración de indoeuropeos, con la que empieza a manifestarse en las fases finales del Heládico Antiguo. La evolución de la cerámica *miniana* se ha podido establecer a partir de numerosas secuencias estratigráficas, entre las que destaca la reciente y muy completa obtenida en Lefkandi, en la isla de Eubea.

Pueden delimitarse hasta cinco etapas en la evolución formal y estilística de la alfarería *miniana*. La primera, *protominiana*, aún en el Heládico Antiguo, evoluciona hasta presentar al final vasos modelados a torno; le siguen la cerámica *miniana antigua*, de más calidad y variedad formal, y la *miniana decorada*, con la que aparecen ya vasos amarillos junto a la producción habitual en barros grises. Estas dos últimas variedades duran poco tiempo y les sigue la *miniana madura* que, por el contrario, cubre un amplio período del Heládico Medio; presenta formas muy evolucionadas, entre ellas un típico *kántharos* —especie de copa con dos amplias asas— y, como forma más característica, una copa de dos asas pequeñas y pie alto dividido en anillos. Esta copa aparece en todos los yacimientos del área central —Argólida, región de Corinto, Atica, Beocia, Eubea—, fue imitada fuera —en la Calcídica, las Cícladas o Troya—, y determinará uno de los tipos más representativos de la cerámica micénica posterior. El progresivo enriquecimiento cultural y de los contactos con el exterior se comprueban también en la cerámica pintada que convive con la miniana, con motivos curvilíneos de inspiración egea. Es precisamente el incremento en la intensidad de estas relaciones, con Creta y las Cícladas, lo que caracteriza la etapa última de la cerámica miniana. Entre los temas decorativos se prodigan ya las espirales, las plantas, los pájaros y demás motivos del repertorio egeo-cretense.

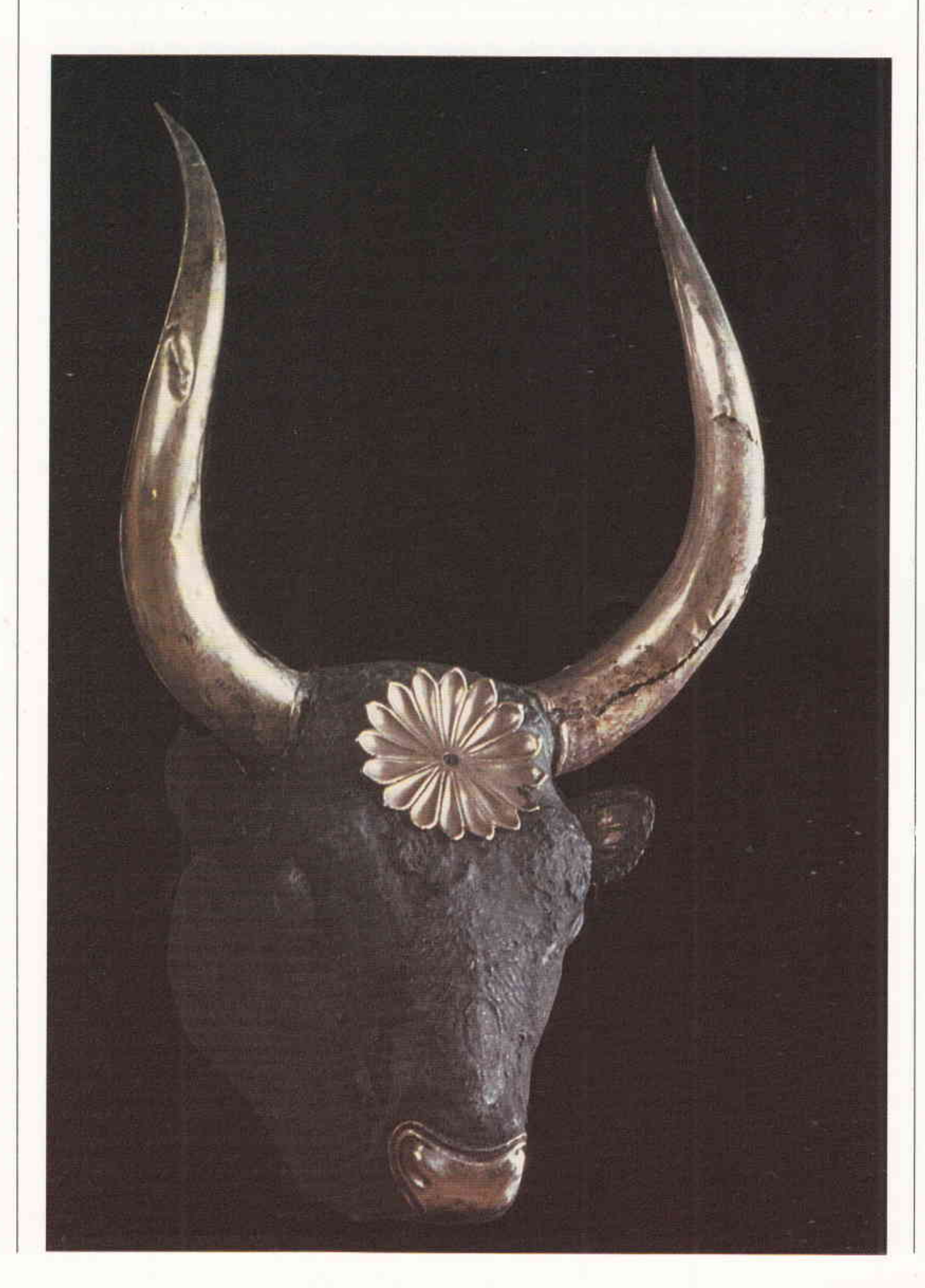
La evolución de la cerámica miniana, en suma, es un buen exponente del proceso seguido por la cultura del Heládico Medio. La penetración indoeuropea origina una etapa de crisis, decadencia y aislamiento, con ruptura de los contactos con el ámbito egeo, que vive entonces, sobre todo en Creta, una etapa de gran florecimiento: la de los Primeros Palacios, en el Minoico Medio. La sociedad griega, inicialmente cerrada y culturalmente pobre, irá abriéndose a las influencias egeas conforme avanza el Heládico Medio. La decidida apertura a las influencias minoicas, acompañada de una rápida elevación del nivel económico y cultural, caracterizan la etapa final del Heládico Medio y sientan las bases de la cultura micénica. Es un proceso de gran interés y espectacularidad que tiene su mejor —y casi único— reflejo en los círculos de tumbas de Micenas.

Los círculos de tumbas de Micenas

Schliemann había excavado cinco de las tumbas del *círculo A*, según vimos hace poco, y una sexta y última excavó poco después el griego Stamatākis, antes inspector de los trabajos del alemán y paciente directo de sus expeditivos procedimientos. Había, pues, en el círculo seis tumbas, muy juntas, con varios enterramientos cada una, que totalizan unos veinte. Todos eran inhumaciones, con el rasgo común de que los difuntos quedaban depositados con la cabeza hacia el este y los pies al oeste. Por los ajuares se consideraron tumbas de hombres la II, la IV, la V y la VI, y de mujeres y niños la I y la III, lo que corroboró el estudio de los huesos recuperados. Las tumbas eran fosas de considerable tamaño, tapadas y señaladas al exterior por estelas de piedra con relieves muy toscos: representaciones figuradas, con escenas de carro (rituales, de caza o de guerra) y otros asuntos, y geometrismos decorativos de inspiración minoica.

Los ajuares eran de extraordinaria riqueza, más que por su valor material, que es mucho, por su calidad y significación cultural. Lo más evidente en ellos es el impacto de la cultura minoica, hasta el punto de que hay que pensar en que se trataba en su mayoría de productos importados de Creta, o realizados por artesanos venidos de la isla. Sea como fuere, puede tenerse la certeza de que el arte minoico se ponía al servicio de unos demandantes con gustos y exi-

Ryton de plata y oro de la tumba IV
del círculo A *de Micenas*
(Museo Nacional de Atenas)



gencias nuevos: es evidente la afición por las armas y por los temas de caza y de guerra, expresión de una aristocracia de corte guerrero que de muchas formas se hará sentir en la cultura micénica, y que encuentra un vívido retrato literario en los poemas de Homero. Con ello se apunta a uno de los rasgos distintivos de la sociedad micénica, por contraste con el aire pacífico de la minoica.

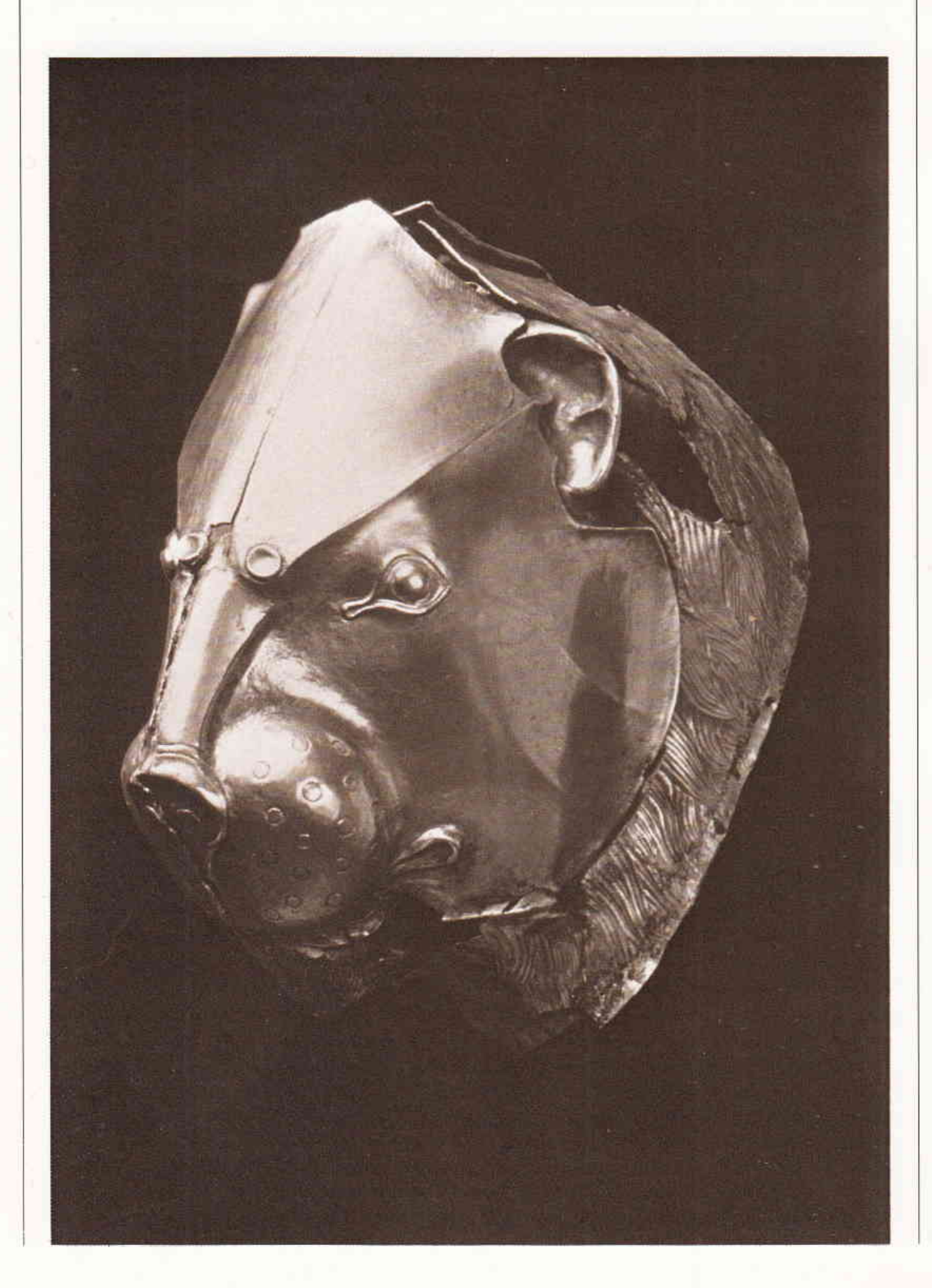
Recordemos, a título de ejemplo, el ajuar de la tumba más rica, la IV, que incluye puntas de obsidiana primorosamente talladas, multitud de joyas y adornos de oro, vasos de alabastro y de metales preciosos, máscaras de oro y armas de lujo con damasquinados. Entre los vasos de materiales nobles figura un magnífico ritón de plata en forma de cabeza de toro, con cuernos de oro y una roseta de lo mismo en el testuz; o una peculiar copa de oro, con pájaros sobre las asas, que se unen al pie con unos soportes, en la que Schliemann creyó reconocer la copa de Néstor, tan pesada —cuenta la *Iliada*— que sólo él podía levantarla sin dificultad *(tenía cuatro asas, cada una con un doble pie y, en lo alto, una frente a otra, dos palomas comiendo)*. Otro vaso de oro reproduce una cabeza de león, con estilizaciones y formas aristadas y geométricas en las que se percibe la tendencia a la abstracción tan del gusto indoeuropeo. Una de las dagas, en fin, muestra en el grueso nervio de la hoja una cacería de leones en damasquinado de plata y oro. Los cazadores, con la estilizada anatomía propia del arte minoico, llevan escudos de piel, rectangulares o en forma de ocho, grandes como el que el hábil Tiquio fabricó a Ayax para la guerra de Troya: *inmenso como una torre, hecho de bronce y guarnecido de siete pieles de buey.* Un enorme león se enfrenta a los cazadores y ha derribado a uno, mientras otros cuatro —tres con escudo y lanzas, y un arquero— preparan el golpe; dos leones corren hacia la punta de la daga al *galope minoico,* con las patas estiradas.

Descifrando los círculos de tumbas micénicos

Por el estudio de los ajuares, las tumbas del *círculo A* corresponden al Heládico Medio final y a los comienzos del Heládico Reciente, aproximadamente entre los años 1600 y 1500 a.C. El círculo fue mucho después respetado en el interior de la gran fortificación con que se dotó la acrópolis de Micenas en el siglo XIII a.C. (Heládico Reciente III B), y convertido en un recinto sagrado; entonces se construyó el muro de ortostatos pétreos que lo circunda, de 26 metros de diámetro, y se repusieron algunas estelas, que debían de estar bastante dañadas por entonces. Originariamente hubo de tener un muro circular, pero no quedan trazas de él.

La interpretación del *círculo A* se ha visto facilitada por el hallazgo de otro círculo de tumbas fuera de la acrópolis amurallada de la ciudad; quedó éste parcialmente destruido por el gran mausoleo de cúpula conocido como *Tumba de Clitemnestra,* construido en fecha posterior, en el siglo XIV a.C. Se descubrió precisamente cuando se procedía a restaurar la tumba cupuliforme, y fue excavado por Mylonas y Papadimitriou en 1951. Es el llamado *círculo B,* semejante al *A,* pero con otras características. Es mucho más pobre y contiene 26 tumbas, más pequeñas, y sin orientación definida en las inhumaciones; diez de ellas son enterramientos individuales en fosas o cistas; sólo cuatro tenían estelas. Las más ricas de este círculo pueden equipararse a las más pobres del *A.* En la Υ —y digamos de paso que las tumbas del *círculo B* se distinguen con las letras del alfabeto griego— se halló una máscara de oro como las del *círculo A,* y no faltan otras muestras de objetos de valor, como un hermoso vaso de cristal de roca en forma de pato hallado en la tumba *O.* Los materiales de este nuevo círculo son.

Ryton de oro en forma de cabeza de león procedente de Micenas (Museo Nacional de Atenas)



en general, más antiguos que los del *A*, aunque ambos debieron de usarse simultáneamente durante algún tiempo. Convencionalmente se fecha el *B* entre el 1650 y el 1550 a.C. y el *A*, como se dijo, entre 1600 y 1500 a.C. Cubren, por tanto, un siglo y medio de historia, aunque parece que en conjunto debieron de durar algo menos de tiempo.

¿Qué puede deducirse de los círculos de tumbas? El azar, que ha hecho que el tiempo haya respetado unas cosas y no otras, ha deparado en este caso la fortuna de conservar los círculos y su contenido arqueológico, testimonios muy expresivos de un período crucial para la formación de la cultura micénica; con su alta significación cultural suplen las carencias de un período en el que escasean los testimonios de otra índole, por ejemplo los arquitectónicos.

Aunque se ha pensado que los círculos pudieron haber correspondido a dos ramas de una misma familia real, su escalonamiento temporal y sus características permiten barruntar, más bien, un proceso de jerarquización social que condujo a la consolidación de una poderosa aristocracia de pocos individuos. Quizá el *círculo B* fuera el recinto funerario destinado a antiguos dirigentes micénicos, de los que se desgajó un grupo menor que se hizo con el poder supremo, y a cuyos componentes se destinaron las sepulturas del *círculo A*. La memoria de ellos se respetó después religiosamente, y si recordamos la costumbre helénica de venerar a los fundadores de las ciudades, parece como si los micénicos hubieran querido honrar en el interior de la acrópolis a quienes tenían por sus antiguos fundadores. Los del *círculo B*, en cambio, cayeron en el olvido: bastantes tumbas fueron removidas, y el espacio circular fue utilizado para trabajar las piedras destinadas a la *Tumba de Clitemnestra*.

Una élite poderosa

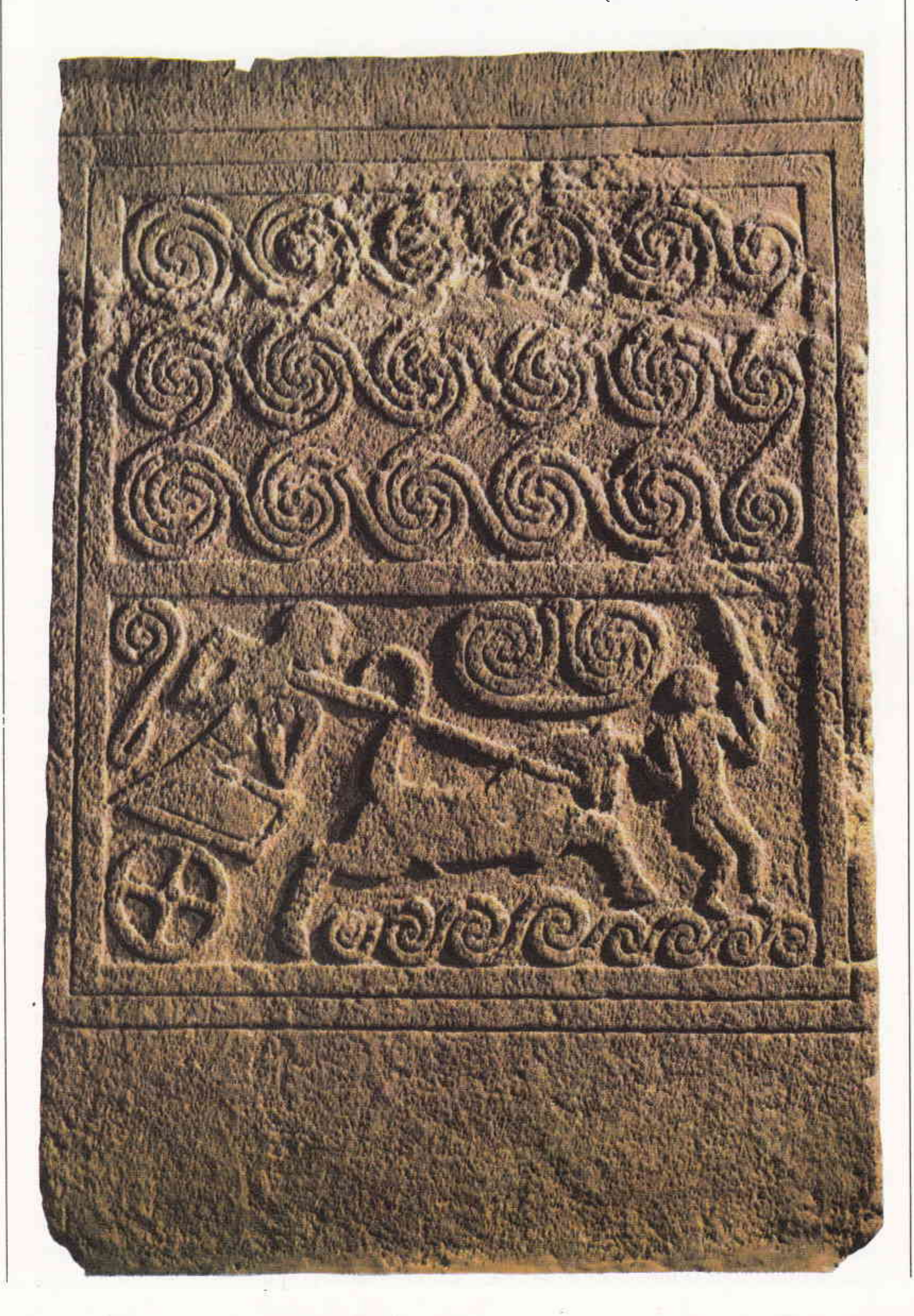
No puede deducirse por el *círculo A* la existencia de una verdadera monarquía como sugiere la tradición posterior. Todo lo más una aristocracia, quizá cercana a la estructura piramidal, que se deduce de las menciones de las tablillas, en las que se habla de un *wanax* como cúspide de otros altos cargos *(lawagetas, telestai)*, lo que será propio de la etapa posterior. No cabe duda, en cambio, de que los círculos revelan una élite poderosa y enriquecida por razones que han sido, también, ampliamente debatidas. S. Marinatos vio, por ejemplo, en las tumbas del *círculo A* un rápido enriquecimiento como resultado de una presunta colaboración de los micénicos con los egipcios en sus luchas contra los hicsos.

Los aqueos, con sus pesadas armas y sus carros de guerra, pudieron prestarse como mercenarios y obtener en pago a sus servicios el preciado oro, que abundaba en el país del Nilo *como el polvo bajo los pies*. El paso por Egipto habría influido además en sus costumbres funerarias: los cuerpos parecían envueltos como momias y sus máscaras serían una réplica de los retratos reales o intencionales que los egipcios colocaban sobre los difuntos momificados para garantizar la vida en el más allá.

La hipótesis de Marinatos plantea bastantes problemas. Parece difícil que los micénicos tuvieran capacidad y tropas suficientes como para ayudar a Egipto, y las costumbres funerarias practicadas en los círculos no tienen la dependencia de las egipcias que se ha apuntado. Por otra parte, es un argumento decisivo en contra el hecho de que los círculos no revelan un enriquecimiento súbito, sino el resultado de un proceso largo, que afectó a varias generaciones durante más de un siglo.

Es preferible pensar, por tanto, en una coyuntura propicia que lleva a un pro-

Estela funeraria correspondiente a la tumba V del círculo A *de Micenas (Museo Nacional de Atenas)*



greso bastante rápido, pero en modo alguno instantáneo. Esa coyuntura pudo estar en el crecimiento de la demanda de materias primas por parte de los minoicos, que vivían su época de máximo florecimiento, la de los Segundos Palacios. Además, el mercado de metales del este, donde los cretenses se abastecían, pudo enrarecerse por una combinación de circunstancias adversas: expansión de hurritas y casitas en Mesopotamia, invasión de los hicsos en Egipto, etcétera. En esas circunstancias, los micénicos pudieron ofertar con ventaja los metales de los territorios que controlaban, como el cobre del Epiro y de Tesalia, o incluso aportar otros que no tenían, como el imprescindible estaño, trayéndolos de países del interior, incluidas las lejanas tierras del occidente europeo.

El hecho es que la sociedad micénica se aparta de su aislamiento anterior y se vuelca hacia el Egeo en busca de mercados, dejándose impregnar profundamente por la superior cultura de los cretenses. Ese fue el camino de un acelerado progreso cultural, beneficiario de un acercamiento a la civilización minoica que se haría aún más intenso en la etapa histórica correspondiente al Heládico Reciente, que por ser el del máximo apogeo de la civilización de Micenas se conoce también como período micénico por excelencia. En él llegarán a su cima las tendencias que caracterizan el período de los círculos, y que conducirán a la civilización micénica a enseñorearse en el mundo egeo y a influir en un amplio círculo del ámbito mediterráneo.

El esplendor de Micenas

Con el vigor que se comprueba en los círculos de tumbas de Micenas, se entra en el Heládico Reciente, o período micénico, en el que la civilización griega preclásica alcanza su fase de mayor esplendor. Fue la etapa heroizada y magnificada luego por Homero, que la recuerda como un tiempo en el que los hombres compartían sus empresas, y sus glorias y sus fracasos, con los dioses mismos; todo había sido entonces descomunal y asombroso, como lo fueron los hombres de bronce de los que habla Hesíodo: *Eran terribles; una gran fuerza y unas manos invencibles nacían de sus hombros sobre robustos miembros.* ¿Quién, como Pausanias, al contemplar los muros de la ciudadela de Micenas, y aún más los de Tirinto, no se resiste a pensar que sean obra humana y no los atribuye a los gigantescos Cíclopes? Fue, claro es, una obra humana, pero en ello, como en la construcción de toda su civilización, pusieron a contribución los micénicos un genio poco común, merecedor sin duda del halago que su mitificación entraña, y del prestigio que la historia les otorga.

Apenas hace falta subrayar que el paso a la nueva etapa no guarda relación alguna con migraciones de pueblos ni trastornos especiales sobre la base racial conformada por la antigua población prehistórica, con el importante aporte de los pueblos indoeuropeos llegados a fines del Heládico Antiguo. Acabamos de analizar cómo lo esencial es un fenómeno cultural, un salto hacia adelante propiciado por una favorable coyuntura económica, con Creta como fuente principal de inspiración y de recursos para el progreso que se ambicionaba. Se fue caminando hacia una sociedad cada vez más y mejor vertebrada, en la que cobra especial protagonismo una fuerte ciudadanía militar, responsable directa del tono marcial que caracteriza a la civilización micénica.

La más evidente muestra de madurez cultural la constituye la aparición de los sistemas de organización social, económica y política de nivel superior que convergen en lo que entendemos por ciudades. Superado el escalón de los simples poblados, suponen ahora las ciudades micénicas, con rasgos cercanos a los

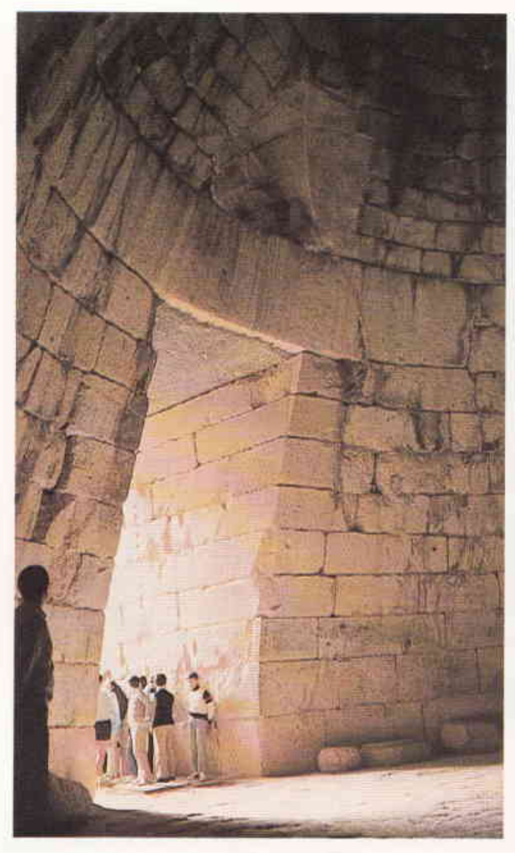


Detalle de los muros de Tirinto

de la posterior *polis* griega, formas de Estado que aglutinan territorios relativamente amplios, presididos o controlados por un núcleo principal, donde está la sede del poder. La preeminencia de este núcleo sobre su territorio, y sobre los otros centros de habitación que en él pudieran existir, tiene su mejor expresión en la posesión de acrópolis amuralladas, protección de la residencia del soberano y expresión directa de su poder.

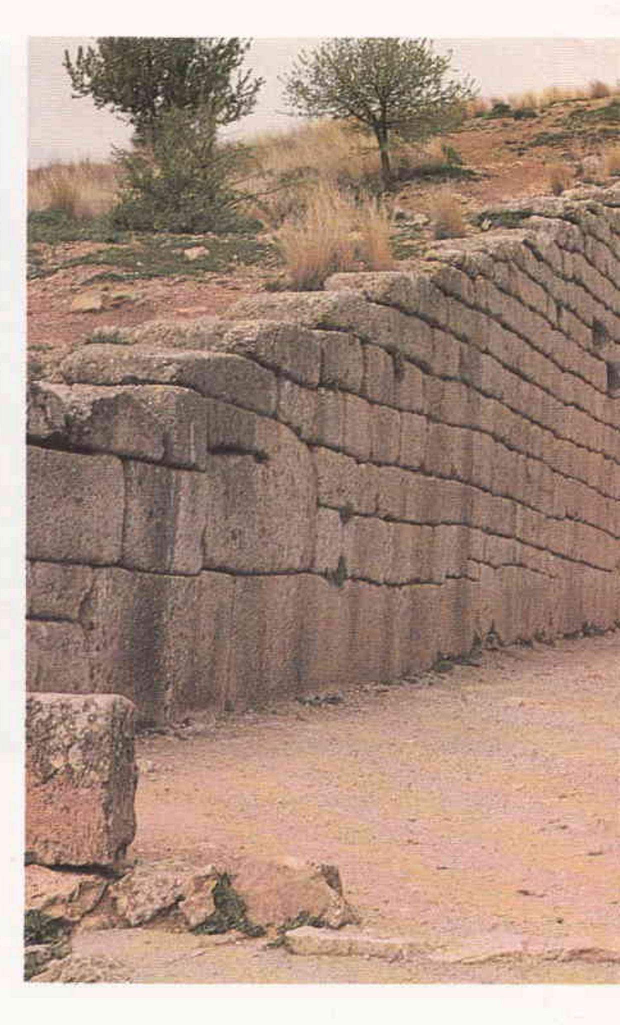
Los restos de estas construcciones, visibles siempre algunos de ellos, puestos otros a la luz en excavaciones modernas, van definiendo, junto con vestigios de otras clases, la zona de principal implantación de la civilización micénica. El sector más activo viene a coincidir con las áreas centrales de la cerámica miniana. Puede determinarse por un círculo con centro en los focos principales de la Argólida —Micenas, Tirinto, Argos y otros—, que englobará el conjunto del Peloponeso (con regiones destacadas como Corintia, Mesenia y Laconia), Atica, Beocia, Fócida y la isla de Eubea. Tesalia, Etolia, Macedonia, formarán parte, en el continente, de una periferia inmediata, que se iría incorporando a la civilización micénica conforme se ampliaba su radio de acción cultural, económico y político. En esto sería fundamental su proyección a las islas del Egeo, incluida Creta, a las costas de Asia Menor, y a un vasto sector del Mediterráneo, desde la costa siropalestina al sur de Italia y Sicilia, con Chipre como uno de los lugares principales de la presencia de la cultura micénica.

Al hacer este breve recorrido por el escenario geográfico en el que se desenvolvió la civilización micénica, parece que estuviéramos releyendo el canto segundo de la *Iliada*, en el que Homero enumera las naves y los pueblos que se dirigían a combatir a Troya, cada uno con su rey, y todos liderados por Aga-





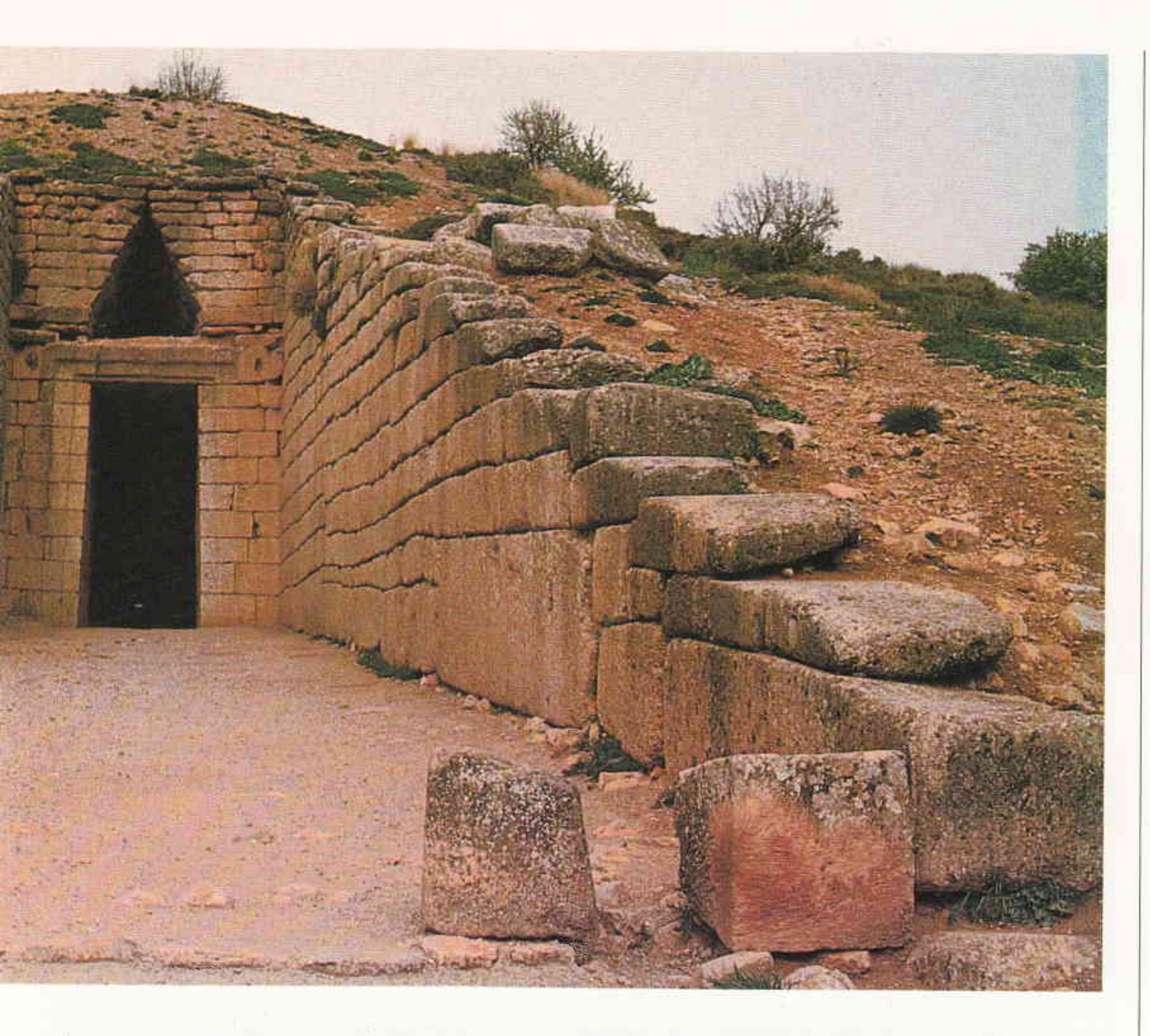
Entrada y detalle del interior del Tesoro de Atreo



menón de Micenas, *rey de hombres*. Aprestaban sus barcos y sus armas, enardecidos por la diosa Atenea, guerreros llegados de Beocia, de Fócida, de Lócrida, de Eubea, del Atica, de la Argólida, de Laconia, de Mesenia, de la Arcadia, de la Elida, de Creta, de Rodas... En todos estos lugares, unificados en la literatura en el afán común de sus gentes por derribar los muros de Troya, aparecen testimonios de la presencia de la cultura micénica, impulsora de la primera gran *koiné* o unificación cultural del Mediterráneo centro-oriental.

Los alfareros de Micenas

Para el seguimiento de la irradiación de la cultura micénica vuelve a ser la cerámica un auxiliar imprescindible en los estudios arqueológicos. En ella se reconocen, también, indicios muy apreciables acerca de las raíces de la cultura micénica, de su evolución y del origen de las novedades que la enriquecieron. En los cambios cerámicos con que comienza el Heládico Reciente, o Micénico, vuelve a presentarse el nordeste del Peloponeso como el núcleo de vanguardia. Se elabora aquí una cerámica, bastante uniforme, caracterizada, en principio, por el abandono de los tipos del Heládico Medio, salvo ciertas formas que perviven o se adaptaban a las nuevas modas. Es, en general, una cerámica de fondo lus-



troso, amarillo las más de las veces, decorada con motivos en color más oscuro, del negro al rojo; en ella se hace patente la impronta de la alfarería minoica. Entre las formas más características figuran la copa *tipo Vafio* (troncocónica y de un asa), una copa semiglobular, o una jarra de perfil rechoncho.

Según avanzaban los tiempos, la producción cerámica se va haciendo masiva y más estandarizada, lo que puede advertirse tanto en la repetición de las formas fundamentales como en la simplificación y reducción de los motivos decorativos (espirales, dobles hachas, bandas de hojas...). Los vasos de los principales centros del continente revelan una fuerte influencia de la cerámica minoica de los estilos floral y marino, cuyos temas son sometidos a la estilización característica del gusto micénico, como se veía en el *estilo de palacio* en Creta.

Son tendencias que se ratifican en las fases avanzadas y más ricas de la civilización micénica. Con una decoración basada en la estilización de los motivos minoicos, los alfares micénicos cuecen repetidamente, por entonces, cráteras y cuencos, jarros de pico vertedor, o unas airosas copas de pie alto que resultan de una adaptación de la vieja copa miniana; por el contrario, la popular jarra de estribo, repartida por todo el mundo micénico, se desarrolló a partir de una forma inventada en Creta. Es de señalar también la aparición de un estilo decorativo pictórico, con el que los modestos artesanos vasculares parecían querer imitar la pintura mayor de las decoraciones parietales; a este estilo corres-

ponden, por ejemplo, cráteras con animales, escenas de carro y otras representaciones, de las que se han hallado estupendos ejemplares en la isla de Chipre.

Las tumbas principescas

Volvamos, sin embargo, a las manifestaciones culturales de primer rango. Una de ellas la constituyen los mausoleos en forma de *tholos* —de cámara circular cubierta con falsa cúpula—, que sucedieron en Micenas a los *círculos B y A* como tumbas de los dinastas reales. El rápido ascenso de la jerarquización social micénica no podía tener mejor expresión que estas colosales construcciones, en las que individuos a los que cabe considerar reyes, dejaron constancia de un poder extraordinario: para exigir el trabajo de muchos en una faena no productiva, para organizar una sociedad capaz de obtener enormes excedentes y poder dedicarlos a sustentar a la ingente mano de obra que los mausoleos requerían, para disponer de los mejores arquitectos de la época o traerlos de donde fuera...

Pero mejor que con el más argumentado discurso, el significado de los grandes *tholoi* se comprende con sólo entrar en el *Tesoro de Atreo,* como se conoce tradicionalmente al más monumental de los que se hallan en Micenas. En la excelencia de su arquitectura se respira el hálito de una autoridad suprema, indiscutible.

Con el examen de las características del *Tesoro de Atreo* se pone de relieve el nivel que podían alcanzar estos mausoleos principescos. Cubierto por una colina artificial, se accede a la cámara por un *dromos* o corredor a cielo abierto, de 36 metros de largo y 6 de ancho, que tiene al fondo una puerta, en fachada monumental, con un vano de 5,4 metros de altura; le sirve de dintel un solo bloque, gigantesco (se calcula un peso de 120 toneladas), protegido sin embargo de las presiones verticales mediante un triángulo de descarga. Franqueada la entrada se penetra en la sorprendente cámara circular, de 14,50 metros de diámetro, cerrada en forma de cúpula realizada por el sistema de aproximación de hiladas; es lo que suele denominarse como *falsa bóveda,* porque las cargas son siempre verticales, a diferencia de las que se producen con las bóvedas de dovelas o *auténticas;* la del *Tesoro de Atreo* está realizada con sillares cuidadosamente tallados y llega a una altura interna de 13,20 metros. A la derecha del que entra, hacia el norte, una puerta más pequeña, pero con el mismo sistema de construcción que la primera, conduce a una cámara cuadrangular, complemento poco usual en esta clase de monumentos.

El *Tesoro de Atreo,* como casi todos los otros de la familia, ha sido saqueado de antiguo, de modo que no es posible completar su imagen, ni medir del todo su importancia, privado como fue de los enterramientos y del rico ajuar funerario que debió contener. Se han recuperado, no obstante, algunos fragmentos de la decoración arquitectónica aplicada a la entrada principal, que componían una fachada con semicolumnas de tipo minoico, decorada con motivos ornamentales del mismo origen. En las paredes de la cúpula, unos clavos pudieron servir para sujetar rosetas de bronce u otros adornos.

Tumbas más modestas han conservado excepcionalmente el ajuar, como las excavadas no hace mucho, en los años sesenta, en los alrededores de la ciudad micénica de Midea (Dendra, en la Argólida), por los arqueólogos suecos P. Aström y N. Verdelis, ciudad de la que decía Pausanias que, en su tiempo, sólo quedaba de ella el solar en que estuvo.

Una exploración rigurosa ha permitido aquí obtener bastantes datos sobre



Copa de oro procedente de la tumba V de Micenas

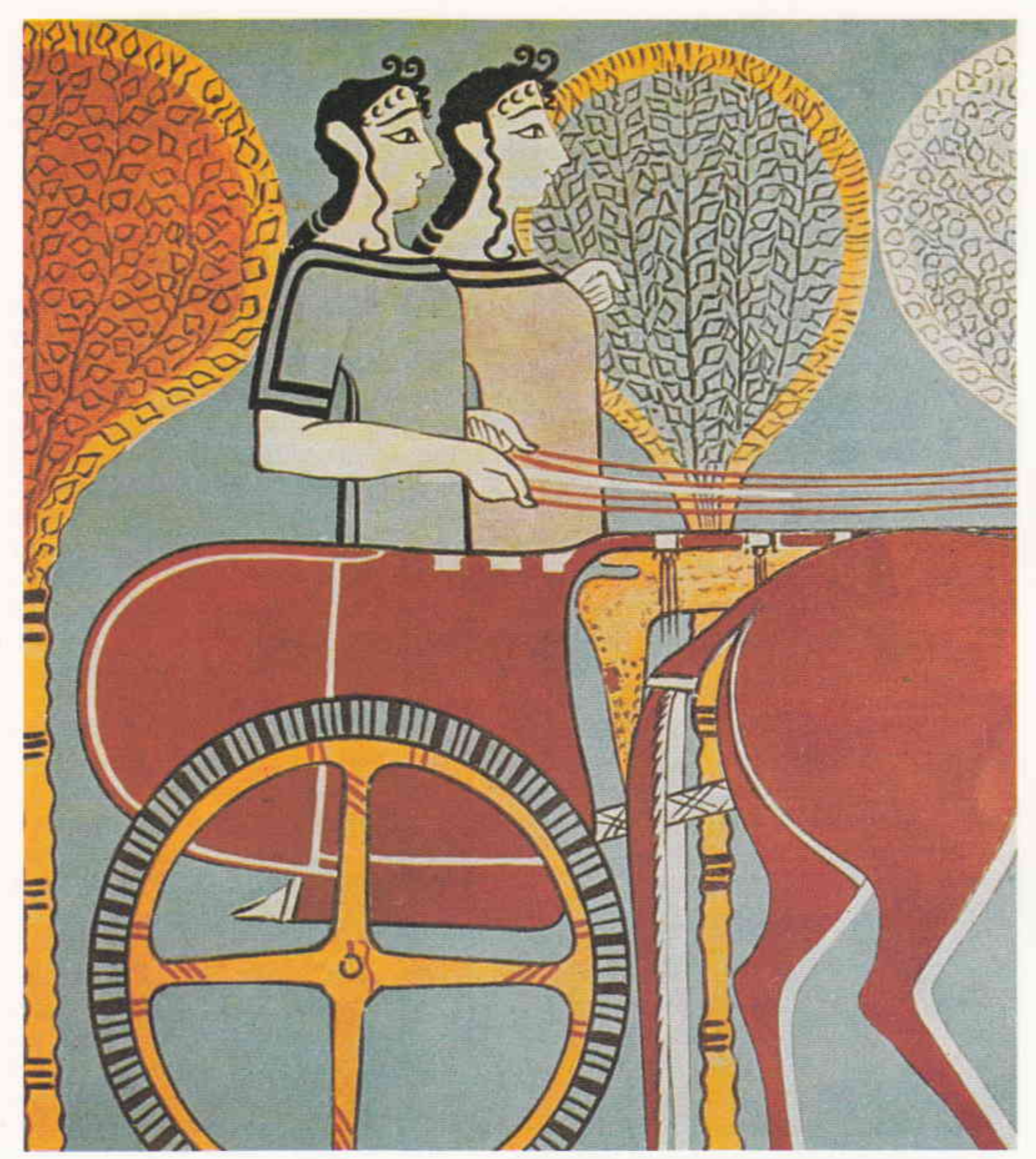
el ritual funerario que se seguía en estas cámaras; los difuntos debían de ser introducidos en ellas en sarcófagos de madera, con adornos y apliques de metales nobles, que eran deslizados sobre troncos. Los ajuares están a la altura de la alta dignidad de los personajes enterrados, y en un caso se presume haber encontrado los restos de un rey de la ciudad y de su mujer, a juzgar por la riqueza del ajuar que los acompañaba. Pero un célebre hallazgo de la necrópolis de Dendra traduce aún mejor el perfil de los grandes señores micénicos: una coraza de bronce, en varias piezas perfectamente articuladas y bien conservadas, un casco protegido con colmillos de jabalí, y otras armas.

En Micenas se han conservado, en diferente estado, una decena de grandes mausoleos de cámara en las inmediaciones de la ciudadela, y tumbas *tholoi* similares se han hallado en las necrópolis de centros principales micénicos. Así, en otras zonas del Peloponeso, sobre todo en Mesenia y de su ciudad de Pilos; y varias también en el Atica.

En la ciudad beocia de Orcómenos quedan restos de una muy famosa, que una antigua tradición, recogida por Pausanias, consideró la tumba de Minyas, rey legendario de la ciudad; como en el *Tesoro de Atreo*, la cámara circular da paso a otra cuadrangular, cubierta con una losa de esquisto verde, primorosamente decorada con espirales y rosetas de sabor minoico. Y las tumbas de cámara se extienden a zonas más lejanas, como la ciudad de Iolkos, en Tesalia, o las islas Cícladas y Creta.

Precisamente en Creta se ha buscado el origen de esta clase de monumentos, por razones que van desde la general influencia minoica en el enriquecimiento de la cultura micénica al hecho concreto de tener una larga tradición de tumbas de cámara, como las antiguas de Mesara. Pero la filiación directa respecto de la tradición monumental cretense plantea problemas y se piensa también en la posibilidad de que fuera derivación de tumbas propias del continente,





Dos pinturas murales procedentes de Tirinto, donde puede observarse la clara influencia minoica

particularmente de Mesenia, aunque monumentalizadas por arquitectos minoicos.

En cualquier caso, las tumbas de cámara de Micenas constituyen hitos principales en la historia de la arquitectura, y contribuyen, aún desprovistas de otros datos preciosos, a dar la imagen de formas de organización y de poder que veremos también reflejadas en la arquitectura de las ciudades.

Decíamos páginas atrás que la maduración de la cultura micénica tenía su más destacada señal en la configuración de una verdadera civilización, es decir, una cultura basada en la *civitas*, en la ciudad. Por los testimonios arqueológi-

cos, lingüísticos, literarios, conocemos la existencia de muchas ciudades micénicas, organizadas de forma que controlaban territorios de cierta entidad, aproximadamente como las *poleis* o ciudades-estado de época clásica. Entre las ciudades, recuérdense los nombres que se han ido mencionando en el texto: Micenas, Tirinto, Tebas, Argos, Midea, Pilos, Atenas, Orcómenos, etcétera.

Ciudades, castillos y palacios

Sobre sus territorios, sólo cuando se tienen datos como los que ofrecen las tablillas de Pilos, es posible afinar más y mejor en la extensión que tuvieron y en cómo estaban organizados. Las tablillas de Pilos han sido sometidas, para esto como para otras muchas cuestiones, a un riguroso interrogatorio científico. J. Chadwick, que se ha aplicado con tesón a ello, ha tratado de delimitar la zona geográfica controlada por Pilos: *El reino se extendía, al menos, por el norte hasta Kiparissía, ya que no hay línea defensiva alguna que proporcione una frontera satisfactoria al sur de este punto estratégico, donde las montañas se acercan al mar. Al sur no hay tampoco una barrera hasta que pasamos la moderna Pilos, y más allá sólo hay una pequeña península, en su mayor parte de terreno abrupto y elevado, que conduce después a la pelada punta del cabo Akrítas. Seguramente el reino se extendía por toda la franja costera desde Kiparissía a Methóni* (de *El mundo micénico*, página 61).

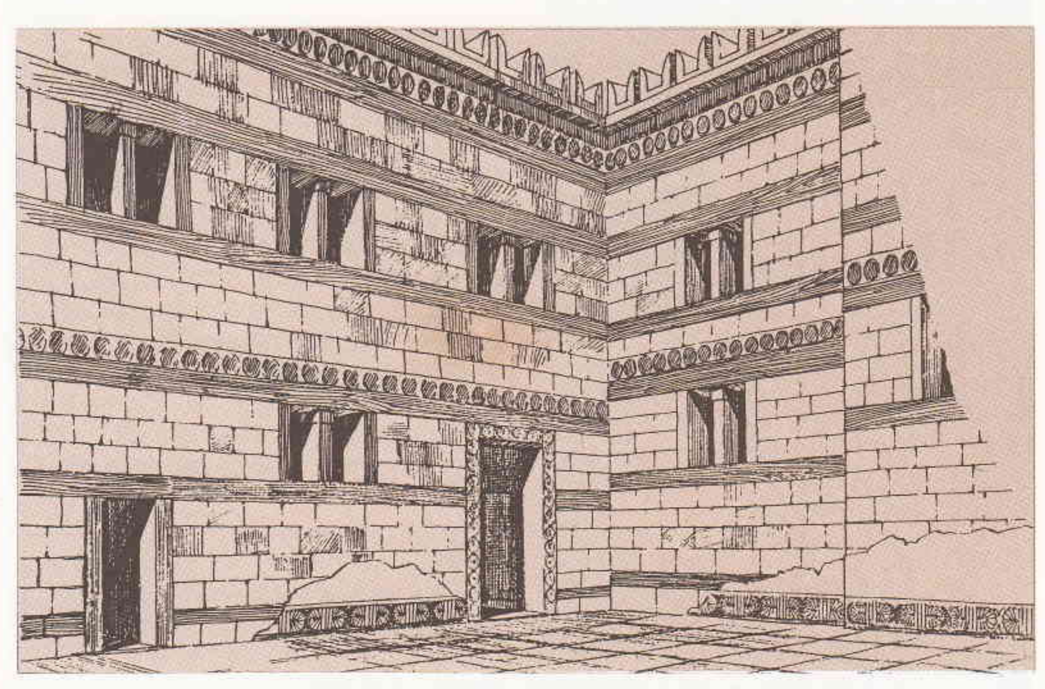
Sobre la distribución de la población y su número añade el mismo autor: *El número de topónimos en las tablillas de Pilos alcanza la cifra de unos doscientos, y la exploración arqueológica de Mesenia localizó un número similar de asentamientos. Algunos de éstos eran quizá minúsculos caseríos, pero otros, como los centros administrativos de los distintos lugares, habrían sido pequeñas ciudades. Si suponemos una dimensión media de unas 250 personas por asentamiento, nos daría la cifra de 50.000 para la totalidad del reino* (*Ibidem*, p. 95).

Para las demás ciudades, los cálculos tienen bases menos firmes, pero pueden suponerse extensiones similares a las de Pilos, y mayores en casos como Micenas, Atenas y otros grandes centros. La vecindad entre los núcleos urbanos de Micenas y Tirinto —distan unos quince kilómetros— hace pensar que el segundo debió de depender del primero, de la misma manera que en Pilos había centros diversos subordinados al principal. Había, pues, una compleja estructura, que desbordaba incluso el marco de cada ciudad-estado, pues la consolidación urbana trae consigo una relación interciudadana imprescindible en el sistema político y económico que les es propio.

Los núcleos urbanos se ubicarán precisamente en los lugares adecuados para las comunicaciones, y para que éstas se lleven a cabo con regularidad y en condiciones adecuadas, se dará la debida importancia a las carreteras, otra de las expresiones del nivel de vida civilizado. Las micénicas muestran un cuidadoso trazado, con obras importantes de abancalamientos y puentes para salvar cursos de agua; tienen las carreteras anchuras entre tres y más de cuatro metros.

Pero las obras de ingeniería de alto empeño, propias de una vida urbana ampliamente desarrollada, tienen en el mundo micénico su cenit en la desecación del lago Copais; fue llevada a cabo por los habitantes de la ciudad de Orcómenos, situada en su borde occidental, para asegurarse la obtención de magníficas tierras de cultivo; la leyenda atribuiría luego la colosal empresa a Heracles. Corresponde el lago a una cuenca de unos doscientos kilómetros cuadrados ro-

Reconstrucción ideal de dos conjuntos de Micenas: arriba, *ángulo noroeste del palacio;* abajo, *detalle de los muros y del* círculo A *de tumbas*



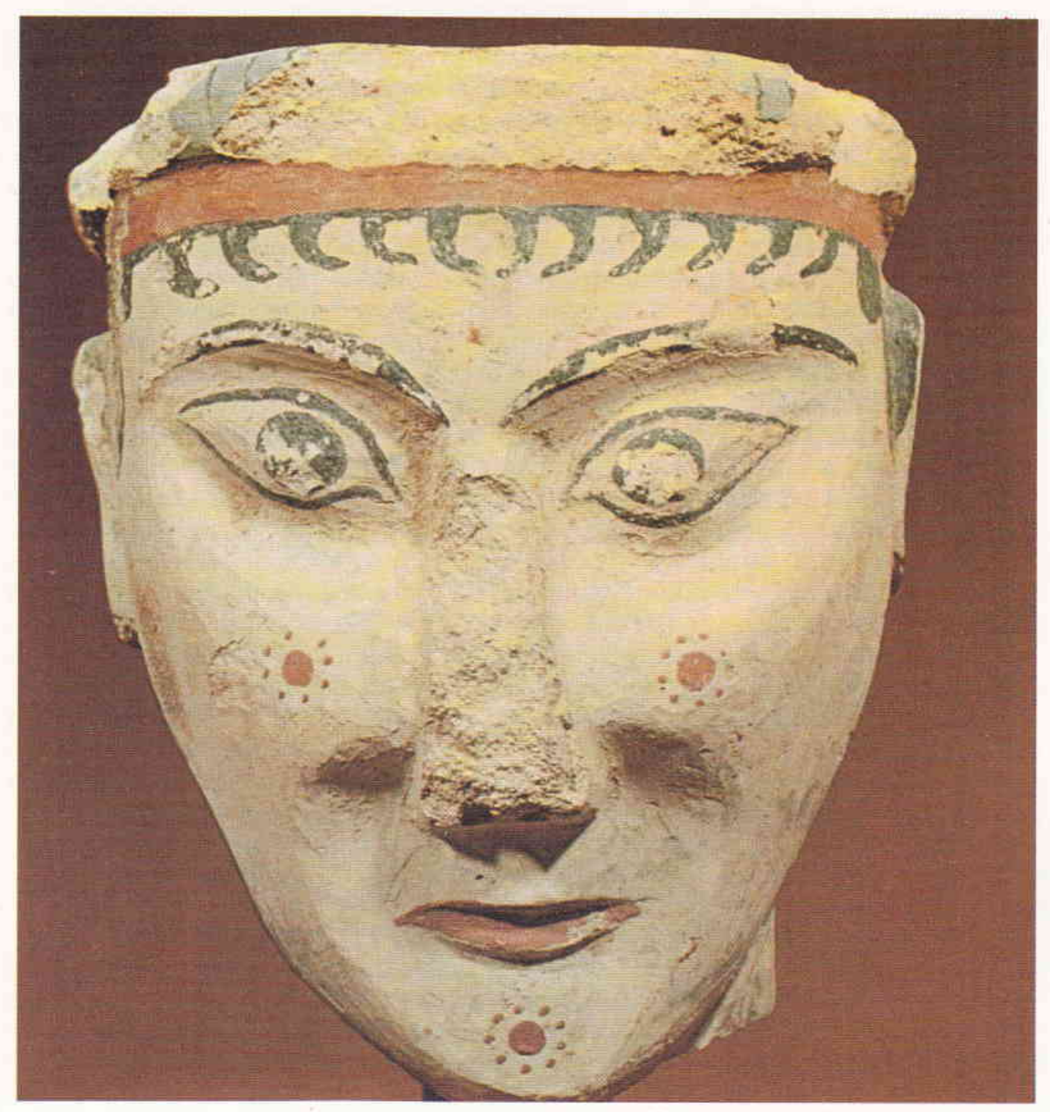


deada de montañas y colinas; numerosos arroyos y varios ríos —entre éstos el Cefiso— desaguan en el lago, al que colman durante las crecidas provocadas por las lluvias de invierno, mientras en verano se convierte en un terreno cenagoso.

La obra, dicho en pocas palabras, consistió en conducir las aguas hacia los drenajes naturales, rodeando con diques el lago, y en ampliar y acondicionar aquéllos mediante canales y obras subterráneas, para lo que hubo que practicar, entre otras cosas, un túnel de más de dos kilómetros de longitud; las aguas eran de este modo conducidas hacia el golfo de Eubea. Para los trabajos de entretenimiento y vigilancia se construyeron fortines alrededor del lago, y una verdadera ciudadela en la islita de Gla, en el vértice nordeste, punto clave situado en la vecindad del embudo de salida de las aguas, donde estaban las obras principales. Este gran proyecto fue realizado hacia el siglo XIV a.C.

El «mégaron» o edificio principal

Las técnicas constructivas empleadas en el lago Copais tendrían, sin embargo, su mejor manifestación en los núcleos urbanos. De éstos se conoce, en general con limitaciones, el conjunto del hábitat, muchas veces disperso en núcleos o barrios próximos, en torno a la ciudadela, que constituye la más conspicua expresión de la urbanística micénica. Por sí solos, los poderosos castillos micénicos caracterizan un tipo de ciudad muy distinto del cretense, trasunto fiel de una más acusada jerarquización social en la sociedad micénica y del carácter guerrero de sus dirigentes. Los restos más importantes son los de las ciudades de Micenas, Tirinto y Pilos, aunque vestigios de palacios y murallas, como de los cementerios reales antes mencionados, pueden rastrearse por toda la geografía micénica.



Terracota con decoración en color (izquierda) *y cabeza femenina* (arriba), *ambas procedentes de Micenas*

Ante las plantas de las ciudadelas de Tirinto y de Pilos, mejor si cabe que en la de Micenas, se percibe una arquitectura jerarquizada, con claras ordenaciones axiales, en la que todo se subordina a un edificio principal: el *mégaron*, la sala del trono y de principal representación del soberano. Las características de este edificio resumen en buena medida la personalidad de la arquitectura micénica. Es una estancia cerrada, de planta rectangular, precedida de doble pórtico, el exterior abierto a un patio que subraya su monumentalidad y enfatiza la fachada. La estancia principal del *mégaron*, que puede disponer de dos pisos, tiene un hogar en el centro, rodeado de cuatro columnas que soportan el techo, en el que debía abrirse un lucernario para la iluminación del interior y la salida de humos. El trono se adosaba a la pared derecha del que entraba, frente al hogar.

Según ha podido verse en capítulos anteriores, tiene el *mégaron* raíces en

el Neolítico de la Grecia continental, y es indiscutible su independencia de prototipos minoicos, aunque en su construcción, como en toda la arquitectura micénica, se empleen elementos cretenses como la característica columna, o técnicas de idéntico origen. Destaca entre los rasgos del *mégaron* micénico el de conformarse según una planta de proporciones normalizadas: varían los tamaños, pero la longitud y la anchura guardan una relación prácticamente constante, de forma que no puede ser muy ancho, ni alargado y estrecho. Quizá sea fruto de la propensión griega a someter a norma, a canon, sus creaciones artísticas. Por otra parte, las proporciones del *mégaron* se vierten en otros muchos elementos que componen el conjunto de los palacios micénicos, verdaderos ejemplos de arquitectura modular.

Las características que definen a la arquitectura palacial micénica cobran mayor relieve por comparación con las propias de los palacios/santuarios minoicos. Estos últimos son multidireccionales, abiertos, amalgama de sectores independientes; el palacio micénico, en cambio, es unidireccional, cerrado, materialización arquitectónica de la poderosa autoridad que tenía su sede en el *mégaron*, centro del poder político, militar y religioso. Un recorrido por la ciudadela de Tirinto proporciona el ejemplo más expresivo. Desde la entrada principal del lado oriental, un camino bien marcado conduce por plazuelas y pórticos hasta el patio central, al fondo del cual, presidiéndolo todo, se levantaba el *mégaron*, el edificio más grande y monumental. Estaba, además, ricamente decorado: el vestíbulo de entrada (la *aithousa*) tenía un zócalo de placas de alabastro, con relieves de palmetas y rosetas resaltadas sobre un fondo azul de pasta vítrea, y pinturas al fresco en las paredes; ornamentación similar presentaban la sala siguiente (el *prodomos*) y la estancia principal (el *domos*), que disponía de un suelo decorado con especial esmero.

Las murallas, defensa de la ciudad

Antes de llegar a las lujosas estancias reales, los visitantes de las ciudades micénicas se habrían hecho cargo del poder de sus ocupantes a la vista de las murallas que los protegían. Fortalezas como las de Tirinto y Micenas son el mejor aviso de una autoridad inaccesible como no fuera de grado. Sobre todo cuando hacia el siglo XIII aumentaron los peligros y se avecinaba la crisis final, los micénicos se protegieron tras recios castillos, poniendo al servicio de la defensa su ya probada capacidad arquitectónica. La fortaleza de Tirinto es resultado de obras sucesivas, que, aparte de algunas menores y más antiguas, comenzaron a otorgarle su aspecto definitivo en torno al 1300 a. C.; por entonces se fortificó la acrópolis alta, en el lado sur, donde están los edificios principales; más tarde, en la segunda mitad del siglo XIII, se hizo el recinto septentrional, sin duda por la creciente inseguridad de esos tiempos. Con todo, la ciudad adquirió la imponente apariencia que aún tienen sus ruinas. Dejemos la palabra a Pausanias para hacer el debido hincapié en la técnica constructiva: *La muralla, que es lo único que de las ruinas queda, es obra de los Cíclopes y está hecha de piedras sin labrar, de un tamaño tal que no podría remover de su sitio ni la más pequeña una pareja de mulos. Entonces intercalaban pequeñas piedras para encajar entre sí las grandes.*

Micenas tuvo también una antigua muralla que cercaba sólo la parte más alta de la colina; pero su gran fortificación se llevó a cabo por los mismos tiempos que la de Tirinto, adaptándola a la topografía e incluyendo el *círculo A* de tumbas. El aparejo ciclópeo se regulariza en algunos tramos, hasta convertirse

las piedras en sillares en lugares principales. La *Puerta de los Leones* proporciona el mejor ejemplo, además de ser el elemento más sobresaliente de la muralla. El acceso queda protegido a la derecha por un recio bastión desde el que hostigar a cualquier posible atacante, sistema muy efectivo, documentado también en Tirinto y en la fortaleza micénica que tuvo la Acrópolis de Atenas (es el saliente donde se asentó, forrando previamente los viejos muros, el hermoso templo de Atenea Nike). En cuanto a la puerta misma, el vano queda determinado por tres grandes piedras, y se aligeró el muro que monta sobre el dintel con un triángulo de descarga; el hueco se aprovechó para ubicar el gran relieve (3,90×3,30 metros) que da nombre a la puerta, emblema de la ciudad, que es, en realidad, un símbolo religioso para proteger espiritualmente el recinto; se trata de una diosa anicónica —en forma de columna minoica— sobre dos altares gemelos, flanqueada por soberbios leones, que apoyan en los altares sus patas delanteras; es la poderosa «Señora de los Animales» —la *Potnia Therón*— de tradición minoica, colocada en la puerta como protectora de la ciudad. Su presencia debía contribuir no poco a que la muralla cumpliera con holgura la primera misión de toda buena defensa: disuadir de atacar a los posibles enemigos.

La realeza y la sociedad micénicas

En la consideración de las diferentes experiencias monárquicas que vivieron las sociedades antiguas, siguen latentes hoy las ideas que, a comienzos de siglo, propugnó el antropólogo James Frazer con su monumental obra *La rama dorada (The Golden Bough)*. Según él —dicho sea muy apretadamente—, un fundamento principal en la configuración de la realeza primitiva estuvo en considerar a los reyes como encarnaciones de dioses, en particular de dioses identificados con el espíritu de la vegetación; de esta manera, los reyes se convertían en individuos sobrehumanos, de los que dependían la fertilidad del campo y la multiplicación de las especies todas, y adquirían una solemne e indiscutible autoridad. Debían afrontar, sin embargo, contrapartidas tan poco lisonjeras como la práctica por la que, como númenes de la vitalidad, debían ser ritualmente sacrificados cuando su vigor flaqueara, y sustituidos por un rey-dios nuevo y joven. Algo sobre las ideas religiosas que subyacen a esta concepción se ha dicho aquí al tratar de la sociedad minoica. Es el caso, añadamos, que las ideas de Frazer han sido muy criticadas luego.

Julio Caro Baroja, en un estudio que realizó hace años sobre la realeza en la España antigua, recordaba estas cosas: cómo, pese al crédito que merecieron durante años las propuestas de Frazer —el *vegetacionismo* hizo furor, apunta Caro Baroja— hubo una oleada de críticas para desmontar las tesis de *los vegetarianos*, como alguno llamó a sus partidarios en tono inconfundible de chanza. Sin entrar ahora en la polémica, la verdad es que en Micenas tenemos constancia de la existencia de poderes monárquicos, no muy bien conocidos todavía, pero investidos, a lo que se sabe, de un ropaje divino que entronca con la propensión a lo sagrado de tantas monarquías antiguas.

Realizado un recorrido por las grandes tumbas de cúpula, los castillos y los palacios micénicos, pocas dudas cabe albergar sobre la existencia de reyes y de reinos aqueos, dando por bueno, una vez más y con las matizaciones debidas, el cuadro de la sociedad griega preclásica pintado por Homero. No obstante, sólo la confirmación contenida en las tablillas permite afirmar con certeza la existencia de reyes, y penetrar con algunas posibilidades en las características de la institución que representan. Quedan muchos puntos oscuros, pero la in-


—ONDA P
EN LA CO
EL M

SQUERA—

PE SE OYE
AR



ONDA PESQUERA

Dtor. Jesús Ferreiro

Lunes a viernes: 6-7 h. de la mañana.

Por fin Onda Pesquera está donde tiene que estar: En la COPE.

Por fin Jesús Ferreiro, la voz del mar, habla por la cadena que más se escucha: La COPE. Ayudando, informando, defendiendo y reconfortando a los hombres del mar y a sus familias.

En la COPE se oye el mar. Sólo en la COPE.



De persona a persona

formación contenida en los parcos letreros de barro ha añadido, a los arqueológicos y literarios, datos básicos para conocer la realeza y el conjunto de la sociedad micénica.

Las tablillas mencionan a los soberanos de las ciudades con el nombre de *wanax (wa-na-ka)*, el señor residente en el palacio. Sus poderes eran amplísimos: regulaba la vida palaciega, controlaba el ejército y la economía, e incluso presidía la vida religiosa. En función de su alta dignidad, disponía de un lote de tierras para su disfrute, aludidas con el nombre de *temenos*, término que adquiriría luego el significado de terreno dedicado a los dioses; este hecho, y otros como que el título de *wanax* se aplicara también a los dioses, prueban el carácter sagrado del soberano micénico. En las tablillas de Pilos aparece estrechamente relacionado con la diosa, la poderosa *Potnia (Po-ti-ni-ja)*. Se ha hablado, por todo, de reyes sacerdotes con poderes equiparables a los que tenían los monarcas orientales, aunque no son fáciles las comparaciones, y basta con pensar en que se trataba de príncipes que ejercían una fuerte autoridad y en todos los terrenos.

Junto al *wanax* se menciona a otro cargo principal, el *lawagetas (lâ-wâ-ge-tâs)*, de función y carácter muy imprecisos. Debió de tener tanta importancia que es el único, aparte del *wanax*, que recibía un *temenos* como privilegio derivado de su magistratura. Se ha supuesto que fuera el título que se otorgaba al heredero oficial del trono, y tal vez se trate del comandante del ejército. Se ha hurgado en la documentación disponible para comprobar si era un cargo temporal, nombrado para dirigir el ejército en momentos de guerra o de peligro, pero no parece confirmarse este extremo.

Otros estamentos sociales

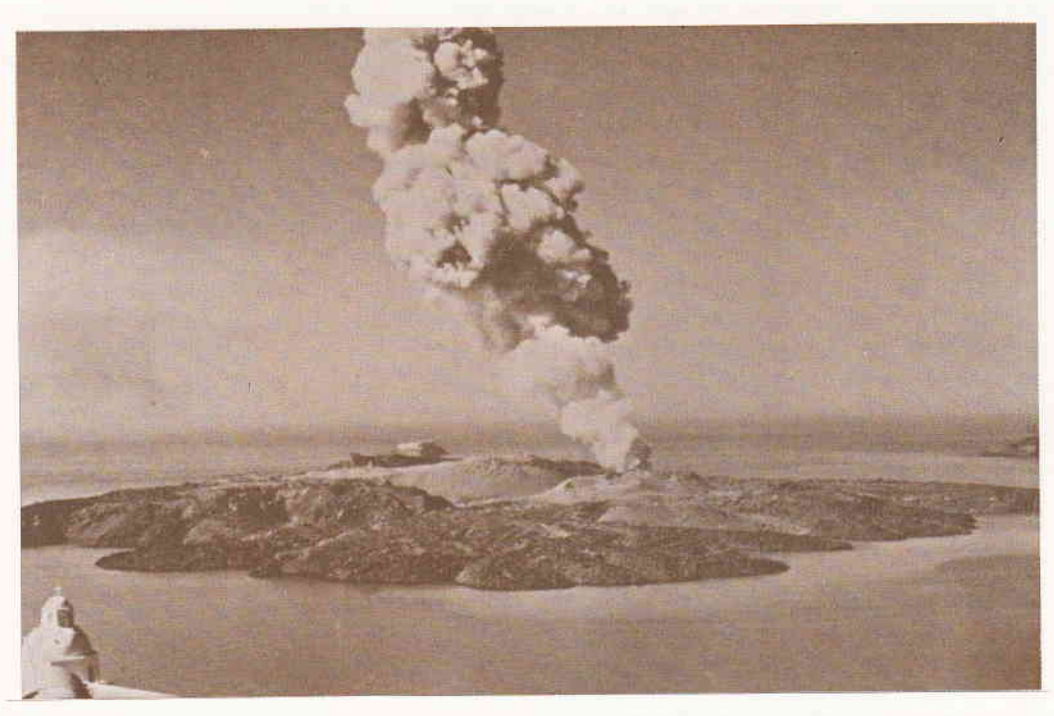
A continuación, la pirámide social empieza a ensancharse con un grupo, todavía minoritario y privilegiado, formado por los *telestai* (o *te-re-ta)*, individuos que disfrutaban, como propietarios, de un lote de las tierras *ki-ti-me-na*, esto es, las tierras de propiedad privada, por oposición a las tierras públicas o *ke-ke-me-na*. Incluso podían recibir excepcionalmente un *temenos* en recompensa de algún servicio muy especial. Estos terratenientes estaban obligados, a cambio, a importantes prestaciones al rey, verdadero privilegio a la vez, que los convertía en una especie de nobleza cortesana alrededor del monarca. Se los ha equiparado impropiamente a los señores feudales del Medioevo, aunque la imagen tenga alguna validez para evocar lo que pudo ser esta cohorte de personajes principales en torno al rey.

Debían de estar los *telestai* próximos a un grupo de altos oficiales, el de los *hepetai (e-qe-ta)*, componentes de una aristocracia guerrera, que combatía en carros de guerra, en la que descansaba la fuerte organización militar de la sociedad micénica. A estos *hepetai*, que debían de constituir el más directo séquito militar del rey, se los ha comparado con los *hetairoi* (compañeros) citados por Homero.

Mencionan las tablillas a otros personajes principales, aunque de menor rango. El *qa-si-re-u*, equiparable al *basiléus* homérico, es un cargo local, importante a ese nivel, dueño de un dominio agrícola, y vasallo del *wanax*. Estaba asesorado, al parecer, por un consejo o *ke-ro-si-ja (gerousía). El ko-re-te* era una especie de alcalde; y así podrían citarse otros cargos o títulos de funciones bastante problemáticas.

La información sobre el pueblo llano y su organizacion es aún más limitada. Muchos agricultores debían de estar vinculados a una institución interesante, el

Erupción del volcán de Thera en 1926 (arriba). *El llamado fresco de la primavera, de una casa de Akrotiri, Thera* (abajo)



damos, entidad local de carácter agrícola, integrada en el patrimonio de las tierras comunales —*kekemena*— y controlada por un representante del palacio. Podía conceder tierras en usufructo mediante pagos anticipados. Por lo demás, las tablillas mencionan gran cantidad de oficios, que revelan una alta especialización y división del trabajo. Había escribas, mensajeros, albañiles, carpinteros, pastores, cabreros, cazadores, leñadores, artesanos que fabricaban específicamente espadas, arcos o sillas, orfebres, alfareros, etc. Señalan M. Ventris y J. Chadwick que la manufactura de las telas era un trabajo femenino: cardadoras, hilanderas, tejedoras...; pero los bataneros eran hombres, como los panaderos. En cualquier caso, parece que todos estos artesanos y trabajadores manuales, junto al ejercicio de su oficio específico, cultivaban la tierra que precisaban para su sustento, fórmula propia de una sociedad no especializada a tiempo completo.

En el escalón más bajo estaban los esclavos, que existían de hecho en la sociedad micénica, aunque no constituían la mano de obra principal de su sistema económico. Se desconoce si era una norma universal, pero existen evidencias de que la condición de esclavo se transmitía de padres a hijos. Se trataba, en general, de prisioneros —muchas veces mujeres y niños— a los que se adiestraba para el ejercicio de determinados oficios. Algunos aparecen relacionados como siervos del dios o de la diosa, tal vez una forma de indicar su condición de esclavos públicos.

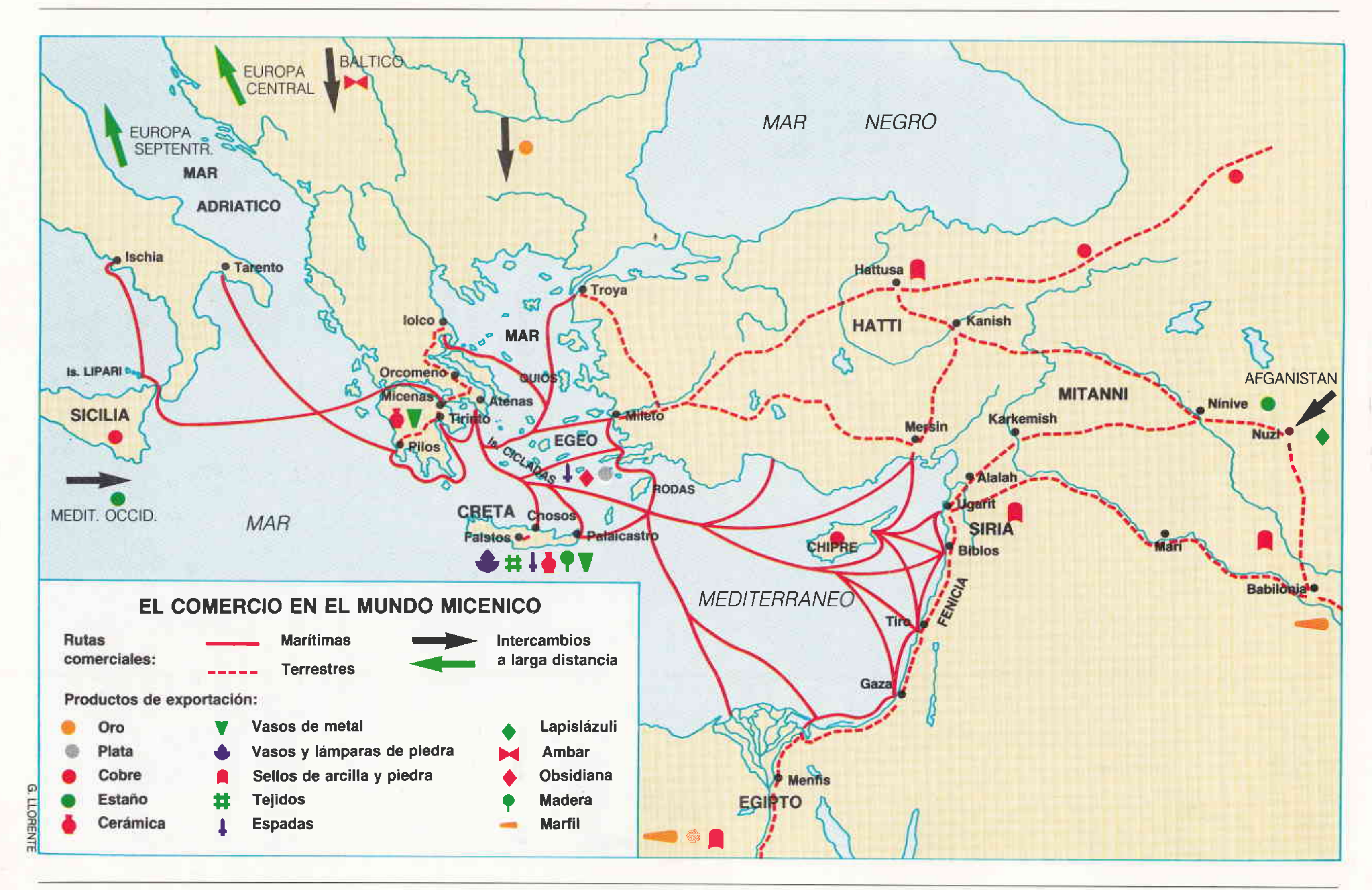
La expansión comercial

La civilización micénica obtuvo su partida de nacimiento con la resolución de dos trámites principales, acreditados en los círculos de tumbas de Micenas: la apertura cultural hacia la civilización minoica y la apertura económica a un amplio mercado terrestre y marítimo. El máximo esplendor lo alcanzarían los micénicos profundizando en esas mismas líneas de acción. El dominio de un vasto mercado marítimo, que llegó a abarcar todo el Mediterráneo oriental y central, convirtió a los micénicos en pioneros de las famosas colonizaciones históricas, de fenicios y de griegos, y en los primeros forjadores de una unificación o *koiné* cultural en buen número de países y regiones bañados por el Mediterráneo.

Durante el siglo XV a.C., al tiempo que iban consolidando los asentamientos en el continente, los micénicos empezaron a buscarse un hueco en el comercio marítimo, para lo que les bastaba, en principio, seguir los pasos a los minoicos; sus productos comenzaron a divulgarse a expensas de los cretenses, y pronto estuvieron en condiciones de establecerse junto a las colonias comerciales de aquéllos: en Melos, Citera, Rodas, Mileto. Es obvio que los dueños de la situación eran por entonces los minoicos, que casi monopolizaban el comercio en el Egeo y en los ricos mercados del extremos oriental del Mediterráneo: Egipto, Chipre, o las ciudades de la costa siropalestina.

Se ha pensado, incluso, que incapaces los micénicos de disputar a los minoicos sus privilegiadas áreas de acción, pusieron aquéllos los ojos en las rutas occidentales, en los territorios más libres del sur de Italia, Sicilia y las demás islas del Mediterráneo central; habría de ser una zona cargada de futuro. Y no hay que olvidar el comercio por vía continental: el ámbar del Báltico y el estaño del occidente europeo fueron acicates de un comercio de grandes distancias, con los intermediarios que fuere, pero que dio lugar a una pronta aparición de vestigios de sabor micénico en Alemania, o en las Islas Británicas.

La erupción del volcán de Thera hacia el 1450, con sus terribles secuelas, y la


EL COMERCIO EN EL MUNDO MICENICO
Rutas comerciales:
Marítimas
Terrestres
Intercambios a larga distancia
Productos de exportación:
Oro
Plata
Cobre
Estaño
Cerámica
Vasos de metal
Vasos y lámparas de piedra
Sellos de arcilla y piedra
Tejidos
Espadas
Lapislázuli
Ambar
Obsidiana
Madera
Marfil
EUROPA SEPTENTR.
EUROPA CENTRAL
BALTICO
MAR ADRIATICO
MAR NEGRO
Ischia
Tarento
Is. LIPARI
SICILIA
MEDIT. OCCID.
MAR
Iolco
Orcomeno
Micenas
Tirinto
Pilos
Atenas
QUIOS
MAR
EGEO
Is. CICLADAS
Troya
Mileto
RODAS
CRETA
Chosos
Faistos
Palaicastro
MEDITERRANEO
CHIPRE
Hattusa
HATTI
Kanish
Mersin
Karkemish
MITANNI
Alalah
Ugarit
SIRIA
Biblos
FENICIA
Tiro
Gaza
Menfis
EGIPTO
Mari
Nínive
Nuzi
AFGANISTAN
Babilonia
G. LLORENTE

crisis de la civilización minoica inmediatamente después, como se ha visto en capítulos anteriores, fue para los micénicos una circunstancia afortunada. Aparte de que impusieran su dominio en la misma Creta, el hundimiento de sus ciudades dejaba libre un hueco en el comercio del Mediterráneo oriental, que los micénicos se apresuraron a llenar y para lo que estaban perfectamente preparados. Empieza así una verdadera explosión económica —y, como consecuencia, también cultural— que cubre los momentos de apogeo del mundo micénico, en los siglos XIV y XIII a.C. Sin competencia, los comerciantes y navegantes helénicos se lanzan al mar, a batir continuamente récords de alejamiento, a hacer de las aventuras marítimas una fuente de progreso y de ampliación de horizontes en todos los órdenes. Es este vértigo por las empresas ultramarinas el que se recoge en los ciclos de aventuras, fijados después por la literatura, contenidos en la *Odisea*, en el *Viaje de los Argonautas*, o en las mismas hazañas de Heracles.

Progresivamente se multiplican los establecimientos en las Cícladas, en Cos, Rodas, Efeso, y en todo el ámbito egeo. Pero era indudable que los mercados más ricos estaban en el fondo del Mediterráneo oriental, y la presencia de los micénicos en la zona se haría creciente: decenas de lugares con productos micénicos pueden enumerarse en Canaán, a lo largo del Orontes, en Jordania; en la cosmopolita Ugarit contaron los micénicos con un barrio propio, del mismo modo que en la Edad Media lo harán venecianos y genoveses en multitud de puertos europeos. Algo parecido ocurrirá en las prósperas ciudades de Chipre —como Enkomi o Kition—, isla que verá incrementarse la llegada de micénicos hasta convertirse en una verdadera colonización desde fines del siglo XIII y en el XII, como consecuencia de la crisis que azotaba a las ciudades del continente. Se harían intensos los contactos con Egipto, siempre un mercado principal: bastarían como pruebas los centenares de vasos micénicos hallados en Tell el-Amarna, la ciudad creada por Akhenatón.

Micenas en Occidente

Aparte de esta proyección a Oriente, bien atestiguada y conocida desde hace tiempo en sus términos generales, me parece interesante subrayar la importancia de la expansión micénica hacia Occidente, cuestión muy atendida por la investigación en los últimos años, sobre todo en el ámbito italiano. El interés de la investigación, y el que invita a destacar aquí sus resultados, se basa en la conciencia creciente del importante papel jugado por los micénicos en la configuración de las culturas del Occidente europeo. Como siempre, una serie de tradiciones literarias, observadas con cautela y crítico escepticismo, recordaban la antigua llegada de gentes del ámbito egeo a Italia y los países del Mediterráneo occidental: además del ciclo principal relativo a Eneas y la fundación de Roma, otros troyanos y griegos, en sus *nostoi* —retornos— de la guerra de Troya, habrían recalado en diferentes lugares del Mediterráneo occidental. Recordemos también las noticias sobre la emigración de *tirsenos* y otros pueblos orientales a Occidente, transmitidas por los historiadores antiguos, de lo que se hará mención en apartados posteriores.

Es el caso que la investigación arqueológica reciente descubre una presencia micénica en el círculo italiano cada vez más notable. También que, en ocasiones, vuelve a presentarse como continuadora de tanteos minoicos anteriores, como ocurre en Vivara, en la Campania, o que arranca de momentos bastante antiguos, en el Heládico Medio, como se comprueba en las islas Eolias. En Sicilia abundan las importaciones micénicas —cerámicas, vidrios, objetos de mar-

Dos niños luchando (fresco de Akrotiri, Thera, Museo Arqueológico Nacional de Atenas)



fil, armas—, sobre todo de los siglos XIV y XIII; numerosos son los hallazgos micénicos en el entorno de Siracusa; en Thapsos, los ajuares de las tumbas, con materiales chipriotas y micénicos, y las construcciones, revelan una clara influencia de la cultura micénica.

Al norte de Sicilia, las islas Eolias muestran también intensos contactos con el ámbito micénico, seguramente alentado por el comercio de la obsidiana de las Lípari y por el papel de las islas como puntos intermedios del trasiego de otros productos: metales, quizá el ámbar báltico.

En la península italiana se han recogido abundantes testimonios del comercio micénico en núcleos como Taranto, o en el centro apulio de Lo Scoglio del Tonno, donde numerosas cerámicas, idolillos y otros materiales confirman una fuerte impronta micénica. En el centro peninsular parece que los materiales micénicos aparecen más tarde que en el sur, pero se documentan en muchos yacimientos: S. Giovenale, Luni sul Mignone, Monte Rovello, Piediluco-Castiglione, etcétera. Es de interés señalar, además, que en la generalidad de estos yacimientos se mantienen las importaciones hasta tiempos submicénicos y enlazan casi sin ruptura con las primeras importaciones protogeométricas y geométricas. Para la atracción a esta zona debieron contar mucho los minerales tirrénicos.

En Cerdeña se advierte el impacto de la influencia egea sobre la cultura local en detalles como ciertas cerámicas sardas con decoración metopada, relacionable con cerámicas heládicas del siglo XIII a.C. Bastantes materiales de cronología avanzada (siglos XIII - XII) procedentes de Creta y, sobre todo, de Chipre (hallazgos en la Nuraga Antigori) prueban acaso la importancia comercial de Chipre cuando las ciudades del continente se vieron envueltas en el ocaso de la crisis.

Citemos, por último, un dato referido a la Península Ibérica. Sin entrar





Vista parcial del círculo A *de Micenas,*
el célebre recinto funerario descubierto
por Schliemann

aquí en las relaciones que pudieran haber existido entre las culturas protohistóricas hispanas —la tartéssica en particular— con el mundo egeo en los tiempos micénicos y, sobre todo, submicénicos, es del máximo interés mencionar la aparición por primera vez de posibles cerámicas micénicas en nuestro suelo. Se trata de unos fragmentos hallados en un horizonte del Bronce Tardío en el yacimiento del Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba), quizá del Heládico Reciente III B, fechables en el siglo XIII a. C. Se trata, en cualquier caso, de un fenómeno nuevo, desde el punto de vista de la documentación arqueológica cerámica, aunque no deba sorprender en un plano cultural más general.

Micenas, en síntesis, emprendió una vigorosa actividad comercial por prácticamente todo el Mediterráneo, con enormes consecuencias culturales. Entre otras cosas, dejaban iniciado un camino que, bruscamente interrumpido por la crisis de que más adelante se hablará, sería retomado por los fenicios y por los propios griegos, ateniéndose en lo esencial a las pautas que entonces se marcaron.

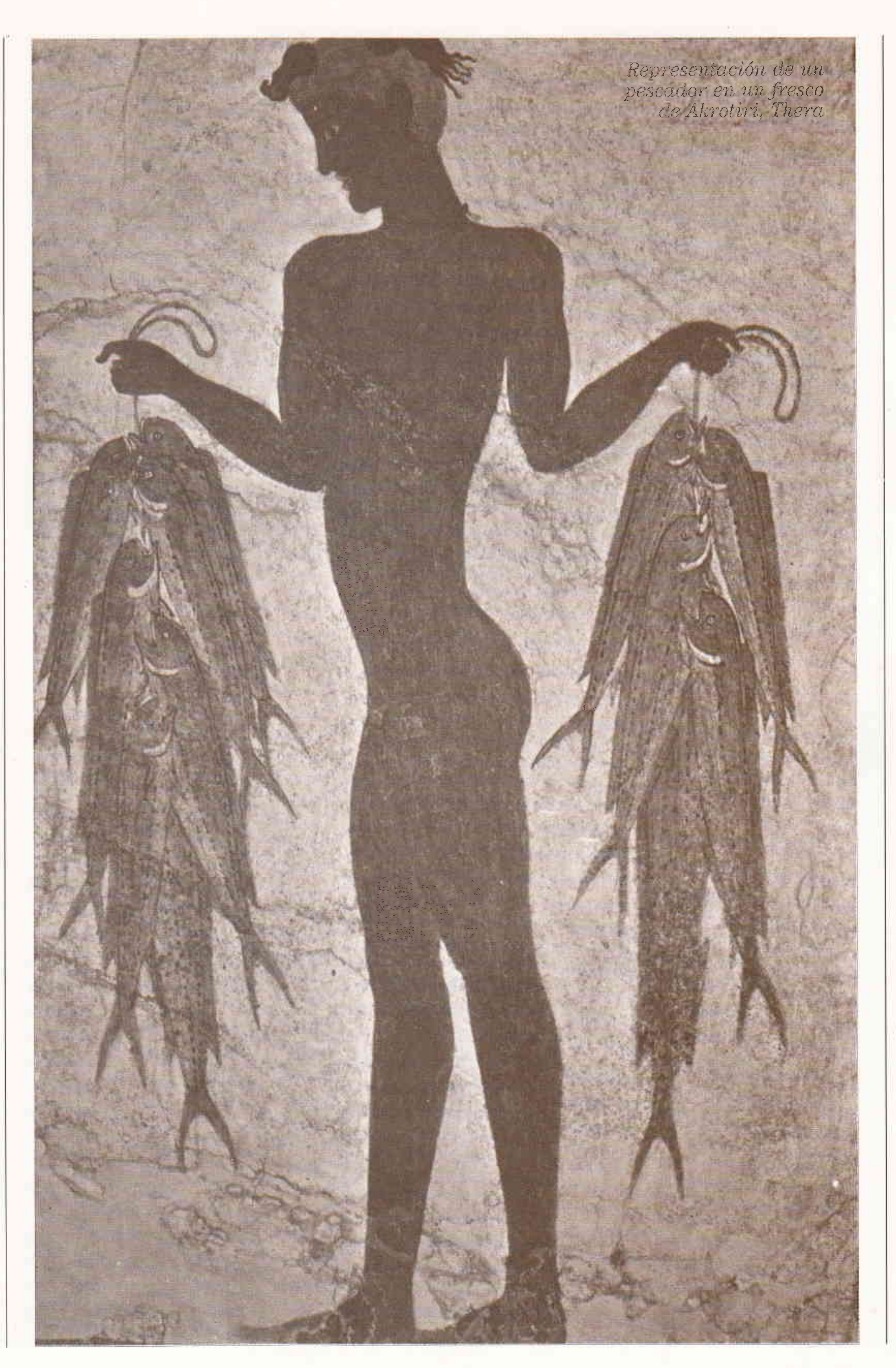
La cultura: ¿discípulos de Minos?

La cultura micénica alcanzó un alto nivel y una personalidad indiscutible, pero también es incuestionable que, para forjarla, a partir de un acervo propio bastante pobre, hubieron los griegos micénicos de dar ancho cauce a la penetración de las aportaciones externas, fundamentalmente las procedentes del rico caudal que almacenaba la cultura minoica. Se produjo así uno de tantos fenómenos en la historia de la cultura, en que una determinada civilización se sirve del patrimonio de otra, u otras, para dar forma a su propio cuerpo cultural. El puro y simple mimetismo es sustituido, en el caso de pueblos creativos, por procesos de selección, adaptación, incluso de superación e impulso renovado, en los que se decanta la idiosincrasia propia, la personal manera de hacer y de proceder que puede hacer inconfundible la realidad cultural resultante.

Micenas vivió uno de esos complicados e interesantes procesos, y el resultado fue una cultura con perfiles bien definidos. No obstante, a la hora de juzgar ese resultado, las posturas de los estudiosos modernos pueden mostrar discrepancias, más o menos acusadas, según se ponga el énfasis en la importancia del patrimonio recibido, o en las novedades y connotaciones originales añadidas o superpuestas por los receptores o aculturados. La investigación va descubriendo continuamente facetas nuevas que van matizando el proceso cultural y la valoración reciente del mismo, todo ello en un proceso muy dinámico, cada vez más acelerado por el incremento creciente de las indagaciones.

Parece claro que, como es lógico, la personalidad micénica aflora con más contundencia en unas cosas que en otras. Hemos visto que en el conjunto de la cultura material, el lenguaje formal es fundamentalmente minoico, aunque a menudo traducido a gustos expresivos distintos. En la cerámica, la dependencia de la producción alfarera cretense es evidente, pero también lo es cómo la decoración queda sometida a una nueva disciplina formal, sustitutoria, con sus simetrías y abstracciones geometrizantes, del fresco naturalismo que inspiraba a los pintores de vasos minoicos. Será esa tendencia a la abstracción la que se impondrá sobre los antiguos motivos, hasta dar en el repertorio decorativo exclusivamente geométrico que caracterizará a la cerámica griega de los períodos.siguientes.

La arquitectura ofrece un magnífico ejemplo de adopción de técnicas y elementos minoicos, utilizados como ropaje de proyectos constructivos esencialmente distintos. La residencia palacial micénica, el *mégaron*, tiene columnas mi-


Representación de un pescador en un fresco de Akrotiri, Thera

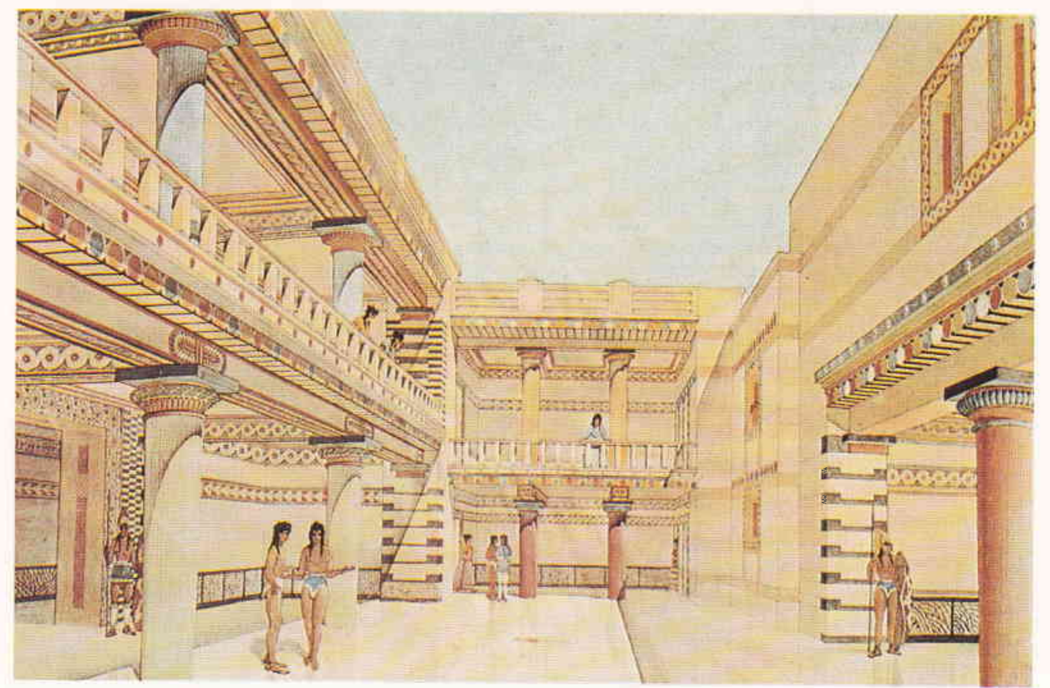


Pintura con escena de carro del palacio de Pilos

noicas, pinturas minoicas..., pero el edificio como conjunto último carece de parangón en Creta. Ya hemos hablado de sus orígenes y de sus características, y es preciso reconstruir la gran estancia real, con sus majestuosas proporciones, para tener conciencia de una deliberada búsqueda del marco arquitectónico adecuado a la autoridad y la dignidad del *wanax*. No es la primera vez que la arquitectura se presenta como eficacísimo escaparate en el que una civilización muestra lo más genuino de sí misma. Paradigmático, en esta línea, es el caso de Roma, que repite, respecto de Grecia, relaciones muy similares a las que Micenas mantuvo con la Creta minoica.

Roma, como se sabe, decidió calmar su sed de cultura bebiendo en el inagotable manantial de la civilización griega. Qué duda cabe de que Roma forjó una cultura con señas de identidad inconfundibles; pero si alguna cupiera, ha de excluirse cuanto se refiere a la arquitectura, terreno en el que los romanos se desenvolvieron con originalidad y maestría muy poco deudoras de préstamos ajenos. Sin embargo, para dar ritmo y armonía a sus edificios, utilizaron en ellos los órdenes arquitectónicos griegos, con los que daban, además, una envoltura de prestigio a sus propias creaciones. Por ejemplo, el gran Anfiteatro Flavio —el Coliseo de Roma—, reviste su corpachón y su alma romanos de una cáscara de sabor griego: la fachada de órdenes superpuestos. Un recurso casi idéntico lo ofrece el *Tesoro de Atreo:* la entrada a la cámara, al fondo del *dromos* de acceso, tenía una fachada puramente decorativa, sin función estructural o arquitectónica, que mediante placas superpuestas a la armadura del edificio simulaba una portada monumental de tipo minoico. La *tholos* micénica prestigiaba su ya ambiciosa arquitectura con elementos evocadores de la refinada cultura de Creta.

En cualquier caso, la impronta de la arquitectura minoica en la micénica fue



Reconstrucción ideal del patio del palacio de Pilos (por Piet de Jong)

notabilísima, más acusada de lo que hasta hace poco se creía. Parece, en efecto, que nuevos análisis efectuados en la acrópolis de Pilos, detectan una posible organización del primitivo palacio según el modelo minoico de varias estancias en torno de un gran patio central.

La tradición minoica

Sólo en tiempos avanzados, correspondientes al Heládico Reciente III A, se sustituyó la residencia antigua por el definitivo palacio de configuración claramente heládica o micénica. El *mégaron* ocupó parte del espacio reservado al patio en el palacio primitivo. Si esta importante novedad se confirma, cosa que requiere de más exploraciones y en más lugares, tendríamos que la configuración de una arquitectura esencialmente micénica, pese a la utilización de elementos minoicos, estuvo precedida de una etapa mucho más dependiente de las aportaciones minoicas, superada luego por la creación por los micénicos de una arquitectura con sustancia propia.

En las demás artes —pintura, toréutica, orfebrería, etcétera—, la dependencia de la tradición minoica es innegable; gustarían más otros temas, como los de caza o los de ambiente guerrero, pero los artistas o artesanos fueron cretenses, o formados bajo su magisterio. Hubo una parcela de las artes mayores, la de la escultura, en la que los micénicos quisieron expresarse con un vigor nuevo, distinto al que alentó la plástica menuda de los cretenses. Se observa en los relieves de las estelas de los círculos de tumbas; en una cabecita humana de caliza hallada en Micenas, de ojos atónitos y tres inocentes rosetas en las mejillas



Michael Ventris

El desciframiento del lineal B

Para la valoración de la cultura micénica, descubrir que escribían griego fue un paso decisivo, dado con el desciframiento del lineal B. No era nada sencillo descubrir qué lengua quedaba fijada en la maraña de signos de las tablillas. Hubo multitud de ensayos de desciframiento, a menudo con resultados tan pintorescos como los métodos empleados; entre éstos, el más socorrido era siempre tratar de establecer comparaciones y equivalencias con lenguas y escrituras antiguas o arcaicas: la jeroglífica egipcia, el cuneiforme, el chipriota, el fenicio..., incluso el vascuence fue tenido en cuenta, bajo el supuesto de que también el lineal B contenía una lengua no indoeuropea.

El camino hacia la solución definitiva se recorrió lentamente, primero con análisis —no ensayos prematuros de desciframiento— y sistematizaciones de los signos como los realizados por el propio A. Evans con las tablillas de Cnosos, los de E. M. Bennett en su estudio del archivo de Pilos, y los de otros especialistas. Pero el impulso definitivo corrió a cargo de Michael Ventris, un joven arquitecto inglés, con dotes poco comunes para los idiomas. Con tesón e ingenio se aplicó a descubrir la estructura interna del lenguaje, para lo que su formación de arquitecto, como subrayó Chadwick, le fue de gran ayuda. El aislamiento de las partículas conjuntivas, de las flexiones por declinación de las palabras, iban dejando ver una estructura idiomática superponible a la del griego clásico.

Se afianzaron una hipótesis y un método que progresarían rápidamente por la colaboración con Ventris del filólogo J. Chadwick. Juntos publicaron varios trabajos, que culminaron en la edición de la obra básica Documents in Mycenaean Greek *(Cambridge Univ. Press) en 1956. El mismo año murió Ventris en un accidente de coche con sólo 34 años. Pero uno de los grandes éxitos culturales de nuestro tiempo había que incluirlo en su breve, aunque apretada, biografía.*

y en la barbilla, expresión también del formalismo micénico; y sobre todo en el relieve de la *Puerta de los Leones*. En la tosquedad de toda esta producción se advierten las carencias propias y las limitaciones resultantes cuando tampoco los minoicos colmaban el hueco con sus aportaciones. Pero la monumentalidad del relieve de los leones, la acertada captación de la majestuosa apariencia del rey de los animales, están por encima de su tosca ejecución y sirven de apropiado augurio a la extraordinaria escultura griega de períodos posteriores.

En un campo cultural distinto, el de la escritura, encontramos la más rotunda muestra de un préstamo minoico al servicio de una expresión distinta. Para escribir en su lengua, los griegos micénicos adoptaron y adaptaron la escritura lineal A de los cretenses, y así nació la escritura lineal B. Sobre dónde y cómo hizo su aparición la nueva escritura ha habido una larga discusión científica; según algunos investigadores —Chadwick, Godart, Hooker entre ellos—, el lineal B debió surgir a partir de una emigración de escribas cretenses a Grecia, seguramente a los núcleos principales de Micenas y Tirinto. Para Chadwick, estos escribas pudieron formar parte del conjunto de artesanos y expertos diversos que se trasladaron a las ciudades micénicas para atender las nuevas necesidades y exigencias del progreso que en ellas se daban.

Las conclusiones más recientes, obtenidas por investigadores como Sacconi, Godar, Oliver y Heubeck, parecen estar de acuerdo en que el lineal B se creó en el siglo XVI a. C. a partir de una variante del lineal A, seguramente uno de los tipos más arcaicos de esta escritura, que se empleaba en la zona de Cnosos. Posiblemente fue aquí, según la mayoría de los expertos, donde se inventó la nueva escritura para notar griego, por la presencia de una misión comercial micénica en Cnosos o por alguna otra razón; más tarde, hacia mediados del siglo XV, coincidiendo con la imposición de los micénicos en la isla, la escritura pasó al continente.

Conclusión

El mundo micénico, en conclusión, se expresó con una cultura propia, aunque forjada sobre la base de muchos préstamos, cretenses sobre todo. Algunos se emplearon directamente, otros, adaptados y modificados por necesidades y deseos de expresión nuevos, como ilustra perfectamente el ejemplo último de la escritura. Así se cubrió una primera etapa de la civilización helénica, con gentes que hablaban griego, y que, para lo bueno y para lo malo, invocaban ya a los mismos dioses que presidieron, desde el Olimpo, la historia de la Grecia clásica. En las tablillas micénicas figuran, en efecto, los nombres de Zeus, Hera, Atenea, Poseidón, Hermes, Dionisos..., el panteón, en suma, definitivamente articulado por Homero y Hesíodo.

Precisamente a propósito de la religión podríamos reproducir las discusiones y análisis comparativos entre las culturas minoica y micénica, y comprobar, de nuevo, que hay quienes defienden íntimas conexiones y quienes distancian un campo y otro. Hubo, sin duda, influencias minoicas, para lo que bastaría, quizá, reflexionar con reposo ante el relieve de la *Puerta de los Leones*. Pero la religiosidad micénica tiene contenidos bien distintos, simplificados en el tópico de ser, en esencia, una religión más patriarcal y uránica, presidida por un omnipotente dios del cielo, el padre Zeus. Su contenido podría alumbrarse con lo que se sabe de las etapas históricas posteriores, pero toda cautela es poca, porque las diferencias entre la religión clásica y la micénica parecen muy notables.

LA EDAD OSCURA Y EL RENACER DEL PERIODO GEOMETRICO

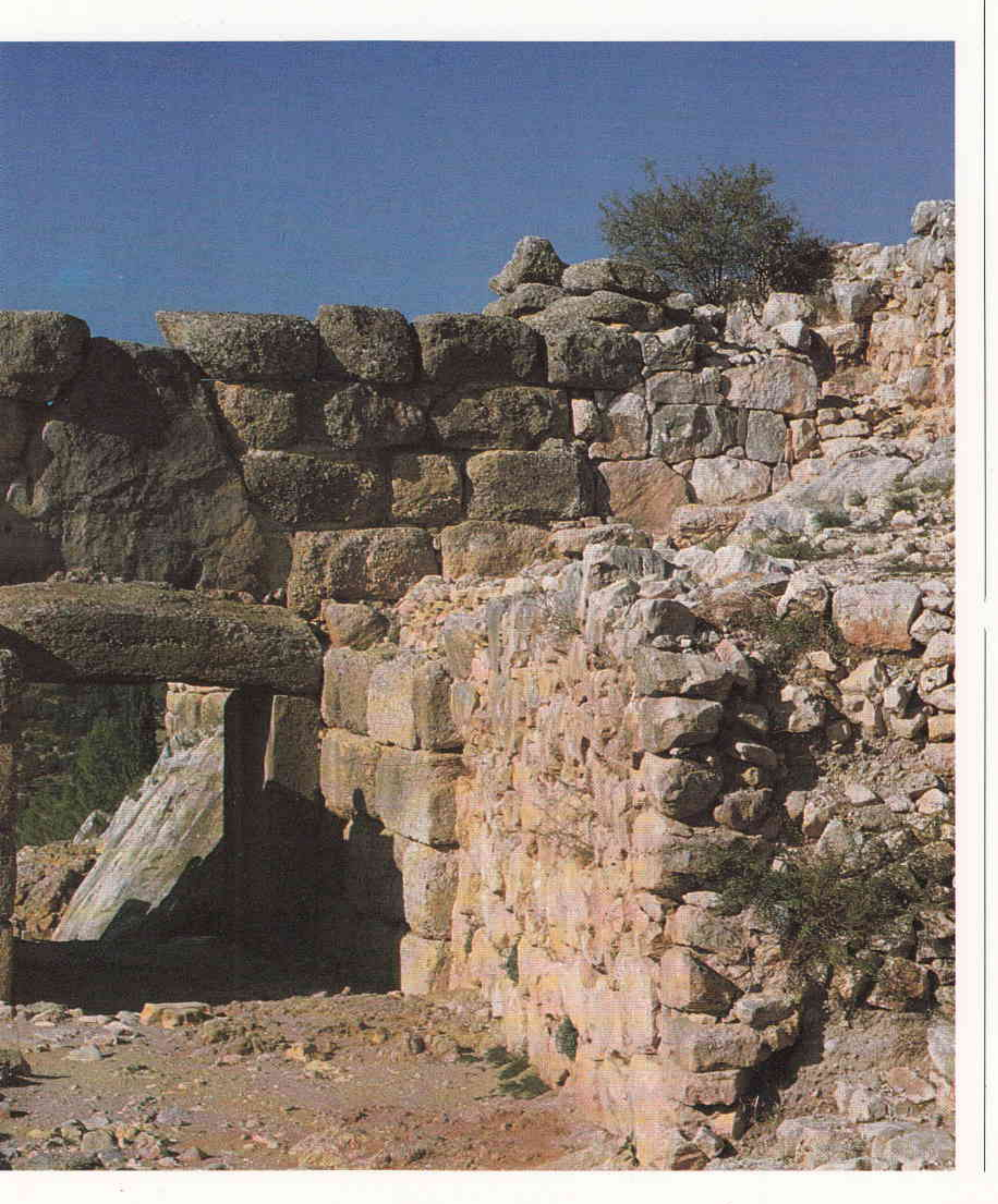
PESE a que la reciedumbre de sus ciudadelas pudiera presagiar una resistencia casi indefinida ante cualquier contingencia, la civilización micénica se derrumbó, como un castillo de naipes, apenas sus gentes se habían enjugado el sudor que derramaron con la construcción de sus murallas sobrehumanas. Un grave acontecimiento, o una cadena de ellos, dio al traste con los reinos micénicos, y de la brillantez de sus tiempos de gloria, se pasó a un período oscuro, hundido en una profunda depresión, y poco accesible al investigador, que se enfrenta con él al más vidrioso problema de la historia y la arqueología griegas. No es nada fácil saber qué ocurrió exactamente, pero el hecho es que la investigación presenta un panorama repleto de ciudades destruidas y abandonadas, de gentes que huyen acá y allá, como cierre de la floreciente etapa arqueológicamente clasificada como del Heládico Reciente III B.

Destrucciones y abandonos dan paso, pues, al período de profunda decadencia que Gilbert Murray calificó como *Dark Age* (época oscura), en su libro *The Rise of the Greek Epic,* publicado en 1907; la denominación se consagraría luego, porque certeramente expresa tanto la negrura de la situación que se cernió sobre el mundo griego, como la oscuridad en que se desenvuelve el investigador a la hora de indagar lo que sucedió entonces.

Las tablillas de Pilos se nos ofrecen como una excepcional mirilla por la que observar, trabajosamente, el interior de la ciudad por entonces, y algo puede verse de lo que ocurría poco an-



La Puerta de los Leones de Micenas vista desde dentro





Reconstrucción de una escena en el archivo de Pilos: funcionario, escriba y un niño preparando las tablillas

El archivo de Pilos

A la izquierda de los propileos que dan paso al patio principal del palacio de Pilos —con la fachada al fondo del mégaron *real—, dos habitaciones servían de oficina de control y de archivo de los documentos propios de la administración de la ciudad. El incendio que acabó con todo, y que destruyó también estas dos estancias, tuvo un casual efecto benéfico: cocer las tablillas de barro donde se escribían los asientos, que en otro caso, tal como se dejaban en arcilla cruda, no habrían llegado a nuestros días.*

Consciente de la importancia del lugar y de su precioso contenido Carl Blegen, el excavador de Pilos, rescató las piezas cuidadosamente, lo que ha permitido no sólo estudiar mejor el contenido de las tablillas —de las que hizo un primer y magnífico estudio Emmett L. Bennett—, sino obtener una imagen bastante afinada de cómo se clasificaban y archivaban.

En las tablillas de barro, preparadas en el mismo lugar en forma de torta alargada con una cara plana, los escribas hacían las anotaciones —cabezas de ganado, inventario de enseres, etcétera— con un objeto punzante, y, una vez secas, las tablillas eran agrupadas y clasificadas en cestos o cajas, que se ordenaban después en estantes de madera adosados a las paredes; los cestos se identificaban con etiquetas de barro pegadas por fuera. El archivo sólo guardaba las tablillas del año en curso, por lo que hay que suponer que se hacía liquidación anual y se empezaba con documentación nueva.

tes de la destrucción. Se comprueba que, desde el palacio, se dirigían los preparativos para estar dispuestos ante un peligro inminente (almacenamiento de víveres, recuento de armas, sistemas de alerta...). Los pilios no temían enemigos por tierra, hasta el punto de que prescindieron de murallas, habituales en las otras ciudades. Pero el peligro les venía por mar, y en las tablillas se menciona a unos *seguidores* que tenían por misión vigilar las costas y comunicar rápidamente las novedades al palacio. Al final, los preparativos fueron inútiles: el palacio fue saqueado y destruido; sus moradores lo abandonaron previamente, y puede suponerse que muchos de ellos quedaron cautivos de los atacantes. Por algunos indicios se deduce que la toma de la ciudad debió de ocurrir a comienzos de la primavera, hacia el mes de marzo, y puesto que parece que los que huyeron se desplazaron hacia el norte del Peloponeso, el Atica y zonas próximas, puede suponerse que el acoso procedía del sur, seguramente por obra de navegantes que llegaban del este mediterráneo.

Pero no fue el de Pilos, como se decía, un caso aislado. En general, la historia de los países ribereños del Mediterráneo oriental era, por estos tiempos, bastante agitada, aunque hubiera también períodos de calma, de los que se aprestaron a sacar buena tajada los centros económicos más activos. Pero menudeaban los conflictos. Recordemos que ya en el siglo XIV —hacia el 1380 a.C.— sufrió Cnosos una grave destrucción, debida a fenómenos naturales o a un saqueo, que señala la definitiva decadencia de Creta y la imposición de los micénicos como agentes principales en el comercio entre el Egeo y los países del Este. Es significativo que, algo antes, en una tumba egipcia, un embajador vestido a la usanza minoica fue sobrepintado con otra figura ataviada con un faldellín típico del continente griego, como si las gentes de aquí hubieran sustituido a los cretenses en el oficio de intermediarios comerciales.

Más o menos en las mismas fechas que Cnosos, durante el Heládico Reciente III A, fue destruida la micénica Tebas, tal vez por conflictos internos. Desde entonces, las destrucciones se recrudecen, en varias oleadas, si es que puede hablarse de tales y no, más bien, de desastres escalonados que iban afectando a zonas diversas. En la segunda mitad del siglo XIII a.C., durante el Heládico Reciente III B, se constatan destrucciones en la ciudad extramuros de Micenas, de nuevo en Tebas, posiblemente en Pilos, también en centros como Berbati, Ziguria y otros. Vuelven las destrucciones en numerosas ciudades de la Argólida a fines del siglo XIII o comienzos del XII a.C., momento al que corresponde también el saqueo definitivo de Pilos. Aún a lo largo del XII se repiten los desastres en Micenas, Tirinto, Iolkos, Korakou, Lefkandi, en Eubea y en otros lugares.

El seguimiento de las destrucciones podría conducirnos también a las ciudades de la costa mediterránea, como Ugarit o Hazor; y es en este contexto en el que debe situarse, seguramente, el asalto a Troya mitificado después en los poemas homéricos. En efecto, la ciudad correspondiente al nivel VIIa fue saqueada e incendiada hacia la mitad del siglo XIII a.C.; reconstruida de nuevo, la del horizonte VIIb muestra la presencia de gentes de origen tracio o ilirio, que debieron de llegar a Troya a través del Helesponto.

Destrucción y saqueo

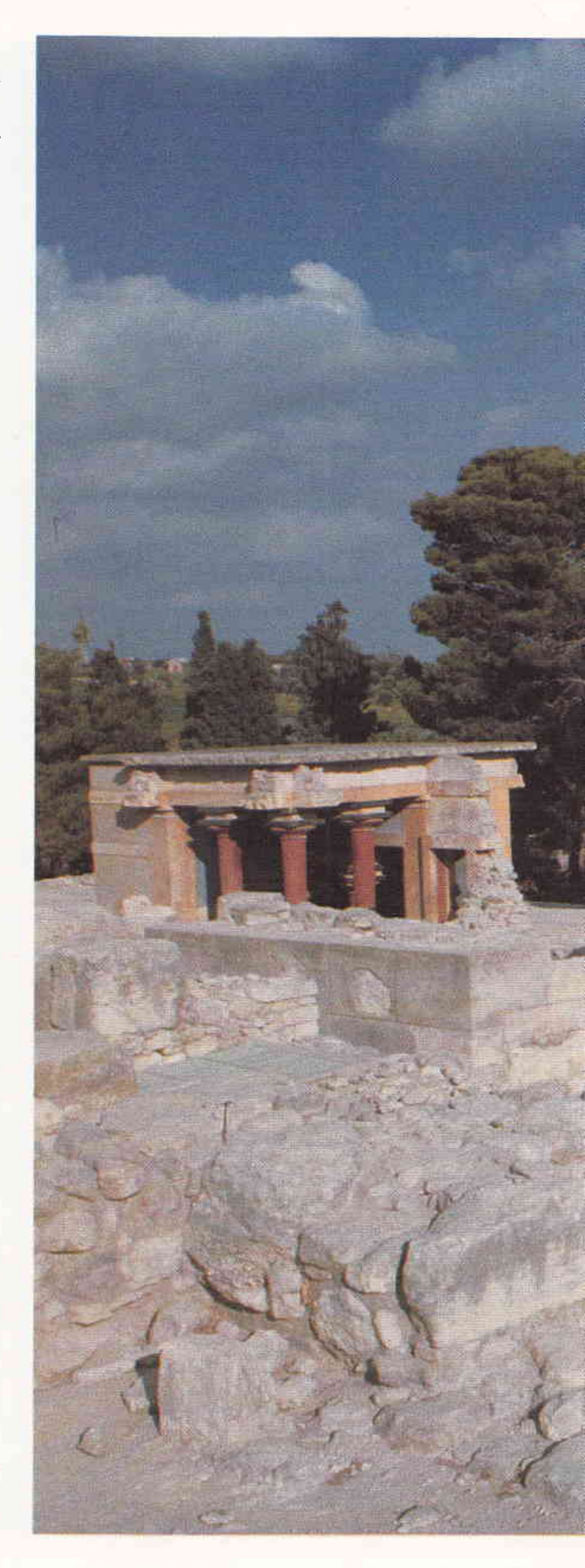
Pero volvamos al ámbito propiamente micénico, donde puede contemplarse cómo se derrumba el orden presidido por las poderosas monarquías actuantes hasta ahora; con él desaparecía la burocracia palaciega organizadora de los intercambios, tributos, y todo aquello que regulaba una compleja vida política y

una actividad económica intensiva basada en el comercio internacional. El soporte básico de la burocracia, la escritura, también desaparece y con ella perdía el mundo griego una expresión cultural de primerísimo orden.

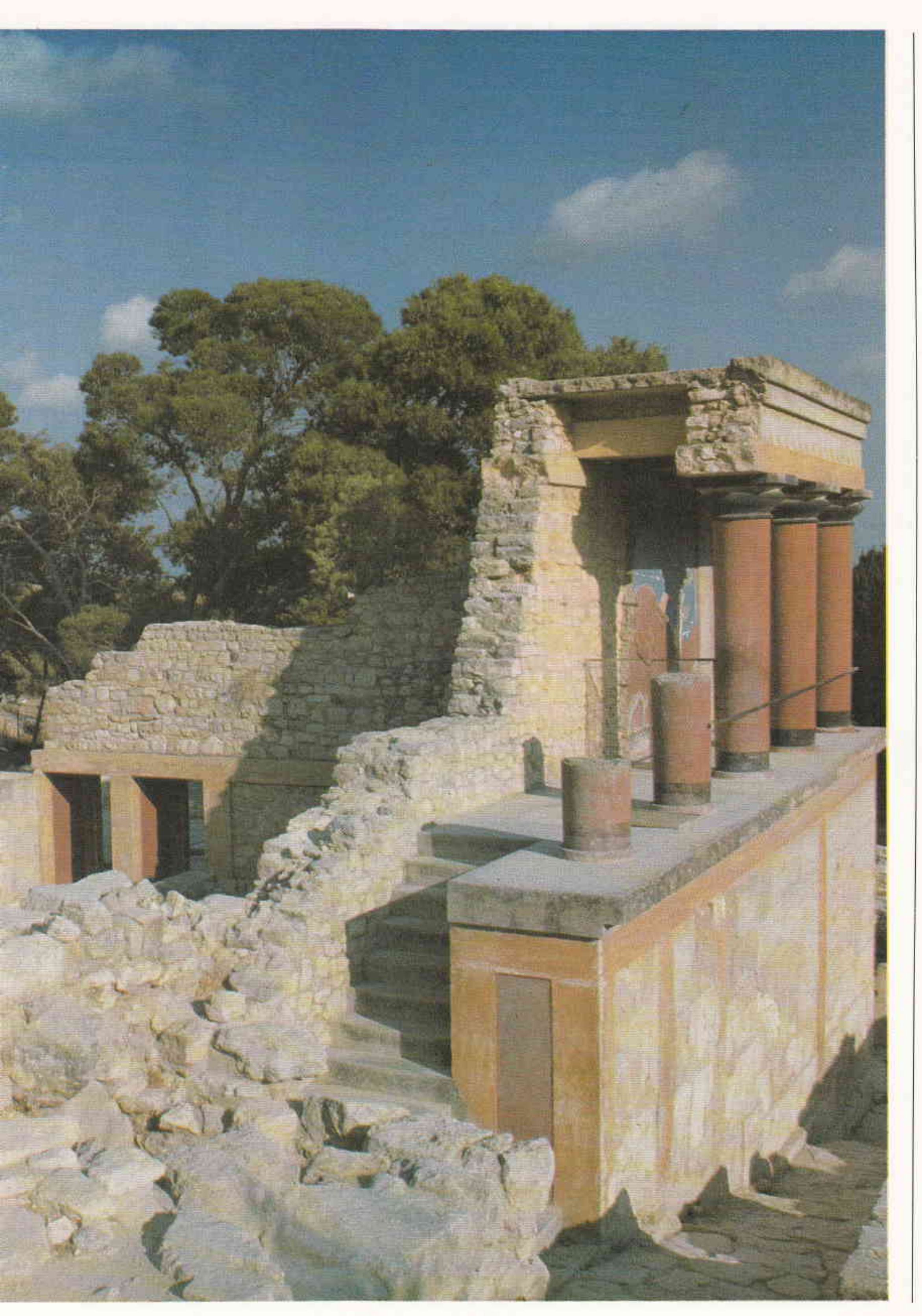
Junto a la escritura se interrumpieron igualmente las manifestaciones culturales y artísticas que denotan una alta civilización: la arquitectura mayor, la escultura, las artes suntuarias... Mal podía atender a estas cuestiones una mayoría de gente preocupada fundamentalmente de huir a la búsqueda de lugares más tranquilos. Un empobrecimiento generalizado se adueña del mundo micénico, que ofrece despobladas las zonas que antes estaban densamente habitadas y ocupadas sus gentes en el mantenimiento de una pujante economía.

El panorama, como es de suponer, no es homogéneo. Las destrucciones y, sobre todo, los abandonos, incidieron fundamentalmente en una amplia franja extendida por la Fócida, Beocia, Corintia, la Argólida y el sur del Peloponeso. Otras zonas, en cambio, fueron mucho menos afectadas; por ejemplo el Atica, que incluso incrementó su población, en buena parte porque en ella se refugiaron muchos de los que huían de las tierras más castigadas, mesenios entre ellos. También la isla de Eubea mantuvo una pujante actividad, con amplias relaciones desde el Atica hasta Chipre. A esta isla debieron de emigrar muchos de los afectados por la adversa situación, como también a las situadas frente a la costa occidental de Asia Menor y a la costa misma.

Chipre, en particular, donde la influencia micénica —incluida la presencia de comerciantes y artesanos aqueos— se hizo muy intensa desde el siglo XIV, es objeto desde fines del XIII de una verdadera colonización micénica, imponiéndose el griego como len-



Vista parcial del palacio de Cnosos en la isla de Creta



gua habitual en la isla. Un rico comercio, basado en la exportación de cobre ante todo, mantuvo el florecimiento chipriota durante buena parte del siglo XII, pero también aquí llegó la oleada de destrucciones y saqueos en este siglo XII y en la centuria siguiente. En ésta, por ejemplo, fueron arrasadas las ricas ciudades de Kition y Enkomi.

Es hora de preguntarse por qué o quiénes fueron los causantes de tantas destrucciones, de la grave crisis con que se acercaba a los finales del segundo milenio la amplia cuenca del Mediterráneo oriental; de poner en cuestión, en fin, qué causa o causas forjaron el hundimiento de la civilización micénica.

Heráclidas y dorios

La historia tradicional, a partir de las noticias transmitidas por Tucídides y otros historiadores antiguos, del estudio de los dialectos griegos y de otros indicios, explicaba el final de la civilización micénica de forma sencilla o, mejor, muy simple: la penetración en Grecia de una estirpe de griegos, los dorios, que desde las regiones del norte invadieron el territorio dominado por los micénicos; la violencia de la invasión y la rudeza cultural de estos griegos dóricos sumieron a Grecia en la decadencia, al tiempo que se inauguraba, en medio de la pobreza, la nueva Edad del Hierro, en el supuesto de que fueran los dorios los que introdujeron en Grecia el uso de ese metal.

Se tenía por cierto que los dorios procedían de las regiones del norte de Grecia, del Epiro, desde donde se trasladaron hacia el sur empujados quizá por ilirios y otros pueblos del interior, que a su vez se vieron movilizados por un desplazamiento general de pueblos, a los que un repentino cambio climático en la Europa central y septentrional había arrancado de sus patrias. Desde el Epiro, y tal vez por vía marítima, los dorios ocuparon buena parte del Peloponeso —quedaron libres de su presencia la Arcadia y otras regiones— y pasaron a las islas, hasta hacer suyas las del Egeo meridional, entre las que destacan Creta, Rodas y otras islas del Dodecaneso, desde donde ocuparían el extremo suroccidental de Anatolia.

De esta penetración doria parecía conservar la mitología su particular memoria con la leyenda del *Retorno de los Heráclidas*. He aquí, resumida, la versión que de ella ofrece G. Schwab:

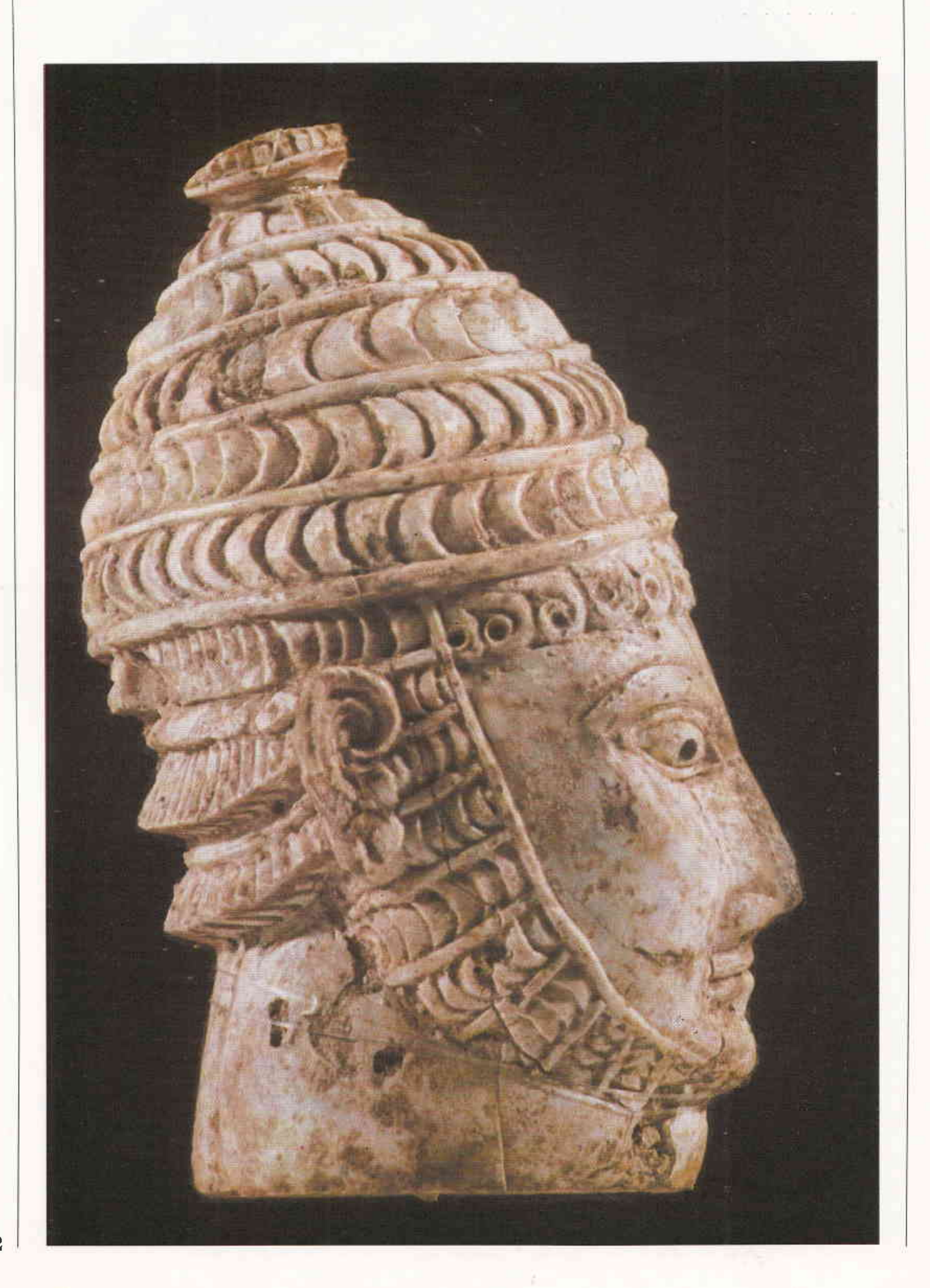
En el Olimpo Heracles, y libre Euristeo, rey de Argos, del temor que aquél le inspirara, su espíritu de venganza se cebó con los hijos del semidiós, el mayor número de los cuales vivía con Alcmena, la madre del héroe, en Micenas, capital de Argos. Huyendo de sus acechanzas se refugiaron en Traquis, bajo la protección del rey Ceix; pero cuando Euristeo exigió de este débil príncipe la entrega de sus protegidos amenazándole con la guerra, aquéllos, sintiéndose inseguros, abandonaron el país y huyeron a través de Grecia. Los protegía Yolao, sobrino y amigo de Heracles, y conducidos por él llegaron a Atenas, donde recibieron la hospitalidad del rey Demofoonte, hijo de Teseo, pese a que ello le costara una guerra con los argivos; se resolvió con fortuna para los atenienses y los Heráclidas por la oportuna llegada de Hilos, hijo de Heracles y Deyanira, con un ejército de refuerzo; y la derrota costó la muerte al mismo Euristeo.

Pudieron volver victoriosos los Heráclidas al Peloponeso, pero una terrible peste se desató en el país, y el oráculo de Delfos reveló que ellos eran los culpables por haber regresado antes del tiempo debido, por lo que retornaron al Atica. Hilos consultó al oráculo cuándo podían volver al Peloponeso, y fue la respuesta: *Esperad el tercer fruto, entonces conseguiréis el regreso.* Suponien-

Sello de oro procedente de la tumba IV de Micenas (Museo Nacional de Atenas)

Relieve de la Puerta de los Leones de Micenas

Cabeza de guerrero micénico tallada en marfil con casco de colmillos de jabalí (Museo Nacional de Atenas)



do que los frutos eran las cosechas de cada año, lo intentaron inmediatamente, pero fracasaron con graves consecuencias porque no supieron interpretar el oráculo. La pitonisa les aclaró, vistas sus tribulaciones, que los frutos eran generaciones, y así pudieron regresar cuando llegó la tercera, pasados más de ochenta años. Los descendientes de Heracles conquistaron, por fin, el Peloponeso y se lo repartieron por sorteo: Argos correspondió a Témeno, Lacedemonia a los hijos de Aristodemo, y Mesenia a Cresfonte.

Revisión de la interpretación tradicional

La explicación del hundimiento de Micenas por la invasión de los dorios, con la referencia mítica del retorno de los Heráclidas, era admitida genéricamente hasta hace muy poco, pero hoy día no se acepta esta versión de los acontecimientos. La investigación moderna ha hecho diluirse la inmigración doria como un azucarillo en el vaso de agua que se ha ido llenando con el progreso científico. No se encuentran las huellas arqueológicas asociables a ella, excluidas la llegada del hierro, que tuvo otras vías, y la aparición del rito funerario de la cremación, que se tenían ambas por novedades introducidas en Grecia por los dorios.

Ya a fines del siglo pasado adoptó Karl Julius Beloch una actitud crítica sobre la realidad de la invasión doria, y la investigación filológica e histórica posterior le ha dado la razón al concluir que no existió tal invasión, ni hubo una estirpe específica de griegos dorios que se trasladaran al corazón de la Grecia micénica con su dialecto propio. J. Chadwick ha defendido modernamente una sugestiva hipótesis en este sentido, de la que dio un primer avance en una conferencia dictada en Roma en 1975 (*Chi erano i dori?*). Según el gran micenólogo inglés, había en el mundo micénico dos estratos lingüísticos o dialectos griegos: el *standard*, propio de la aristocracia, empleado en la burocracia palaciega y muy innovador, permeable por ejemplo al influjo minoico, y un dialecto *substandard*, hablado por las clases inferiores y más limitado a las zonas rurales. Ambas lenguas convivían, pero bastante apartadas por la rígida jerarquización de la sociedad micénica, pese a lo que pueden barruntarse algunas contaminaciones.

La lengua *substandar* sería el protodórico, y los dorios no serían sino la masa de la población de los reinos micénicos; estaban, pues, en el ámbito micénico y no tuvieron que venir de parte alguna. La imposición del dialecto *substandard* fue una más de las consecuencias del colapso de la civilización micénica, con una inversión violenta de la estructura social y la entrada en contacto de ambos dialectos. Desaparecida la aristocracia, absorbida por la masa social, la lengua resultante continuó el dialecto dórico del pueblo, en el que, por otra parte, sobrevivieron algunos rasgos del aristocrático.

El *substandard* pervivió básicamente en los dialectos occidentales del primer milenio, y el *standard* se mantendría con bastante pureza en el arcadio. La mezcla de ambos daría lugar en el Atica posmicénica al jónico-ático, con predominio del *standard*. La entrada del dorio en Creta tuvo lugar, entonces, con la misma penetración de micénicos en la isla.

El conjunto de sus hipótesis lo redondea Chadwick suponiendo que, si alguna realidad histórica puede relacionarse con la leyenda de los Heráclidas, ha de buscarse en conflictos intestinos de la aristocracia micénica. Acaso una poderosa familia fue obligada a exiliarse por rivales políticos, y volvieron luego acompañados, como dice Heródoto, de tribus que poblaban las cadenas montañosas del Pindo. Resueltos, pues, a retomar sus posiciones con las nuevas

huestes de no griegos, los Heráclidas debieron de contribuir a agravar la situación caótica que vivía el mundo micénico en el siglo XII.

Si no hubo, por tanto, inmigración doria, ni cabe atribuirles las destrucciones constatadas en las ciudades micénicas, habrá que buscar otras razones u otros responsables, y las modernas líneas de investigación apuntan a los complejos fenómenos de migraciones y desplazamientos de los llamados *Pueblos del Mar.*

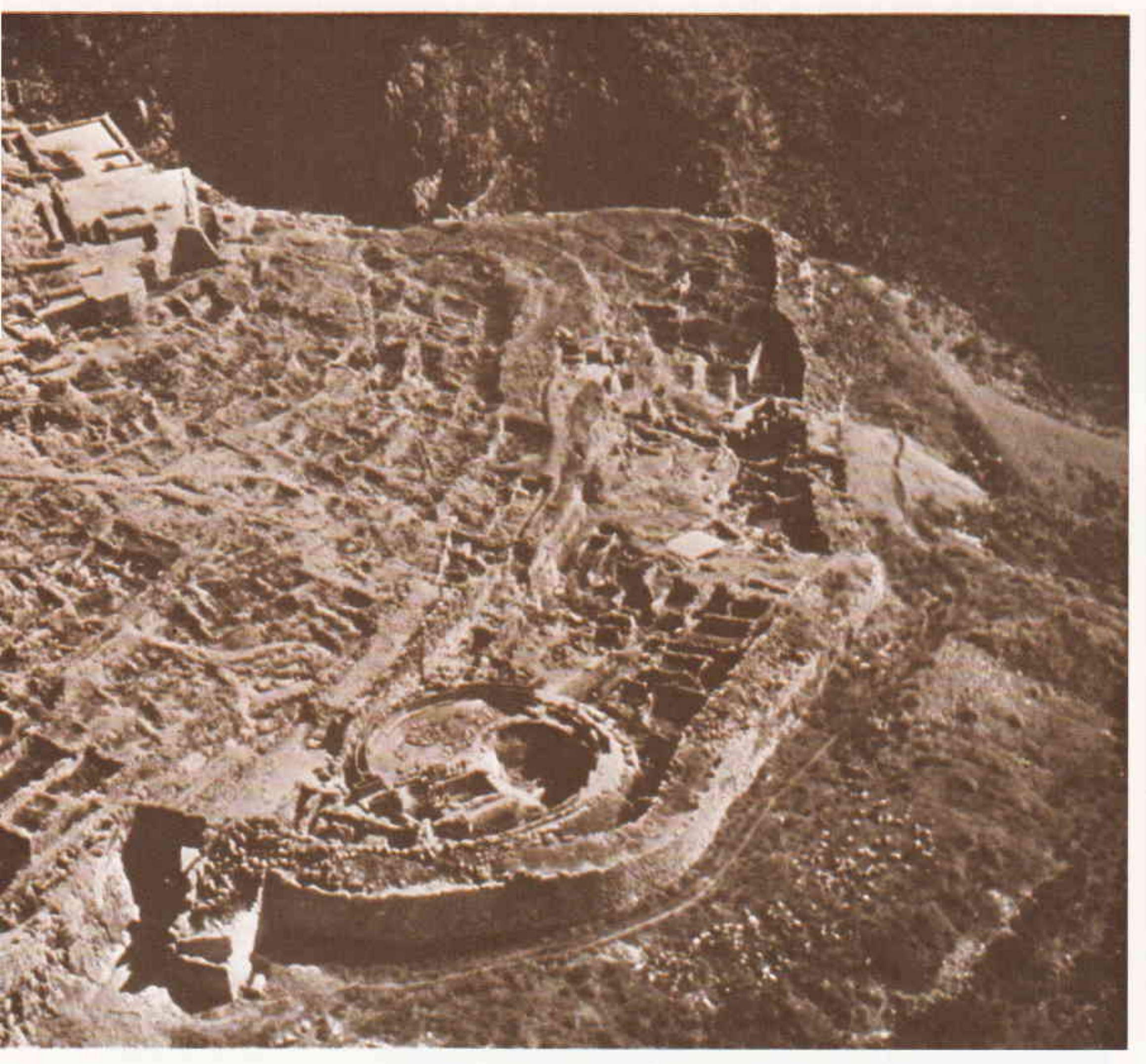


Los «Pueblos del Mar»

Los textos y relieves egipcios —del Rameseum o de Medinet Abu— guardan memoria del enfrentamiento con unos *Pueblos del Mar* al menos en dos ocasiones: en tiempos de Merenptah, en que aparecen como aliados de los libios en su guerra contra los egipcios (año 1220 a.C.), y en el reinado de Ramsés III, hacia el año 1186. La solidez política y militar de Egipto y sus peculiaridades geográficas contribuyeron a conjurar el peligro, pero los efectos de la presencia de aquellos pueblos se acusaron con fuerza en los territorios asiáticos que entraban en la órbita del poder del faraón.

Por otra parte, la aparición de los *Pueblos del Mar* en los testimonios egipcios viene a ser como la punta emergente y visible de un *iceberg,* puesto que en esos testimonios asoma un fenómeno mucho más amplio, de una envergadura tal que afectó a un gran sector del Oriente Próximo y a buena parte de Europa. Quedan envueltos los *Pueblos del Mar* en un formidable problema histórico, sin duda uno de los más importantes de la historia del Viejo Mundo, aunque también comporta uno de los episodios más trascendentes y atractivos. El nombre genérico con que se conoce a sus protagonistas contiene un primer punto de confusión, ya que no sólo se desplazaron por mar, sino también por tierra; y puede tomarse la ambigüedad del nombre por aviso de la dificultad que su análisis entraña. Veamos ahora con algún detenimiento qué gentes componían esos denominados *Pueblos del Mar.*

En los textos referidos a la guerra de los libios contra Merenptah se mencionan, como aliados de los primeros, a los siguientes: *shardana, lukka, meshwesh, teresh, ekwesh* y *shekelesh.* En el ataque realizado durante el gobierno de Ramsés III se habla de los *shardana, shekelesh, denyen* (o *danuna*), *teresh, peleset, tjeker* y *weshesh.* Por otra parte, en la crónica egipcia de la ba-



Vista aérea de la acrópolis de Micenas con el círculo A *en primer término*

talla de Kadesh, que libraron hacia el 1286 los ejércitos del faraón Ramsés II y del rey hitita Muwatallis, se alude a los *shardana*, entonces aliados de los egipcios, y a los *lukka* y los *dardany* entre los que lucharon del lado hitita.

De dónde procedían todos estos pueblos y qué caminos siguieron en sus desplazamientos son cuestiones de difícil respuesta, como bien ha señalado N. K. Sandars en sus estudios, en los que se basa lo fundamental de estos párrafos. Los *shardana*, uno de los pueblos principales, aparecen primero como piratas, luego como mercenarios integrantes del ejército egipcio, o aliados con sus enemigos libios, y de nuevo como piratas que sembraban de inquietud las fronteras de Egipto. Podemos imaginarlos como un pueblo guerrero sin asiento fijo, de hábiles luchadores con la espada y el escudo, que merodeaban por los dominios egipcios y los Estados próximos dispuestos siempre a obtener botín y a estar al servicio del mejor postor.

Procedían, tal vez, de la costa norte de Siria, y tras ser rechazados por Ramsés III, pasaron a Chipre, probablemente junto con gente huida de Ugarit; des-

pués, todos o una parte de ellos, se dirigieron al oeste y se establecieron en Cerdeña, isla a la que dieron su nombre. Son claros los paralelismos entre los *shardana*, representados con cascos de cuernos, largas espadas y escudos redondos en los relieves de Medinet Abu, y las figuritas sardas de bronce de guerreros y dioses con el mismo tipo de armamento.

Los *shekelesh*, como los *shardana*, emigraron hacia el oeste y desembarcaron en Sicilia, a la que, igualmente, dieron el nombre que mantiene hasta nuestros días la isla. Después de la guerra de Merenptah no se vuelve a mencionar a los *lukka* ni a los *ekwesh*; estos últimos plantean el problema de si se trata de los *ahhiyawa* citados en los textos hititas, y, por tanto, si son identificables con los aqueos. Es posible que así fuera, que grupos de griegos micénicos se vieran obligados a abandonar sus tierras confundiéndose en la colosal movilización de gentes que en esas fechas se producía. Los *lukka* procedían, quizá, del oeste de Anatolia, de donde pudieron partir también los enigmáticos *teresh* o *tursha*. Se ha supuesto que alguna relación guardan estos últimos con los *tirsenos* o etruscos, quienes, según relato de Heródoto I, 94, emigraron desde Lidia a la Península Itálica para salir de la penuria que padecían en su patria; es un asunto ciertamente problemático, pero cuya posibilidad admiten sin género alguno de dudas especialistas como Raymond Bloch. Recordemos también la presunta vinculación entre los *tirsenos* y *teresh* y los tartessios de la España protohistórica, ecuación de la que fue apasionado partidario el hispanista alemán Adolfo Schulten.

Un frágil equilibrio entre potencias

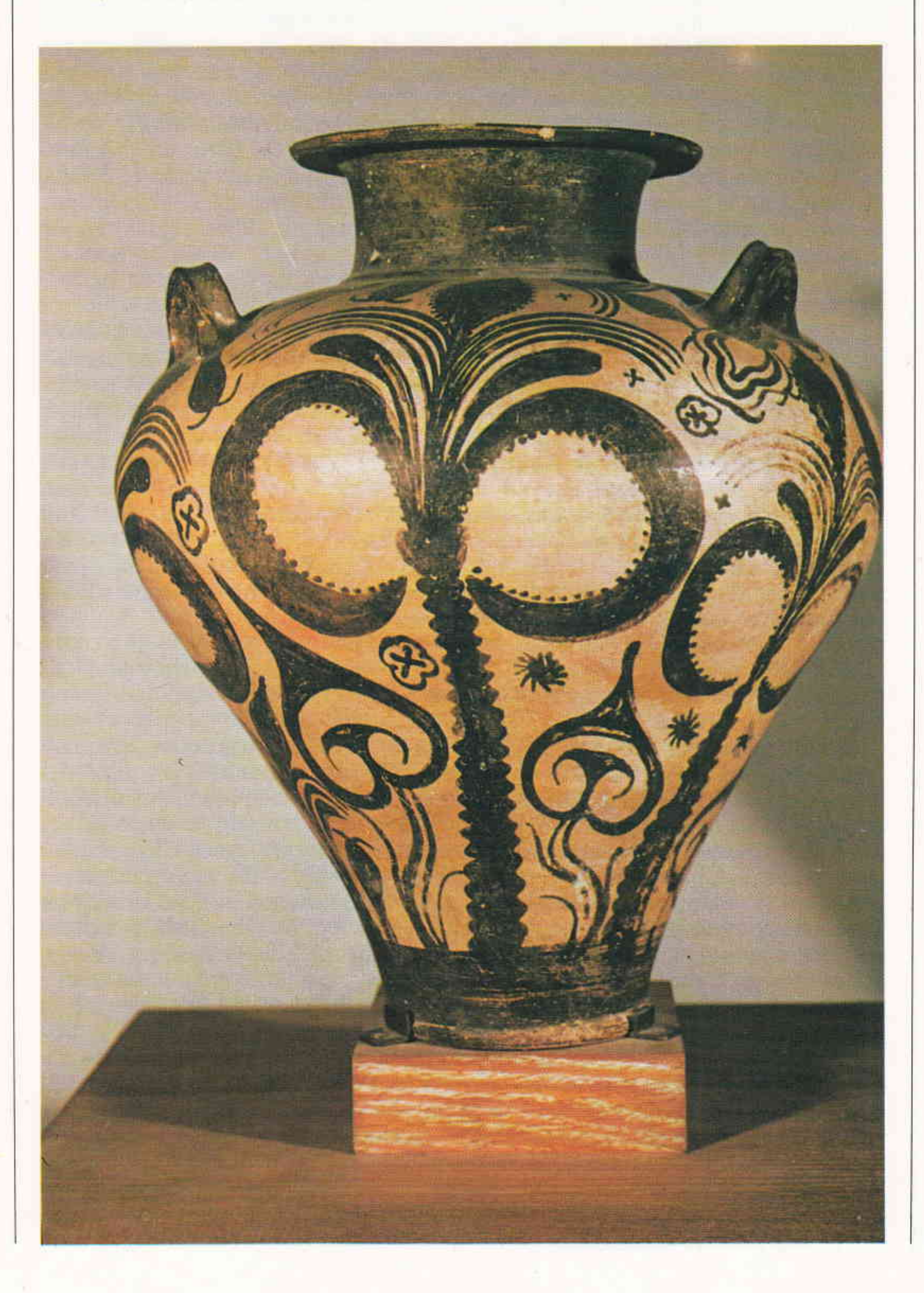
Los nuevos piratas de la época de Ramsés III —*denyen, tjeker, peleset, weshesh*—, que por tierra y por mar avanzaron hacia Egipto, ofrecen en algún caso el aspecto de campesinos desarraigados en busca de tierras; en los relieves aparecen conduciendo pesados carros de dos ruedas arrastrados por cuatro bueyes, en los que también viajaban las mujeres y los niños. Muchos se establecieron en la región de Palestina o en su entorno, particularmente los *peleset*, de quienes tomó la región su nombre. Son éstos, por otra parte, los filisteos de los que habla la *Biblia*.

Si los egipcios lograron parar o amortiguar la llegada de estos pueblos, su paso por los países próximos dejó un reguero de destrucciones y crisis gravísimas. Los *Pueblos del Mar* debieron de ser responsables más o menos directos de destrucciones de ciudades como las mencionadas de Ugarit, Hazor y tantas otras; su máxima capacidad de acción debe de estar relacionada con el derrumbamiento de la próspera civilización hitita, y pudieron ser algunos de ellos los que atacaron Pilos y posiblemente otras ciudades micénicas, contribuyendo a la ruina de la civilización que aquéllas en conjunto componían.

Los amplios períodos de paz vividos en el Mediterráneo oriental durante el siglo XIII, en los que lograron altas cotas de progreso los hititas, los micénicos, los chipriotas y los habitantes de las ciudades de la costa siria entre otros, descansaban, en realidad, en un equilibrio bastante precario. Lo sostenían dos grandes potencias militares y políticas —Egipto y el país de Hatti— y quedó garantizado con la situación creada tras la batalla de Kadesh, en verdad un éxito para los hititas, pese a los aires de victoria que se otorgan los egipcios en sus crónicas. En el tratado que siguió, los antes contendientes se comprometían a ayudarse mutuamente en caso de agresión de terceros, y la paz se sellaba con el matrimonio de Ramsés con una hija de Hattusili III, el nuevo rey de los hititas.

El equilibrio así garantizado era, empero, bastante delicado, presto a derrum-

Vaso micénico del siglo XV a. C. (Museo Nacional de Atenas)



barse a poco que se alterara el juego de fuerzas que lo sustentaba. Y falló precisamente del lado de los hititas. Habían levantado éstos su imperio en medio de presiones exteriores que iban desde las ejercidas por reinos tan temibles como Asiria, hasta el acoso de pueblos periféricos como los *kaska*, que, sin constituir un Estado organizado, estaban siempre al acecho para hacerse con el botín que las ciudades hititas podían proporcionarles. Se añade a todo esto una creciente inestabilidad interna y el resultado será la ruina de todo el organismo político y económico regido desde Hattusa.

Defiende Sandars la tesis de que precisamente el hundimiento del Estado hitita dio a la inestabilidad representada por los *Pueblos del Mar* una magnitud extraordinaria. Su anterior solidez había sido un dique de contención en Anatolia pero, rota la presa, las consecuencias se harían imprevisibles. Primero por la ruina de la propia civilización hitita, que encontró un último refugio en los llamados reinos neohititas de la región del Tauro y el norte de Siria; después, por la extensión del caos al ámbito siropalestino hasta las fronteras de Egipto, y a todo el Mediterráneo oriental.

Ya se ha dicho que el mundo micénico estuvo entre los afectados por la situación de inestabilidad creada por los *Pueblos del Mar*, y que algunas de sus ciudades pudieron ser víctimas de sus acciones piráticas. Del mar procedían los atacantes de Pilos según las versiones más convincentes. En Micenas, por otra parte, apareció el famoso *Vaso de los Guerreros* (del Heládico Reciente III C, posterior a las destrucciones del 1190 a.C. aproximadamente), en el que se representó una infantería de soldados claramente no micénicos; son guerreros con faldellín y coselete, armados con grebas, lanzas, escudos redondos con una amplia escotadura y cascos con cuernos y penacho de plumas. Pertenecen, pues, a la estirpe de los *Pueblos del Mar*, presentes en Micenas no se sabe bien en función de qué; pero recuerda el caso de los mencionados *shardana*, aliados como mercenarios de los egipcios unas veces, enemigos en el lado opuesto del frente otras.

Nuevas hipótesis

Es verdad que no es posible afirmar que el mundo micénico se derrumbó bajo los golpes de los *Pueblos del Mar*, simplificando la situación y reproduciendo, con otros protagonistas, el sencillo esquema de la invasión doria. Incluso hay autores que se resisten a conceder tanta importancia a los *Pueblos del Mar*. Klaus Kilian, por ejemplo, que excava en Tirinto, ha defendido recientemente que la ruina de las ciudades micénicas se debió sobre todo a desastres naturales, y no tanto a asedios de estos o aquellos enemigos. Incluso la destrucción de Pilos la atribuye a un terremoto. Las huellas de esos temblores telúricos las encuentra Kilian en la mayoría de las ciudades micénicas: Micenas, Tirinto, Midea, Atenas, Tebas, Lefkandí y otras, incluida Troya.

Supone también que, a causa de estos fenómenos naturales, se abandonaron numerosos centros a fines del Heládico Reciente III B, agrupándose la población, en una suerte de sinecismo, en los centros principales como Micenas, Tirinto o Argos. Con ocasión de estas agrupaciones, se ensayaron fórmulas urbanísticas, bien comprobadas en la ciudad baja de Tirinto, con la construcción de largas casas rectangulares, con patios, en las que se percibe el aprovechamiento de las experiencias llevadas a cabo en Chipre.

Pero baste lo dicho para comprobar que aún se está lejos de tener perfectamente aclaradas las causas de la ruina de la civilización micénica. Es lo probable —y lo más práctico argumentalmente— que no se debiera a un factor único, sino

a una suma de factores. Evidentemente los terremotos han existido siempre, pero cuando ocurrían en momentos favorables, los daños se reparaban rápidamente y apenas tenían consecuencias históricas. Ahora pudo haberlos también, pero habría que sumarlos a una serie de circunstancias adversas que dieron por resultado la contracción del comercio interior y exterior, desencadenante de una grave crisis económica que pudo ser caldo fácil de cultivo para los conflictos entre unas ciudades y otras. La piratería, endémica en la zona, pudo cobrar proporciones desacostumbradas por el agrietamiento de los poderes que podían contenerla; el paso a verdaderas invasiones, como las que se asocian a los movimientos de los *Pueblos del Mar*, pudo darse con facilidad. Todo, a la postre, precipitó la ruina del mundo micénico, que entró de esa manera en la decadente época oscura.

La oscura realidad

Si las causas del hundimiento de la civilización micénica son discutibles, no lo son las evidencias de una cultura material en rápido empobrecimiento, con la brusca interrupción de las producciones o creaciones más brillantes de la etapa anterior. Y entrados en el terreno de las manifestaciones materiales, el propio de la Arqueología, la cerámica proporciona como siempre las pautas más útiles, aparte de constituir —insistamos— una base de periodificación cronológica y cultural, tanto más imprescindible cuanto más escasas son las otras apoyaturas históricas.

La época de las destrucciones de los centros micénicos coincide con el final de los estilos cerámicos propios del Heládico Reciente III B, y el paso a la nueva etapa del Heládico Reciente III C, que se extiende, en números redondos, entre el 1200 y el 1050 a.C. La primera nota característica de la cerámica de la nueva fase es la diversidad de estilos, expresión de la progresiva disgregación del mundo micénico. Antes la cerámica mostraba una gran uniformidad, con un claro liderazgo de la Argólida en la definición de formas y decoraciones. V.R. d'A. Desborough, que se ha ocupado por extenso del estudio de esta época, veía en ello la consecuencia de una probable unificación política de la civilización micénica, con la ciudad de Micenas como capital de un verdadero imperio; su rey sería el único interlocutor con el exterior, para lo que recuerda que los hititas hablan del rey del país de *Ahhiyawa*, que podía corresponder al conjunto del mundo micénico.

El hecho es que frente a la uniformidad cultural del HR III B, la cerámica del HR III C ofrece una gran diversidad de estilos locales. Destacan entre éstos el llamado *Close Style* y el *estilo del granero (Granary Class).* El primero, de notable calidad, se caracteriza por una cuidada decoración que cubre el vaso de una amalgama de dibujos lineales y convencionales, a menudo con rosetas, pájaros y peces; se da con frecuencia en las características jarras de estribo. Una variante del mismo se desarrolló en la costa este del Atica y en las islas, en el que abundan los animales marinos, especialmente el pulpo, con diseños simétricos y muy estilizados.

El *estilo del granero* es mucho más simple y muy importante por cuanto prevalece sobre el elaborado estilo anterior hasta convertirse en la base de los estilos cerámicos posteriores. La forma más característica es un cuenco profundo de borde ligeramente exvasado, decorado sobre fondo oscuro; suele tener una banda en claro, que puede recibir por toda ornamentación una línea ondulada. Con este estilo se modelaban también anforiscos, copas, jarras de verter y otras formas. Continuó produciéndose también una cerámica de estiló pictórico, al que corresponde el *Vaso de los Guerreros* de Micenas, estilo que se ma-



El vaso de los guerreros, *siglo* XIII *a. C., procedente de Micenas (Museo Nacional de Atenas)*

nifiesta asimismo en las escenas pintadas en los *lárnakes* o sarcófagos de barro. Una variante cerámica final, la submicénica, bien documentada en el cementerio del Cerámico de Atenas, ejemplifica el triunfo de las tendencias propias del *estilo del granero*, y la transición al protogeométrico.

La arquitectura, en esta fase del Heládico Reciente III C, muestra una indudable recesión. Los testimonios se enrarecen, pero en general puede hablarse de una pérdida de las técnicas de construcción con grandes piedras, como fue propio de las etapas micénicas más florecientes. Se constatan reutilizaciones de los antiguos edificios y destrucciones de muchos en las zonas más afectadas del continente, sobre todo en el Peloponeso. En Tesalia, el palacio de Iolkos fue destruido, pero en el entorno se levantaron a continuación edificios de gran calidad. Por lo que se refiere a las islas de la órbita micénica, las destrucciones no fueron tan generales, y aunque las pruebas no abundan, parece que mantuvo la arquitectura un cierto nivel. En Creta —Gortina, Faistos— se realizaron edificios de piedra, aunque sin la calidad arquitectónica de la época de los palacios.

El poblado de Karfi

Como botón de muestra de las tendencias urbanísticas y arquitectónicas de esta época puede resultar válido el poblado de Karfi, en Creta, levantado en un lugar casi inaccesible, a unos trescientos metros de altura sobre la llanura de Lasithi, en el sector centro-oriental de la isla. Lo construyeron hacia finales del si-



Dos ánforas protogeométricas de la necrópolis del Cerámico, Atenas

glo XII a.C. gentes de cultura minoico-micénica, que parecían huir de las condiciones presumiblemente desfavorables del llano. Es un poblado de casas modestas, de trama irregular, con calles, en cambio, bien cuidadas, y un espacio abierto junto a una casa más grande y mejor tratada; en ella se comprueban reminiscencias del *mégaron*, todo lo cual invita a pensar que fuera la residencia del gobernador. Al norte se halla una zona cultual, en la que se encontraron ídolos de barro de tradición micénica. El poblado fue abandonado a comienzos del siglo X a.C.

Por las construcciones conocidas y por la escasez de testimonios se deduce el recurso muy generalizado a una arquitectura bastante elemental, con abundante uso del barro y de las estructuras lígneas, en las que se percibe en ocasiones la sombra de las fórmulas arquitectónicas anteriores, aparte de que se reutilizaran edificios antiguos. Y si apenas hubo arquitectura digna de tal nombre, lo mismo sucede con el conjunto de las manifestaciones artísticas, que prácticamente no existen, aparte de la modesta artesanía alfarera y de la producción de idolillos de barro que llevar a los lugares sagrados. Por otra parte, en este pobre cuadro cultural, aparecen los instrumentos de hierro, fruto de una técnica procedente del este mediterráneo, que pudo llegar a través de Chipre.

La recuperación del período geométrico

En la primera mitad del siglo XI a.C., el balance de la crisis de la civilización micénica entrega por resultado un mundo griego sumido en una profunda rece-

sión: desaparecida la vida urbana, con una sociedad desarticulada y apenas atareada en una economía de subsistencia, prácticamente aislada. Se había regresado, en pocas palabras, a una protohistoria —casi una prehistoria— en cuyos pobres rasgos sería imposible adivinar el espléndido pasado micénico. Pero la realidad posterior demuestra que el pueblo griego mantuvo de alguna manera, como hibernada, una parte de su cultura, y habría de recuperarse con ímpetu suficiente como para cubrir las etapas más brillantes de su historia. ¿Quién no admite esa misteriosa perduración del legado micénico teniendo en las manos los poemas homéricos?

No obstante, la ciencia moderna ofrece un muestrario muy variado de actitudes en lo que se refiere a la relación que guardan la Grecia micénica y la posterior a la época oscura. No son pocos los autores que a la vista de los muchos cambios, de la profundidad de la cesura, consideran la época micénica un episodio cerrado, sin virtualidad ni operatividad en las etapas posteriores. Otros subrayan más los nexos, la continuidad, rastreable en hechos de tanta importancia cultural como la identidad de la lengua, la veneración de los mismos dioses —o con los mismos nombres—, y muchos más elementos, entre los que hay que volver a mencionar el recuerdo del pasado micénico en la obra de Homero.

Desde el punto de vista de los datos arqueológicos, es cierto que abundan los indicios de ruptura en las ciudades y en los asentamientos en general, que sólo ofrecen mayor continuidad en regiones específicas, por ejemplo Creta y el Atica. Pero ha de tenerse en cuenta que los testimonios arqueológicos de la época son muy limitados: apenas se conoce la arquitectura y casi todo lo recuperado son cerámicas y vestigios propios de las necrópolis. Justamente la cerámica proporciona los únicos materiales seriados y con abundancia suficiente como para permitirnos hoy seguir el proceso histórico de estas difíciles etapas. Son como el hilo de Ariadna con el que andar sin perderse por los siglos oscuros que median hasta la definitiva recuperación de Grecia. Se comprenderá —digamos también— que por su importancia como documento histórico y por el decidido y característico geometrismo de la decoración de los vasos, haya prosperado la denominación de período Geométrico.

Señalemos ya las primeras conclusiones de interés extraídas del estudio de la cerámica. En primer lugar, puede decirse que a mediados del siglo XI a.C. comienzan los signos de recuperación con la aparición de un nuevo estilo cerámico, el protogeométrico. El hecho tuvo lugar en el Atica, lo que apunta a un fenómeno esencial en estas nuevas fases: el papel hegemónico de Atenas en la renovación cultural que ahora se inicia.

Pocas páginas más arriba hemos visto que los centros nucleares micénicos de la Argólida fueron los más directamente dañados por la crisis; el Atica, aunque envuelta en ella, no se llevó la peor parte, y pudo estar en condiciones de iniciar más pronto y mejor la deseable recuperación del tono vital perdido. El protogeométrico nace del submicénico, con una continuidad innegable en este importante referente arqueológico; pero si el nombre del estilo submicénico alude con acierto a su dependencia degradada del micénico, la denominación del nuevo estilo protogeométrico sugiere, acertadamente también, el prólogo del vigoroso estilo cerámico posterior.

El estilo protogeométrico, pues, señala el final del descenso de la curva histórica de Grecia, y el comienzo de su ascensión. El papel principal desempeñado en ello por Atenas podemos representárnoslo con una diosa Atenea, guía, protectora y vigilante del progreso, y encumbrada en un altísimo prestigio por el empuje de sus directos parroquianos.

Lo que conocemos del período Geométrico es fundamentalmente la cultura material, con las limitaciones dichas, además, sobre la parquedad de testimonios que no sean los estrictamente cerámicos. El estilo protogeométrico cubre el período comprendido entre el 1050 y el 900 a.C. aproximadamente; a partir de su origen en Atenas se extiende rápidamente por toda Grecia. La mayoría de sus formas enlazan con las micénicas, pero hay cambios importantes, ya sea por la desaparición de algunos tipos de recipientes, como las jarras de estribo, ya por los cambios que otros experimentan: las ánforas, por ejemplo, son más grandes y de mejor calidad, seguramente por el uso de un torno más rápido.

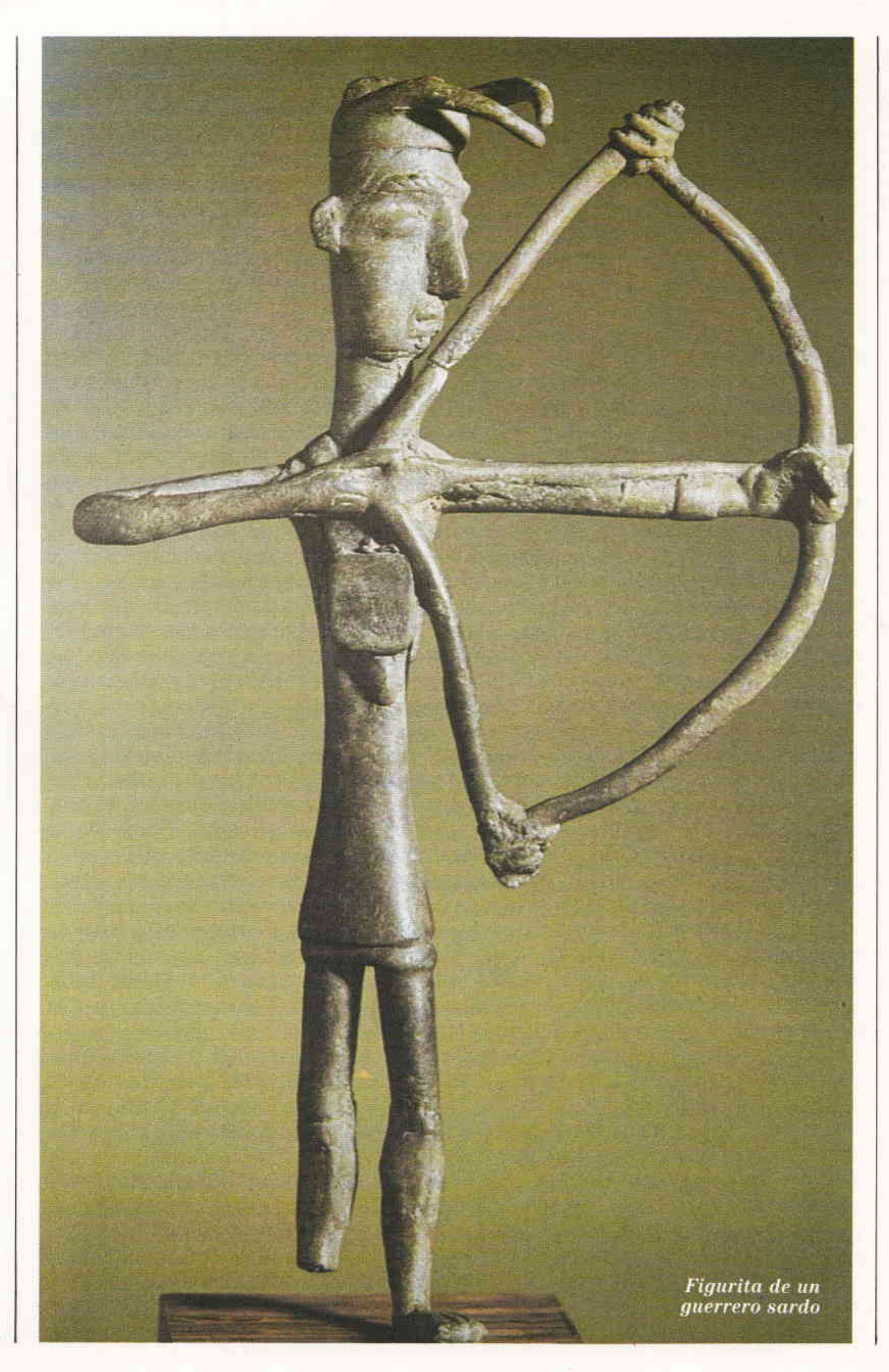
Los testimonios materiales

Es de notar que una de las formas más frecuentes del protogeométrico, un ánfora de cuello esbelto y asas horizontales en la panza, deriva del anforisco submicénico. También mejora la decoración, realizada en el torno y con la ayuda del compás y el pincel múltiple. Sobre el fondo claro del vaso, o cubriendo ampliamente de negro sus paredes —sobre todo en las fases últimas—, se desarrolla una decoración sobria de bandas, círculos y unos pocos motivos, que enfatizan las formas ya muy acabadas de los tiestos.

Hacia el 900 comienza el estilo geométrico propiamente dicho, también por las innovaciones impuestas por los alfareros áticos. En su desarrollo por toda Grecia existen múltiples variantes locales, por las peculiaridades que en cada lugar se añaden a la principal corriente conformadora originada en Atenas, o por las que la apartan de ella; y varias subfases, establecidas sobre todo para la producción ática.

J. N. Coldstream distingue un *geométrico experimental,* primero de formas no muy evolucionadas respecto del protogeométrico (fundamentalmente ánforas, oinocoes, píxidas globulares y cráteras-escifos), con vasos bastante negros y con pocos motivos, sin apenas círculos o semicírculos; después, el geométrico experimental ofrece algunas novedades formales, como el oinocoe de base plana, y un claro predominio en la decoración del fondo negro del vaso. A partir, *grosso modo,* del 830 y hasta el 770, se produce la subvariante estilística del *geométrico medio,* en el que se acentúa la relación armónica entre forma y decoración; las paredes cada vez menos cubiertas de negro dejan hueco a una cuidada ornamentación en la que surgen motivos nuevos, como el célebre meandro, líneas en zig-zag, circulitos enlazados, y empiezan a proliferar las figuritas de animales estilizados; entre las formas, aparte de novedades como la aparición de la píxida plana, abundan las ánforas de asas en el cuello —usadas como urnas para hombres— y las de asas en los hombros o en la panza —propia de las cremaciones femeninas—; también los oinocoes, los cántaros de asas amplias y otros tipos.

A partir aproximadamente del 770 a.C. y hasta finales del siglo VIII se desarrolla el *geométrico tardío,* la fase de madurez del estilo y de apogeo de este período. La producción alfarera ofrece sus mejores logros en ánforas y cráteras de gran tamaño, utilizados como monumentos funerarios por demandantes exigentes de productos de alta calidad; se decoran con una variadísima gama de motivos geométricos, trazados con precisión de delineante, y temas animales sometidos a las mismas normas compositivas que el resto de la ornamentación geométrica. Aparece ya la figura humana, pronto en escenas relativas a las ceremonias funerarias: exposición del cadáver, juegos de carros en honor del muerto,


Figurita de un guerrero sardo

etcétera. Se reconocen personalidades creativas y diferenciables, como el *Maestro del Dipylon*, el gran creador de vasos cerámicos para la necrópolis a la que debe su nombre.

La incorporación de la figura humana al repertorio decorativo de los pintores de vasos despertó en éstos un inusitado afán narrativo. Las escenas con participación humana se multiplican, muchas relativas a los barcos y al ambiente marítimo, magnífica expresión de las inquietudes de la época.

Las figuras y escenas humanas absorben, al fin, la atención de los pintores, que les dan mayor importancia en detrimento de la decoración geométrica. Se hace ésta cada vez menos cuidada, y más marginal, hasta ir ocupando la función subordinada de marco de las escenas que iban recabando toda la atención. Pronto, de las representaciones genéricas se pasa a la ilustración de asuntos concretos, sobre todo del riquísimo patrimonio legendario griego. En un jarro de Münich de fines del siglo VIII a.C. se ve la siguiente escena: un individuo montado sobre la quilla de un barco vuelto, en medio de un enjambre de peces y de cuerpos sin vida; quizá sea ésta la más antigua ilustración del naufragio de Ulises contado en la *Odisea*. Es todo un anuncio de los nuevos tiempos, de las etapas maduras de la civilización griega.

Progresivo enriquecimiento

El utillaje, al principio pobrísimo, va enriqueciéndose significativamente, sobre todo a partir del siglo IX a.C., superada la etapa del estilo protogeométrico. Fíbulas, largas espadas de bronce y otras armas empezarán a hacerse habituales en los ajuares funerarios. Aparecen con frecuencia en tumbas de mujer unas agujas largas, de espigón de hierro y cabeza esférica de bronce, que documentan la difusión de la moda del peplo como prenda de vestir femenina. También ahora comienzan a aparecer joyas de oro: una tumba de mediados de la centuria hallada en el Areópago, en Atenas, con un rico ajuar, contenía un anillo con adornos de filigrana y granulado, compleja técnica de orfebrería que reaparece ahora en Grecia tras el colapso micénico. Se muestra con ello, y con la adquisición de marfiles, collares de porcelana, recipientes caros de bronce y otros productos característicos, una vuelta a los contactos con Oriente, con Chipre como uno de los puntos principales de referencia.

En el enriquecimiento de la cultura material por los contactos con Oriente jugaron un papel fundamental los mercaderes fenicios, que empezaron entonces su rápida expansión: recordemos que a fines del siglo IX se sitúa la fundación de la colonia de Cartago. Establecieron también una colonia en Kition, en Chipre, y tiñeron con su actividad el Dodecaneso y Creta. Ya a fines del siglo IX y los comienzos del VIII a.C., se documenta la instalación de artesanos fenicios en el Atica, donde se dedicaron a la producción de sus típicos productos: joyas, objetos de marfil, etcétera.

La producción artística apenas existe, aparte de las obras de artesanía que se acaban de citar. La plástica es muy modesta; las primeras imágenes de culto debieron de ser estatuas de madera —*xóana*—, de las que se guardaría luego un venerable recuerdo, pero no quedan restos de ellas. Lo conservado es un repertorio de estatuillas de bronce, marfil o terracota, realizadas con el esquematismo y la abstracción geometrizante que caracterizan a la época. Algunas figuritas, humanas o animales, dejan ver la mano de unos artistas hábiles, dotados de una sensibilidad con la que se ha conectado en nuestro tiempo de muy buen grado.

Los datos sobre los asentamientos son muy escasos, y al examinar los restos de construcciones que se conocen, hay que pensarlo dos veces antes de emplear el término arquitectura. Es ésta muy sensible a los procesos históricos, y si estamos en un período de pobreza, la arquitectura es especialmente pobre en consonancia con ello. Lo poco que se ha recuperado es ya una primera prueba de que se utilizaron por lo general materiales modestos, poco resistentes al paso del tiempo. Se volvió de hecho de la ciudad a la aldea, y lo que habrían de ser grandes ciudades, como Atenas, Corinto y tantas otras, fueron durante el *Geométrico* meras agrupaciones de cabañas, sin fortificaciones ni centros públicos definidos. Se retornó a las plantas ovaladas o redondeadas, como se conoce, entre otras cosas, por la planta de una casa recuperada en el ágora de Atenas.

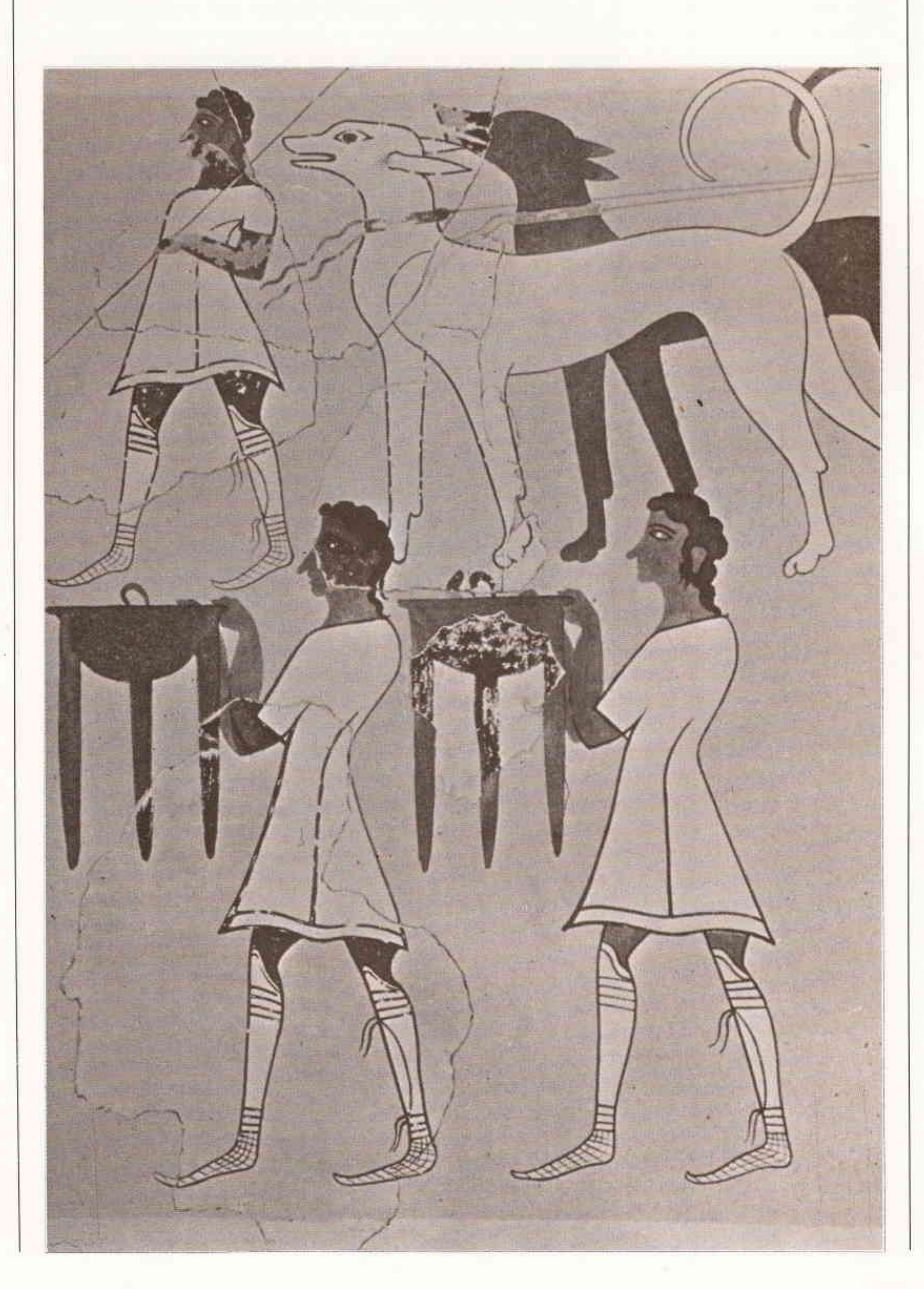
Los edificios religiosos de la época estaban en consonancia con este pobre tono general. Aparte de que los lugares religiosos podían limitarse a la definición de un área sagrada o *temenos*, con un altar y otros elementos, los templos, cuando los había, apenas se diferenciaban de las cabañas que servían de vivienda. Modelos votivos hallados en Perachora muestran un tipo templario a manera de una capilla de planta en herradura, con un sencillo porche de entrada; reproducen el tipo documentado por los restos del templo de Hera Akraia excavados en el mismo lugar (planta alargada, de sólo seis metros, y fondo curvo). El modelillo del Heraion de Argos es similar, aunque de planta rectangular. Es, en síntesis, el tipo de templo que empieza a documentarse a fines del período *Geométrico* bajo el Templo de Apolo en Thermon, en Etolia, con el Templo de Apolo en Dreros, Creta, el de Apolo Daphnéphoros en Eretria, y otros.

Hierro y piedra

Para el conocimiento de los poblados o ciudades ofrece condiciones excepcionales Esmirna, junto a la actual Izmir, en Turquía. El asentamiento *geométrico* constaba de casas bastante apretadas y ordenadas, muy modestas, con las que constrastaba una inusual muralla, muy bien construida, con zócalo de sillares de piedra y alzado de adobes. El uso bastante generalizado de la piedra ha conservado también en buenas condiciones restos de las casas de Zagora, en Andros, y de Emporion, en Chios. Zagora debió de ser una colonia de Eretria fundada hacia el 800 a.C. y abandonada un siglo después. Disponía de casas cuadrangulares, agrupadas por barrios. En Emporio se advierten dos tipos de casas: las más humildes consisten en una simple habitación cuadrangular; las más señoriales recuerdan el *mégaron* micénico.

Pueden indicarse otras facetas que completan el panorama arqueológico de la Grecia Geométrica. Una de ellas la aparición del uso del hierro, ya comentada, a partir del siglo XI. Lo conocían de más antiguo los hititas, y es probable que llegara a Grecia a través de Chipre. También es una importante novedad, de otro orden, la paulatina expansión de la cremación como práctica funeraria. Fue el rito común en el Atica desde la mitad del siglo XI a.C. pero no se dio de igual forma, ni desplazó a la inhumación, en otras regiones. Esta última fórmula ritual mantuvo su predominio en Tesalia, la Argólida, Corintia, el Dodecaneso y otras regiones, pero la cremación fue ganando adeptos en Eubea, Rodas, o Creta, donde se impuso por completo en el siglo IX a.C. Las razones del cambio ritual son muy complejas, como ocurre casi siempre en esta clase de fenómenos, y no tiene por qué asociarse, como solía pensarse, a un cambio en la población.

Ceremonia religiosa en el palacio de Pilos (siglo XIII a. C.)



En la cultura material que se acaba de describir se espeja una sociedad pobre o, por mejor decir, empobrecida, en el sentido de que en sus parcas manifestaciones se barrunta un acervo más rico que el que directamente parece asomar con ellas, fruto, aquél, del brillante pasado micénico, no del todo marchito. Cuántas veces se ha señalado que el arte geométrico, tan sobrio y repetitivo, traduce en sus formas un espíritu maduro, y expresa en la racionalidad, orden y armonía de sus composiciones, complejas concepciones en las que se percibe ya la genialidad de la que habría de hacer gala el pueblo griego en las etapas históricas inmediatamente posteriores.

Conviene reparar en que en este tiempo se escribieron la *Iliada* y la *Odisea*, como decantación de una larga tradición de literatura oral, y que en ellas se reconoce una de las cumbres de las creaciones del espíritu humano de todos los tiempos. Añadamos, a este propósito, cómo se ha subrayado no pocas veces que en los poemas homéricos y en el mejor arte geométrico alientan impulsos creativos parangonables. Estoy de acuerdo con lo que, en pocas palabras, ha escrito sobre el particular F. Chamoux: *No sin razón se ha insistido, desde hace algunos años, diferentes veces, sobre las afinidades que el arte de Homero presenta con el de los más bellos vasos geométricos. Sentido de la composición para elaborar grandes conjuntos de sutil composición, neta concepción de la jerarquía en los dominios religioso y social tanto como en el estético, intervención permanente de la inteligencia lúcida que interpreta el mundo en función del hombre y construye la obra en función de las exigencias del espíritu: los dos grandes poemas jónicos nos presentan todo esto que encontramos parejamente en las obras maestras de los ceramistas áticos del siglo* VIII *(La civilización griega*, Barcelona, 1967, pág. 58).

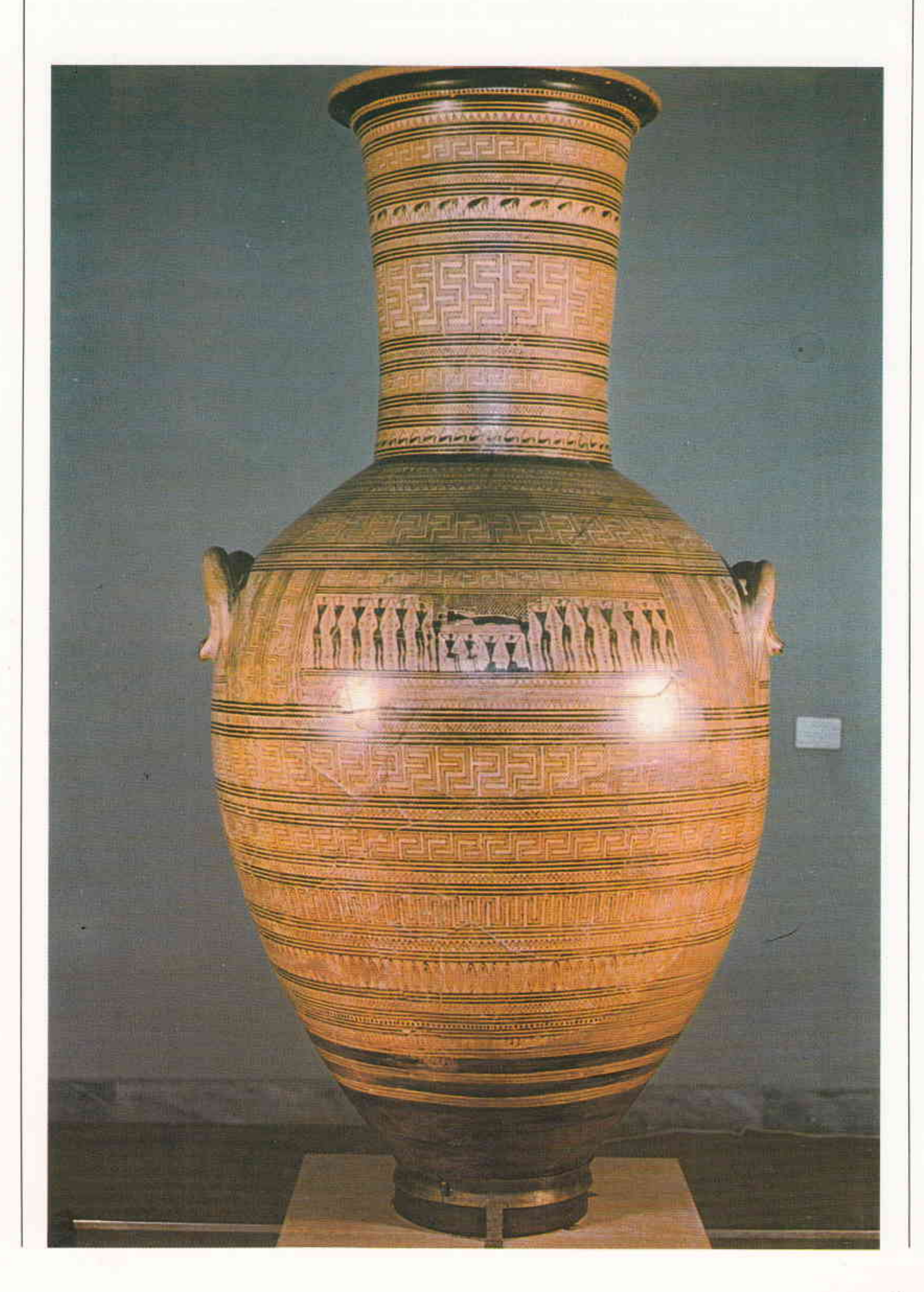
Sociedad y economía

Sobre cómo era la sociedad que dio por fruto estas considerables creaciones puede decirse algo a partir de los datos arqueológicos y con el inestimable auxilio de los poemas homéricos. Son éstos una importantísima fuente histórica, aunque exigen un tratamiento cauteloso para que como tal puedan ser usados, y a ello se han aplicado numerosos especialistas. En efecto, si sus narraciones abren un portillo por el que vislumbrar algo de la sociedad micénica, el contenido mismo de los poemas traduce mucho de la cultura de su propia época, para la que también sirven escritos posteriores, entre ellos los de un poeta temporalmente cercano: el beocio Hesíodo.

La disgregación de los reinos micénicos, las destrucciones y los movimientos de población, el descenso de ésta y el aislamiento, condujeron a formas de organización en comunidades reducidas de muy bajo nivel de vida. Eran comunidades de carácter preestatal, presididas por una clase aristocrática y terrateniente de *basilées*, herederos más o menos directos del poder del que fueron depositarios los señores micénicos. No existe una autoridad equiparable al *wanax* de antaño, autoridad disgregada ahora entre los aristócratas, entre los que acaso podía despuntar el poder de un individuo, no equiparable, sin embargo, al monarca micénico y entendible como un *primus inter pares*.

El grueso de la población lo componían hombres libres y algunos esclavos, que se desenvolvían en general en medio de una extrema pobreza. Incluso el grupo de los hombres libres y poseedores de tierra podía bordear la indigencia o caer en ella por la progresiva división en las herencias de los campos que po-

Anfora atribuida al Maestro del Dipylon *(Museo Nacional de Atenas)*



seían, con el resultado de propiedades muy reducidas e insuficientes para el sustento familiar. Se explica así la recomendación de Hesíodo en *Los Trabajos y los Días: Procura tener un solo hijo para mantener intacto tu patrimonio, pues así la riqueza crecerá dentro de tu casa.* Este fenómeno contribuyó a acentuar los desequilibrios sociales, con beneficio para los terratenientes más poderosos, que, en un marco de escasa disponibilidad de tierras, tenían a la mano la oportunidad de incrementar su patrimonio mediante la adquisición de las pequeñas propiedades de quienes no podían con ellas mantener su independencia económica. Pasaban así los modestos propietarios a engrosar el conjunto de empobrecidos cuya existencia fue uno de los impulsos principales al precoz movimiento colonizador de los griegos.

Sobre la organización interna de las comunidades, se deduce por los textos homéricos la importancia de la *fratría* como institución aglutinadora de carácter suprafamiliar. Responde la fratría a exigencias muy elementales de organización, y está presente desde muy antiguo y en todas las estirpes griegas; su importancia en el funcionamiento comunitario se pone de relieve con el solo hecho de que son las fiestas fratrías las que ritualizan la admisión de los nuevos miembros de la comunidad. En Homero, de forma marginal y como algo novedoso, se señala también la importancia de la fratría en la composición y organización de los ejércitos.

Desde el punto de vista normativo, la sociedad homérica mostraba su carácter tradicional en el tipo de normas por las que se regía, las *thémistes.* Eran un conjunto de preceptos llegados por decisión divina, con el concurso principal de los oráculos. En la vigilancia para el cumplimiento de las prescripciones establecidas jugaban un importante papel los organismos colegiados compuestos por los poderosos, como se hacía, por ejemplo, a la hora de impartir justicia.

Como se ha indicado en los parágrafos anteriores, los griegos del período Geométrico vivían agrupados en modestos asentamientos, bastante alejados del nivel de organización material propio de la ciudad; son evidentes, sin duda, las diferencias entre unas regiones y otras, con una cierta primacía en las comunidades que fueron desarrollándose en las costas de Asia Menor, en el Atica o en Eubea. Son las agrupaciones que, con el progresivo desarrollo que en esta misma época se experimenta, tenderán a aglutinarse mediante el sinecismo para formar verdaderas ciudades, o más propiamente dicho, a constituirse en las entidades de nivel ciudadano y estatal en que consistieron las *poleis* griegas.

En los poemas homéricos puede observarse un cierto reflejo de los pasos que, en las etapas finales del Geométrico, se iban dando hacia la cristalización del sistema organizativo de la *polis;* sobre todo puede ello comprobarse mediante el análisis de los términos empleados al tratar de los establecimientos de tipo ciudadano, de sus significados, y de los cambios que éstos experimentaron. Se usan, por una parte, el término *asty*, y también las denominaciones *ptolíethron*, *ptolis* y *polis* —derivadas de la raíz *ptol*—, que hacen alusión a asentamiento en lugar eminente, recinto fortificado y sede del poder y de los templos. Tenía así el término *polis* una significación restringida y aristocrática, opuesta al de *asty*, que era la ciudad baja, abierta, donde vivía el pueblo llano.

Pero ya en Homero se observa la pérdida de la significación originaria de estos términos, particularmente en la *Odisea.* Tienden a usarse indistintamente, y de la concepción de *polis* reservada a la acrópolis se pasa a otra más totalizadora, que engloba la ciudad alta y la ciudad baja. Van fundiéndose, por otra parte, los significados de *polis* y *demos*, conjunto de los habitantes, de forma que se acentuaban los progresos hacia la definitiva formulación de la

polis en las etapas siguientes, que serán tratadas en el próximo libro de esta colección.

Economía de subsistencia

Por otra parte, vivían las comunidades preciudadanas de la época geométrica en un régimen económico autónomo, tendente a la autarquía y el autoconsumo, con base esencialmente agrícola. Era una economía casi exclusivamente de subsistencia, con muy poca incidencia de los intercambios comerciales. Es un indicio expresivo que el *agorá,* que adquirirá la función y el significado de lugar de mercado, no era en principio otra cosa que el espacio reservado a las asambleas. Esta imagen de las comunidades griegas geométricas, aisladas y ocupadas en su pobre economía de subsistencia, ha sido parcialmente modificada y matizada con el progreso de la investigación arqueológica, con la que se demuestra la existencia de un panorama algo más diversificado y rico que el dibujado por la historiografía tradicional.

Al menos desde el siglo IX a. C. empiezan a destacar centros más precoces a la hora de establecer, o de recuperar si se quiere, las relaciones con el exterior interrumpidas con la crisis con que acabó el milenio anterior. Lefkandi, en Eubea, muestra ya en la primera mitad del siglo una clara recuperación de la industria del metal gracias a la renovación de los contactos con Chipre; en los ajuares funerarios de entonces figuran las características cerámicas bícromas de fabricación chipriota, algunos objetos de oro, y discos de faienza y otros productos característicos del Mediterráneo oriental. Hacia la mitad de la centuria, los signos de recuperación económica se van extendiendo a otros lugares; en Atenas, sobre todo, las tumbas de los más poderosos —como la de una mujer hallada en el Areópago— eran enriquecidas con objetos de marfil, collares de porcelana, joyas de oro con granulado y filigrana, o cuencos de bronce de sabor fenicio o chipriota, que acreditan el incremento de los contactos con Oriente y el progreso económico de los grupos privilegiados. No sin razón subraya J. N. Coldstream que en la segunda mitad de este siglo IX comienzan a desaparecer los rasgos definitorios de la *edad oscura.*

A fines del siglo IX y comienzos del VIII se consolida la recuperación. En el Atica, con una primacía indiscutible sobre las demás regiones griegas, se detecta un fenómeno expresivo de la desaparición del aislamiento y la búsqueda de los contactos con el exterior: la población se dirige a la costa, que vuelve a repoblarse tras el colapso micénico; no ha de extrañar que las tumbas más ricas se hayan encontrado en Eléusis y Anavysos, con ajuares en los que abundan las mercaderías de Oriente (marfiles, escarabeos, objetos de metales preciosos, etcétera). Por entonces, como se ha indicado en páginas anteriores, artesanos fenicios se establecieron en Atenas.

Comienzo de las colonizaciones

Según avanzaba el siglo VIII, el progreso y la movilidad económicos y, consecuentemente, culturales, van haciéndose más repartidos, con diferente incidencia y variado ritmo según las regiones. La más evidente muestra de la decidida apertura de los griegos hacia el exterior la constituye el comienzo de las colonizaciones. Impulsados por necesidades internas, entre otras por la confluencia del aumento de la población —como consecuencia del progreso— y la

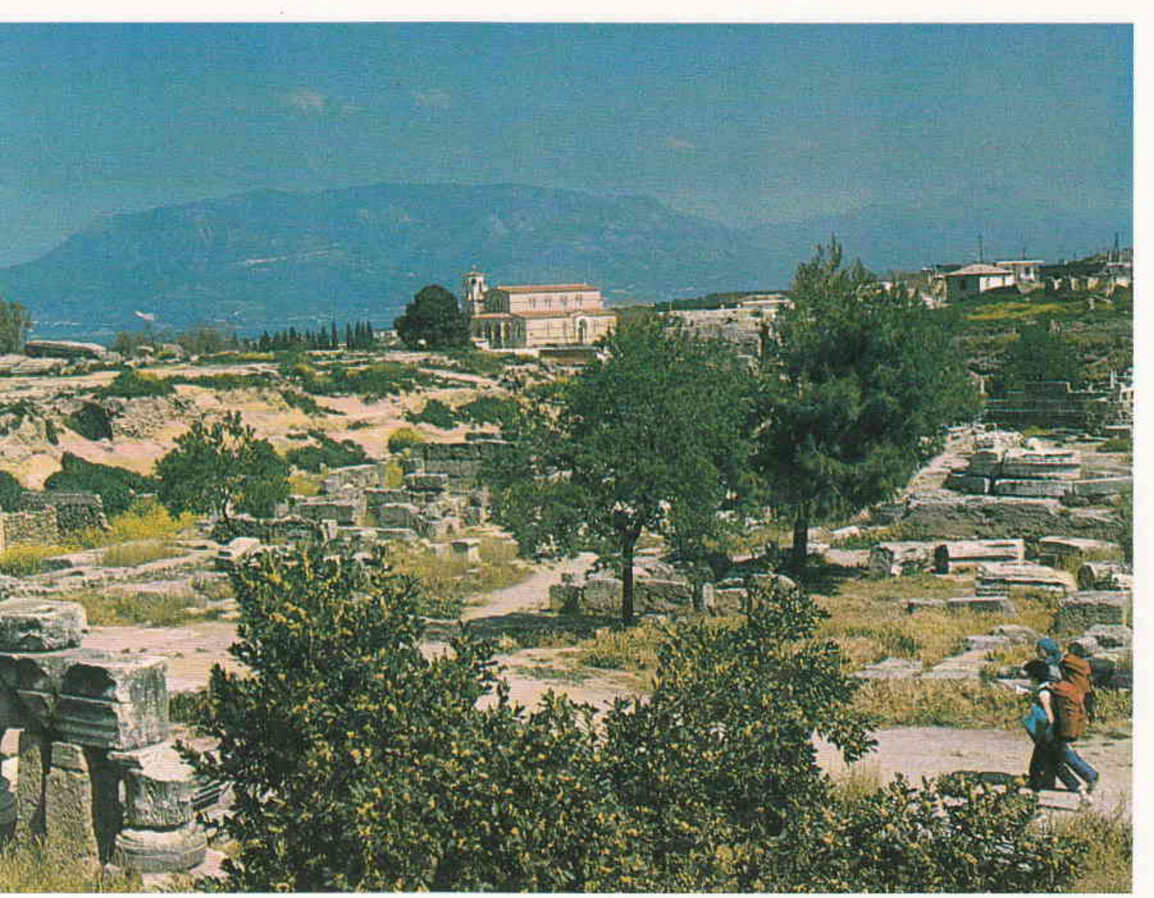
insuficiencia de tierras —lo que agravaba un reparto muy desigual—, los griegos iniciaron el camino de la colonización en busca de nuevas tierras y de mejores oportunidades económicas. Ya en torno al 800 a. C. empezaron las expediciones de eubeos hacia Italia, y sobre las mismas fechas, eubeos y, seguramente en mayor medida, cicládicos disponían de una base comercial en Al Mina, un estratégico establecimiento portuario ubicado en la desembocadura del Orontes, en Siria.



Los datos arqueológicos han puesto de relieve la pronta recuperación económica de los griegos de Eubea, y es explicable que ciudades de esta isla, como Calcis y Eretria, estuvieran a la vanguardia del fenómeno colonizador. A poco de comenzar el siglo VIII, colonos de Eubea se establecieron en la isla de Isquia, y poco después, hacia el 757, los calcidios fundaron la colonia de Cumas en la Campania, la más septentrional de las ciudades griegas en Italia. Extendieron igualmente sus intereses, con nuevas fundaciones, a la isla de Sicilia —donde crearon Naxos, Catania, Leontini— y al extremo meridional de la península italiana —con fundaciones como Zacle y Regio—. En la orilla norte del mar Egeo, los de Calcis fundaron numerosos centros en la península que, como consecuencia de ello, recibió el nombre de Calcídica. En la misma zona, concretamente en el istmo de Palene, fundaron los corintios la colonia de Potidea a fines del siglo VIII.

Respondía Potidea a una campaña de fundaciones coloniales promovida desde Corinto, que habría de ser también una de las grandes metrópolis colonizadoras. Como indicio del poderío creciente de los corintios en las últimas décadas del siglo VIII, contamos con la siempre útil documentación de la cerámica que por estos tiempos empieza a desbancar a la ática, hasta el punto de que los alfareros atenienses comenzaron a importar modelos y técnicas del artesanado corintio. Es un hecho, además, que mientras Atenas vuelca sus intereses hacia la agricultura y a atender a las tierras del interior, los corintios se aprestaron a imponer su presencia en las principales rutas marinas. Uno de los resultados fue la fundación, hacia el 733 a. C., de la colonia de Siracusa, llamada a ser la más importante ciudad griega de Sicilia.

Por su parte, otra gran potencia colonizadora, Mileto, fijaba sus principales objetivos en las costas del mar Negro, y comienzan en el siglo VIII sus numerosas fundaciones: Sinope, Trapezunte y otras. El elenco de las colonias griegas creadas durante la centuria es mucho más nutrido —Tarento, fundada por los lacedemonios a fines del siglo; Síbaris, por colonos de Acaya; etcétera—; pero

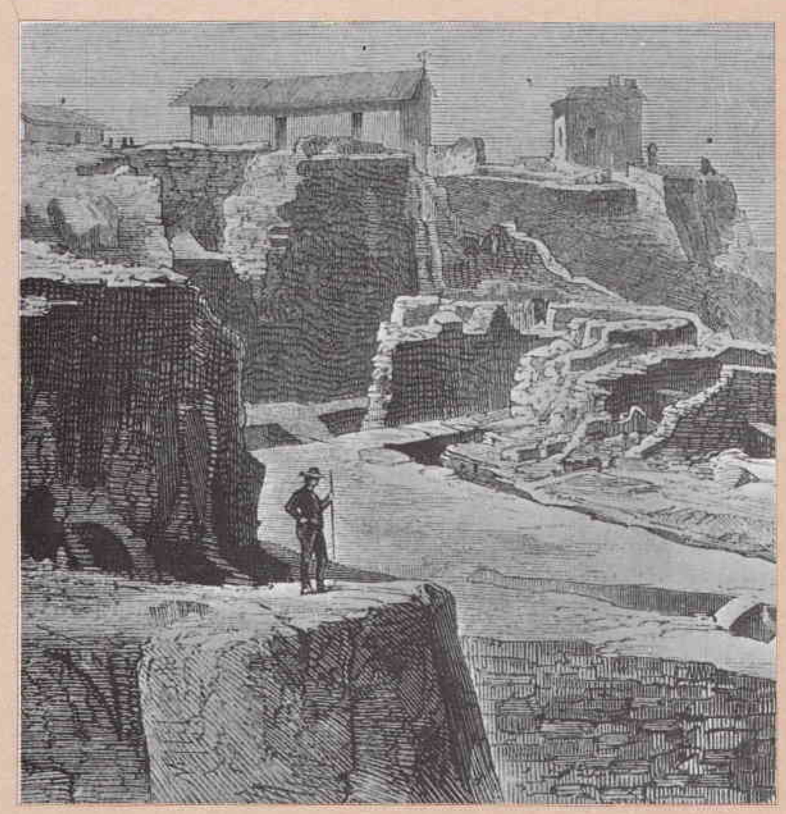


Vista parcial de las ruinas de Corinto, una de las grandes metrópolis comerciales y colonizadoras de la Antigüedad

es un fenómeno que, comenzado en este siglo, cobraría su principal dimensión en los siguientes. Fue uno de los principales acontecimientos de la historia de las culturas mediterráneas, porque revolucionó a las propias ciudades metropolitanas griegas, empujándolas a los cambios sociales y económicos que condujeron a la máxima madurez histórica de los tiempos clásicos; creó ámbitos principales de la helenidad fuera de los territorios originariamente griegos; y determinó con su influencia cambios sustanciales en las numerosas culturas con las que entró en contacto.

Homero y la cultura

Cuanto se sabe del período Geométrico —apretadamente resumido en las páginas que anteceden— lo presenta como una época de resurgimiento, indiscutible, sobre todo, en el siglo VIII, durante el que el mundo griego se desembaraza definitivamente de la oscuridad y el marasmo en que lo sumió la crisis de la sociedad micénica. Se han señalado los numerosos signos de recuperación y de inicio de una nueva etapa que entonces se prodigaron, gérmenes de los que brotará la renovada civilización griega de sus etapas más brillantes y creativas. Pero



Ruinas de la ciudad de Troya durante las excavaciones de Schliemann

Troya

Junto a la boca de los Dardanelos, en tierras de la actual Turquía, se encuentra la colina de Hissarlik, donde estaban localizadas las ruinas de la ciudad griega de Ilión, *llamada luego por los romanos* Illium Novum. *Antes de Schliemann, los estudiosos se debatían entre situar la Ilión-Troya de Homero en este lugar, o en otra colina cercana, la de Bunarbaschi. Hizo aquí algunos sondeos Schliemann, y a partir de sus resultados y de lo que creía deducir sobre la topografía de la Troya homérica por las indicaciones de los poemas, decidió que la ubicación adecuada era Hissarlik: la Troya de Príamo debía estar bajo la ciudad griega y romana.*

Puesto a excavar para comprobar su hipótesis, Schliemann descubrió las ruinas de varias ciudades superpuestas, en las que buscaba reconocer la Troya de Homero, pero en la duda sobre cuál de ellas era exactamente lo atrapó la muerte. La sistematización de lo excavado corrió a cargo de su colaborador W. Dörpfeld, quien distinguió nueve niveles, y creyó que la supuesta Troya de Homero correspondía al VI. Con nuevas excavaciones (1932-38), C.W. Blegen reestudia el yacimiento y llega a la proposición de que la Troya homérica pudo ser la del nivel VIIa, destruida hacia el 1250 a.C., quizá por un terremoto, del que derivaron incendios y derrumbamientos que acabaron con la ciudad.

todo lo que de revolucionario y premonitorio tiene ese crucial siglo VIII puede condensarse en la riqueza contenida en su fruto más celebrado: los poemas homéricos.

Ocasiones ha habido ya de aludir a ellos y a su importancia literaria, cultural o histórica, y queda fuera de las posibilidades y los propósitos de este libro entrar a fondo en el tratamiento de una cuestión tan trascendental y casi inagotable. Pero no está de más reiterar y subrayar en sus páginas últimas la enorme significación de la literatura homérica para el conjunto de la civilización griega, y su valor como testimonio privilegiado de su propio tiempo.

En principio, la *Iliada* y la *Odisea* constituyen la mejor prueba del paso de la civilización griega de ágrafa a letrada. Perdida la escritura lineal B con el hundimiento de los palacios micénicos, las comunidades griegas desconocerían la escritura durante varios siglos, hasta que en fecha imprecisa volvieron a notar gráficamente su lengua sirviéndose, ahora, de la base que proporcionaba el alfabeto fenicio. Dónde y cuándo se dio exactamente este importante paso se desconoce y las hipótesis posibles han sido largamente debatidas. Los testimonios más antiguos de la nueva escritura se fechan hacia la segunda mitad del siglo VIII (un grafito sobre un vaso del Dipylon; el de la llamada copa de Néstor, de Pitecusa), y cabe suponer que la adopción del alfabeto se hiciera algo antes, en la primera mitad del siglo, aunque se ha defendido que el hecho tuviera lugar ya en la centuria anterior.

En cualquier caso, como una más de las consecuencias derivadas de la apertura hacia Oriente y del fructífero contacto con los fenicios, los griegos encontraron un magnífico punto de partida en el alfabeto de los activos navegantes y comerciantes semitas, creadores de un sistema de escritura ágil y bien adaptado a sus necesidades, entre ellas las de control económico. Los griegos hubieron de adaptarlo a sus peculiaridades idiomáticas, fundamentalmente mediante la utilización de algunos signos para la notación de los sonidos vocálicos, de los que prescindía la escritura fenicia. No hace falta insistir en la trascendencia de este hecho, pues del alfabeto griego derivaron los más importantes sistemas de escritura de las lenguas de Occidente, entre ellas de la latina y, a la postre, la nuestra propia. Se ha supuesto que la creación del alfabeto griego pudo hacerse en algún lugar del Egeo meridional, de Creta o de las Cícladas.

Los poemas homéricos nacieron, en cambio, en alguna de las prósperas ciudades jonias de Asia Menor, sin que sea posible precisar cuál de ellas, ni en qué momento exacto del siglo VIII a. C. De cualquier forma, más que fruto de una creación momentánea, los poemas son la decantación de una larga tradición de recitaciones épicas orales, que recuerdan vagamente, como sabemos, los dorados tiempos de los reyes micénicos. Sin embargo, como han señalado algunos especialistas, los dos libros no son entendibles en toda su complejidad como estricta literatura oral: aunque resultan de una larga etapa no escrita, a la que debe los elementos esenciales de su estructura —como la composición en hexámetros, muy apropiada a las exigencias de un recitativo—, su arquitectura definitiva requirió sin duda de la escritura, aunque la transmisión siguiera siendo fundamentalmente oral y no alcanzara la transcripción definitiva, como se supone, hasta la época de Pisístrato, en la segunda mitad del siglo VI a. C.

La importancia de los poemas homéricos trasciende, por otra parte, a su propia categoría literaria en virtud de haber sido concebidos como expresión del *enciclopedismo tribal*, dicho según la acertada formulación de E. A. Havelock. Es decir, los poemas se presentan como depositarios de los contenidos culturales básicos de la civilización a la que pertenecían, y con ellos, oralmente divulgados, se afirmaban y perpetuaban. De ahí que tuvieran el valor pedagógico que

siempre se les otorgó, y que sirviera a los griegos como algo más que una obra literaria: según Platón, era una opinión muy extendida en su tiempo que Homero fue el educador de la Grecia toda. Los valores propios de la *areté* —de la virtud—, el papel de los líderes, la actitud ante el Destino, la relación de los hombres con los dioses, la concepción de los dioses mismos...; todo lo presumiblemente esencial aparece codificado o reglamentado en los poemas. No en vano se ha repetido que representan algo así como la *Biblia* para los griegos.

La tradición atribuye a Homero, un poeta ciego, la creación de los poemas, y es esta cuestión, la de su paternidad, uno de esos focos de discusión que nunca se apagan. Frente a los que preconizan la existencia de dos —uno para la *Iliada* y otro para la *Odisea*— o más poetas, no faltan las voces de quienes, como Aristarco en la Antigüedad, defienden la autoría de un creador único. En realidad, existen diferencias entre los dos poemas —que han hecho pensar en

Bibliografía

Son numerosísimos las obras generales sobre historia, cultura, arte y arqueología griegas que incluyen, lógicamente, los períodos de que aquí nos ocupamos. Recordemos entre las fácilmente asequibles:

A. Aymard y J. Auboyer, *Oriente y Grecia Antigua*, vol. I de la *Historia General de las Civilizaciones*, dirigida por M. Crouzet, Destino, Barcelona, 1963. H. Bengston, *Griechische Geschichte (von den Anfängen bis in die römische Kaiserzeit);* Beck, Munich, 1969. W. R. Biers, *The Archeology of Greece. An Introduction*, Cornell Univ. Press., Londres, 1983 (3ª ed.). A. Blanco, *Arte griego*, C.S.I.C., Madrid, 1975 (4ª ed.). F. Chamoux, *La civilización griega en las épocas arcaica y clásica*, Ed. Juventud, Barcelona, 1967. F. Gschnitzer, *Historia social de Grecia (desde el período micénico hasta el final de la época clásica)*, Akal, Madrid, 1987. W. Jaeger, *Paideia: los ideales de la cultura griega*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 1981 (6ª reimp.). P. Lévêque, *La aventura griega*, Labor, Barcelona, 1968. K. Papaioannou, *Arte griego*, G. Gili, Barcelona, 1973. V. V. Struve, *Historia de la Antigua Grecia*, Anfora, Buenos Aires, 1974.

Tratan de todos o buena parte de los aspectos que aquí interesan, entre otros, los libros siguientes:

H. G. Buchholz y V. Karageorgis, *Prehistoric Greece and Cyprus. An Archaeological Handbook*, Phaidon, Londres, 1973. G. A. Christopoulos y J. C. Bastias (ed.), *History of the Hellenic World. Prehistory and Protohistory*, Ekdokite Athenon y Heinemann, Londres 1974. P. Demargne, *Nacimiento del arte griego*, en la serie *Universo de las Formas*, Aguilar, Madrid, 1964. H. van Effenterre, *Les Égeéns. Aux origines de la Gréce, Chipre, Créte et Mycénes*, A. Colin, París, 1986. V. Karageorghis, *Chipre*, Archaeologia Mundi, Juventud, Barcelona, 1971. S. Lloyd, H. W. Müller y R. Martin, *Arquitectura mediterránea prerromana*, Aguilar, Madrid, 1973. S. Marinatos y M. Hirmer, *Crete and Mycenae*, Thames & Hudson, Londres, 1960. H. Müller-Karpe, *Handbuch der Vorgeschichte*, volúmenes II (1968), III (1974) y IV (1980), Beck, Munich. M. P. Nilsson, *The Minoan-Mycenaean Religion*, Londres, 1950. N. Platon. *La civilisation égéenne*, 2 volúmenes, A. Michel, París, 1981. E. Vermeule, *Grecia en la Edad del Bronce*, Fondo de Cult. Económica, México, 1971. Son de gran interés las Actas del Coloquio celebrado en Estrasburgo en 1985 sobre *Le systéme palatial en Orient, en Grèce et à Rome*, editadas por E. Lèvy, con interesantes artículos de H. Van Effenterre y O. Pelon sobre los palacios minoicos, o de K. Kilian y P. Carlier sobre los micénicos.

La Prehistoria del ámbito griego, además de las obras citadas, puede completarse con: la obra conjunta dirigida por D. M Theocharis, *Neolithic Greece*, Atenas, 1973; para las etapas más antiguas del Bronce egeo y la cultura cicládica en particular: C. Renfrew, *The Emergence of Civilisation. The Cyclades and the Aegean in the Third Milennium B. C.*, Methuen, Londres, 1972. J. Thimme, *Art and Culture of the Cyclades*, Müller, Karlsruhe, 1976.

Específicamente sobre la civilización minoica:

A. J. Evans, *The Palace of Minos at*

que fuera bastante posterior y de autor distinto la *Odisea*—, interpolaciones y encabalgamientos que hacen difícil aceptar que las dos composiciones fueran obra de un solo autor. Pero, como por sí sola demuestra la longeva discusión, no faltan argumentos para la postura opuesta.

La verdad es que ante la envergadura y la trascendencia de los poemas, si Homero existió o no, o si aquéllos fueron obra de uno o más poetas, resultan cuestiones relativamente secundarias. El hecho esencial lo constituyen los poemas mismos y el extraordinario papel que desempeñaron. A nada mejor podríamos acudir para encontrar un nexo entre las más viejas etapas de la cultura griega que en ellos se rememoran y reflejan —y que también se superan, en virtud de innovaciones como la percibible en la avanzada concepción de los dioses y en otros aspectos básicos— y las etapas posteriores a las que sirvió como fuente soberana de su *paideia*. Ellas serán el objeto de atención del volumen siguiente.

Knossos, Macmillan, Londres, 1921-1935. P. Faure, *La vida cotidiana en la Creta minoica*, Argos Vergara, Barcelona, 1984. J. W. Graham, *The Palaces of Crete*, Princeton, 1972. R. Higgins, *The Archaeology of Minoan Crete*, The Bobley Head, London, 1973. S. Hood, *The Minoans. Crete in the Bronze Age*, Chicago, 1972 (5ª ed.). Ch. R. Long, *The Ayia Triadha Sarcophagus. A Study of Late Minoan and Mycenaean Funerary Practices and Beliefs, Studies in Mediterranean Archaeology (SMA)* XLI, Göteborg, 1974. J. D. S. Pendlebury, *Introducción a la Arqueología de Creta*, F. C. E., México, 1965. N. Platon, *Creta, Archaeologia Mundi*, Juventud, Barcelona, 1975. M. R. Popham, *The Destruction of the Palace at Knossos*, *SMA* XII, Göteborg, 1970.

Sobre la cultura micénica:

C. W. Blegen y M. Rawson, *The Palace of Nestor at Pilos in Western Messenia*, Princeton Univ. Press, 1966. C. W. Blegen. *Troy and the Trojans*, Thames & Hudson, London, 1963. J. Chadwick, *El mundo micénico*, Alianza Univ., Madrid, 1977. O. T. P. K. Dickinson, *The Origins of Mycenaean Civilisation*, *SMA* XLIX, Göteborg, 1977. J. T. Hooker, *Mycenaean Greece*, Routlege & Kegan Paul, Londres, 1976; es muy útil el libro reciente, con trabajos varios y el comentario de su editor: M. Marazzi, *La sociedad micénica*, Akal, Madrid, 1982; H. Schliemann, *Mykenae*, Leipzig, 1878 (existe reed. fotomecánica de la Wissenschaftliche Buchgesellschaft, Darmstadt, 1973); Idem, *Autobiografía*, Aguilar, Madrid, 1973; Idem, *La Scoperta di Troia*, G. Enaudi, Torino, 1962 (2ª ed.). L. W. Taylor, *The Mycenaeans*, Thames & Hudson, Londres, 1972 (reed. aumentada en 1983).

Para la expansión micénica:

A. F. Harding, *The Mycenaeans and Europe*, Academic Press, Londres, 1984. M. Marazzi, *Egeo e Occidente alla fine del II millennio a. C.*, Ed. dell'Ateneo, Roma, 1976. L. W. Taylor, *Mycenaean Pottery in Italy and Adjacent Areas*, Cambridge Univ. Press, 1958. Acerca de la lengua micénica. J. Chadwick, *El enigma micénico. El desciframiento de la lineal B*, Taurus, Madrid, 1973. Remito al útil trabajo de J. L. García Ramón, «El Micénico: 1972-1983», en *Actualización científica en Micénico*, I. C. E. de la Univ. Complutense, Madrid, 1984, con abundantes bibliografía y comentarios.

Sobre la crisis del mundo micénico y el problema dorio:

V. R. d'A. Desborough, *The Last Mycenaeans and their Successors. An Archaeological Survey c. 1200-c. 1000 B. C.*, Clarendon, Oxford, 1964; D. Musti (ed.), *Le origini dei greci. Dori e mondo egeo*, Laterza, Bari, 1986 (2ª ed.): con interesantes artículos de Musti, Chadwick, Kilian, Sacconi, Hiller, etcétera. N. K. Sandars, *The Sea Peoples, Warriors of the Ancient Mediterranean*, T. & H., Londres, 1978. A. M. Snodgrass, *The Dark Ages of Greece*, Edimburgo, 1971.

Sobre la Grecia homérica y la cultura Geométrica:

R. Bianchi Bandinelli (dir.), *Historia y civilización de los griegos. I. El medioevo griego*, Icaria, Barcelona, 1982. J. N. Coldstream, *Greek Geometric Pottery*, London, 1967; Idem, *Geometric Greece*, E. Benn, Londres, 1977. H. Drerup, *Griechische Baukunst in geometrischer Zeit, Archaeologia Homerica*, Göttingen, 1969. G. S. Kirk, *Los poemas de Homero*, Paidos, Buenos Aires, 1978. L. Pareti, *Homero y la realidad histórica*. UTEHA, México, 1961. B. Schweitzer, *Greek Geometric Art*, London, 1971.

Cronología comparada

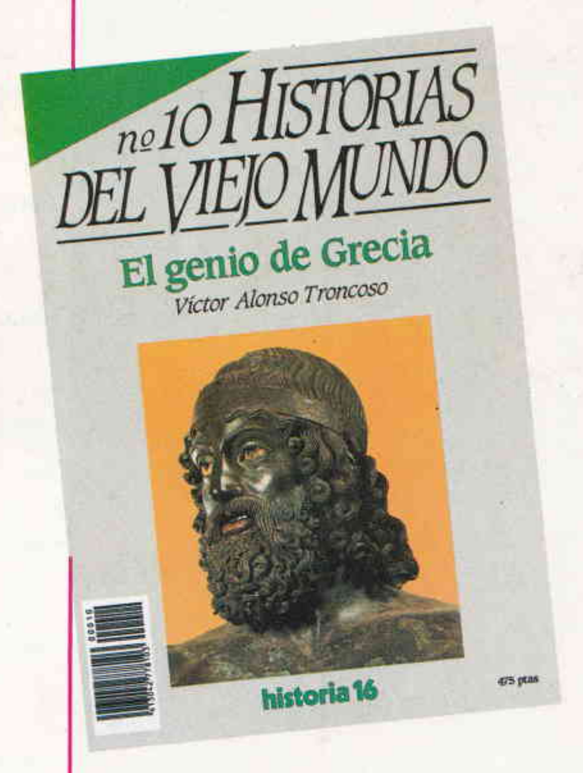
	CRETA MUNDO MINOICO	GRECIA (en general)	PROXIMO ORIENTE	EGIPTO
3200				PERIODO PREDINASTICO
3100	NEOLITICO	NEOLITICO		
3000			Nacen las ciudades-estado sumerias	
2900			Troya I	I y II DINASTIAS (TINITAS)
2800				
2700				
2600		HELADICO ANTIGUO		
2500	MINOICO ANTIGUO O PERIODO PREPALACIAL		I dinastía en Ur y Lagash	
2400				IMPERIO ANTIGUO III, IV, V y VI DINAST.
2300			Sargón I de Akkad	
			Naramsin de Akkad	
2200			Dominio guti	
2100		Invasiones de indoeuropeos-griegos	III dinastía de Ur	PRIMER PERIODO INTERMEDIO Din. VII, VIII, IX y X (Heracleopolis) XI (Tebas)
2000	MINOICO MEDIO / PRIMEROS PALACIOS	HELADICO MEDIO		IMPERIO MEDIO Din. XI, XII y XIII

	CRETA MUNDO MINOICO	GRECIA (en general)	PROXIMO ORIENTE	EGIPTO
1900				
1800			Imperio antiguo asirio	
1700		HELADICO MEDIO	Hamurabi en Babilonia	SEGUNDO PERIODO INTERMEDIO Din. XII-XIV, XV-XVI (Hicsos), XVIII
1600	SEGUNDOS PALACIOS	Círculos de tumbas de Micenas	Primer reino hitita	
1500	MINOICO RECIENTE I	Explosión de Thera; HR I	Imperio cassita en Babilonia	IMPERIO NUEVO Din. XVIII, XIX y XX
1400	MINOICO RECIENTE II	HR II; HELADICO RECIENTE O MICENICO	IMPERIO MEDIO ASIRIO; IMPERIO HITITA	
1300	III; PERIODO POSPALACIAL	HR III (a, b)		
1200		Invasiones/destrucciones; HR III (c)	Pueblos del Mar	
1100	SUBMINOICO	SUBMICENICO		
1000	PROTOGEOMETRICO	PROTOGEOMETRICO	Salomón	Din. XXI (Tanita)
900	GEOMETRICO	EXPERIMENTAL	Imperio nuevo asirio	Din. XXII y XXIII (Libios)
800		MEDIO; 1.ª Olimpíada (776)		
700		TARDIO	613: Saqueo de Asur por el ejército babilonio	XXIV dinastía

Próximo número

HISTORIAS DEL VIEJO MUNDO

El genio de Grecia



Víctor Alonso Troncoso

Profesor titular de Historia Antigua (UAM). Miembro libre de la Casa de Velázquez

En el volumen décimo de la colección HISTORIAS DEL VIEJO MUNDO se presenta al lector los setecientos años centrales de la Historia de Grecia, en sus tres épocas universalmente admitidas: Arcaica, clásica y helenística.

Si el período arcaico supone el momento de gestación de las instituciones griegas y de lo que será su peculiar modo de vida, la época clásica es el triunfo de dos conceptos político-culturales representados por Atenas y Esparta, respectivamente. El helenismo, con la expansión de la civilización griega gracias a Alejandro Magno y las nuevas capitales culturales de Alejandría y Pérgamo, señala el declive del mundo griego ante la irrupción de nuevos protagonistas: cartagineses y romanos en Occidente, la dinastía de los Arsácidas en Oriente.

Entramos en este mundo griego del que somos herederos a través del estudio realizado por el profesor Víctor Alonso Troncoso y cuyo índice es el siguiente:

- La época arcaica (c. 750-480/19).
- La época clásica (c. 480/79-336).
- La época helenística (c. 336-30).

¡A la venta a partir de la primera semana de enero!
¡Pídalo en su quiosco! Por sólo 475 pesetas.

PARTAGAS



La moda del negro no se detiene.





Un estilo que se impone.
Un sabor que seduce.
Pruébalos. En cigarrillos negros, como en casi todo, hay algo que es definitivo.
La calidad no pasa de moda.

75 ptas.

El cigarrillo negro.

Tabacalera

Las Autoridades Sanitarias advierten que: FUMAR PERJUDICA SERIAMENTE LA SALUD


Las Autoridades Sanitarias advierten que:
FUMAR PERJUDICA SERIAMENTE LA SALUD.